UNA INVESTIGACIÓN DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

EL VAMPIRO DE BARCELONA



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

El Vampiro de Barcelona

Un thriller del inspector Álex Cortés

First published by ESCRITOR TOKENIZADO 2023

Copyright © 2023 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2312096355321

First edition

Proofreading by Marta Pérez Braña
Editing by EVA ALTON

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

…a Eva.

Siéntate a la orilla del río el tiempo suficiente y verás bajar flotando, el cadáver de tu enemigo.

Sun Tzu, El Arte de la Guerra.

Antes de **EL VAMPIRO DE BARCELONA**, hubo



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación** del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

1

Barcelona.

Morgue central de Sabadell.

Cuando la Dama de la Muerte te llamaba, nunca era buena señal.

Entrar en la morgue de Sabadell era como entrar en un casino: sabías cómo entrabas, pero no cómo saldrías. Al menos, así lo veía Álex. Era un lugar oscuro, construido sin ventanas para que no te percatases del paso del tiempo. En las camillas de la morgue podía terminar cualquiera, igual que la bola de un croupier podía terminar en una u otra casilla. De un color u de otro. De todas las edades. Todos los que acababan allí eran cadáveres, y eso era lo único que tenían en común; cuerpos inertes fruto de una muerte violenta, por lo menos, aparentemente.

Alba Guevara había llamado a Álex un par de horas antes. Hacía tiempo que no recibía una llamada suya, desde que Néstor había desaparecido de las calles. El asunto lo inquietaba, y parecía de suma importancia.

Álex aparcó su coche en el parquin de la morgue. Había aguantado solo unos meses sin coche, estirando al máximo el buen tiempo, pero con la llegada del invierno y de las lluvias, la moto era una pésima manera de moverse. Compró un descapotable de segunda mano; un viejo Mazda con más de diez años. Azul, con una pequeña baca encima del capó del maletero. Especial, pero económico. El dinero de la venta de su Mini prefirió guardarlo, para así poder quedarse en su piso con vistas al mar.

Entró en el pasillo de la morgue. Sus zapatillas no hacían ruido, de modo que nadie lo oyó llegar. La forense estaba trabajando en su escritorio. No pudo evitar recordar esa noche en la que se habían acostado juntos. La recordó sin bata, sin tapujos. Desde entonces habían pasado muchas cosas y todo había cambiado. Barcelona no era la misma. La comisaría, desde que Néstor había pasado por ella, era un lugar diferente. La sociedad creía estar segura en sus hogares, pero la verdad era distinta; el mundo era un lugar cada vez más frenético e individualista, regido por normas incomprensibles que cada vez valoraban menos la vida.

Se situó en el umbral de la puerta. Antes de que el policía diera con los nudillos en el marco de la puerta, la mujer habló.

—Buenas tardes, Álex —dijo Alba, sin alzar la cabeza—. ¿Coche nuevo?

La forense no solo lo había oído llegar; además había notado que el sonido de su vehículo era diferente. Álex se quedó algo descolocado. Primero no supo qué decir, y miró fijamente hacia la puerta de acceso al pasillo, sin pronunciar una palabra.

—¿Cómo…? —dijo apuntando con el dedo hacia el parquin.

En ese momento Alba se giró y lo miró.

—Verás, toda esta gente no hace mucho ruido, son bastante callados —dijo indicando a los cadáveres en las cámaras de refrigeración—. No molestan y desde el pasillo se escucha todo lo que sucede fuera —dijo y se quedó mirando al policía, que seguía en la puerta.

Álex llevaba un abrigo negro y, como de costumbre, unos tejanos. Sus rizos le adornaban la frente y la miraba fijamente con sus ojos verdes. La conexión entre los dos era innegable, pero ese día estaban allí para que el policía viera con sus propios ojos lo que acababa de llegar al centro.

—Sígueme, policía —dijo ella levantándose, y Álex obedeció.

—Me has dejado perplejo con tu audio de esta mañana. Parecía un capítulo de Expediente X, más que una llamada de la morgue. Hizo furor en los años noventa, ¿te acuerdas?

La forense se detuvo delante de la compuerta metálica y lo miró.

—Claro que me acuerdo, Álex, pero lo que tenemos aquí no es un caso de ficción y menos de ciencia ficción. Esto es real, como la vida misma.

Tiró de la maneta de acero, y de la compuerta salió un soplo de aire gélido. Extendió la camilla y apareció la funda negra. Abrió la cremallera y le enseñó el cadáver de una joven.

Sus labios eran de color lila, pero no por el pintalabios; era el efecto del frío y del post mortem. Álex se agachó para verla mejor. Era una mujer hermosa. De pelo moreno, liso y largo hasta pasados los hombros. De pechos medianos, blanca. La habitual cicatriz de la autopsia le recorría el abdomen, formando una i griega que comenzaba justo sobre sus pechos.

—La encontraron en un parque, Can Sabaté, al lado del Paseo de la Zona Franca. No llevaba nada encima para identificarla. Solo un bolso pequeño, con lubricante y preservativos.

—¿Una prostituta?

Alba, sin dejar de mirar a la joven, se encogió de hombros.

—Puede ser, pero a esta chica se le nota fina. Las uñas están bien aseadas, nada de esteticienes baratas o hechas en casa. Las lleva muy bien hechas.

—¿De alto estanding?

Ella hizo una mueca mientras levantaba la mano derecha. Una de las uñas estaba rota.

—He encontrado restos de material, lo he enviado a analizar. No parece humano, no hay ADN del agresor, pero nos lo confirmarán en unos días. Pero esta uña rota dice que la mujer luchó y se agarró con uñas y dientes a la vida.

—¿Era esto lo que me contabas en tu mensaje? —preguntó Álex señalando al cuello.

—Sí. Esto es lo más inquietante.

—¿Qué demonios…? —dijo él, acercándose a la herida.

Mientras tanto, la doctora bajó una lupa iluminada del techo y enfocó la zona. Álex dio la vuelta y miró a través de ella. La zona presentaba una herida que jamás había visto. En el cuello, en la parte derecha, aparecían dos agujeros, distanciados un centímetro y medio. Eran relativamente grandes, como hechos con una pajita.

—Esto es lo más raro que he visto en mi vida —confesó Álex—. Y mira que hemos visto cosas espeluznantes en tus mesas, Alba.

Ella se cruzó de brazos y se apoyó en la pared.

—Han perforado la arteria carótida, que lleva sangre oxigenada al cerebro. El agresor ha sacado toda la sangre y ha dejado el cuerpo sin una gota.

Álex la miraba con el rostro arrugado, asqueado por lo que le estaba contando.

—¿Por qué iban a hacer eso? —dijo Álex espantado.

—Pues es una muerte lenta y dolorosa, pero funciona. Cuando la he abierto, era como el cuerpo de una muñeca, limpio. De hecho me explicaron que durante el levantamiento del cadáver, les costó moverlo —dijo la mujer explicándole cómo funcionaba—. Estaba totalmente petrificada. Mira —dijo e intentó subir un brazo, pero estaba rígido como un témpano de hielo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando un cuerpo se queda sin sangre, se queda bloqueado. El cuerpo humano funciona por un sistema hidráulico. Es como si la sangre fuera un aceite que engrasa el cuerpo y permite que todo se mueva. Si deja de fluir, se queda rígido.

—Entiendo —dijo el hombre—. ¿Pero quién puede haber hecho esto?

Ella le miró fijamente.

—Desde luego no fue un vampiro.

Álex la miró como si la respuesta no le convenciera, aunque estaba claro que esos seres legendarios no existían, o al menos eso creía él.

—Ya, pero tenemos esto aquí, ¿y qué narices es? —dijo él insistiendo.

—Álex, yo te digo lo que hay, tú saca conclusiones e investiga —dijo Alba, condescendiente —. ¿O quieres que también investigue tus casos? Si es así, tú desde mañana vienes aquí y haces las autopsias.

—¡Ey, calma, para el carro! Nadie te ha dicho nada —dijo serio—. ¿Qué bicho te ha picado?

Se quedaron en silencio y tras unos minutos observando el cuerpo, él volvió a reanudar la conversación.

—¿Has encontrado fibras o alguna otra materia dentro estos dos orificios?

—No, de momento no. Pero he enviado al laboratorio una muestra de piel. A ver qué nos dicen de la materia de las uñas y de esto.

Álex se levantó y apartó la lupa. Le miró las piernas.

—¿Agresión sexual? —dijo él.

Ella se rascó la cabeza.

—Había mantenido relaciones sexuales recientemente. Hay lubrificante en la vagina, pero visto y considerado el contenido de su bolso, no me extraña. Eso sí, parecen consentidas. Nada de livideces. Creo que era madre, ¿ves esta cicatriz en este punto? —dijo la médico señalándola con un bolígrafo.

—Ya veo —contestó él.

—Una cesárea, parece.

—¿Algo más? —preguntó él.

—Solo un pequeño tatuaje, en el pie izquierdo, en el tobillo, casi imperceptible.

—¿Y cómo es? —preguntó él.

La forense cogió la lupa y lo amplió. El tatuaje era un corazón envuelto en hilo espinado y con un nombre, Valeri.

—Tenías razón, sí que es pequeño —dijo él—. Necesito una foto. ¿Puedo hacerla? —dijo él sacando el móvil.

—Ya tienes todo preparado allí —dijo la forense, indicando con la cabeza su escritorio.

Él sonrió, a punto de decirle que estaba en todo, pero decidió callarse. Acabó de revisar el cuerpo, pero no vio nada más que le llamara la atención.

Luego comprobó el contenido de la carpeta. Una copia del informe de la forense y unas fotos

del cadáver, tanto en la mesa de la morgue, como en la escena del crimen.

—Y, ¿esta cruz?—preguntó Álex indicando una foto.

El cadáver de la chica se encontraba apoyado en un césped de lo que parecía ser un parque. Entre sus manos, sujetaba una cruz de madera. La mujer aparecía con el pelo aseado y los brazos apoyados en el abdomen, sujetando el trozo de madera con forma religiosa.

La forense se acercó a mirarla.

—Sí, ¿qué pasa, nunca has visto una?

—¿Qué hace esta mujer sujetando una cruz?

Alba se acercó a Álex, colocando su cara enfrente de la suya. Ella miró sus labios, que le quedaban a pocos centímetros. Álex sintió el calor de la mujer y su corazón comenzó a palpitar más fuerte.

—Eso es cosa tuya, Álex —dijo, mirándolo con una mirada felina, la misma de la noche en que se acostaron.

Luego Alba se pasó la lengua por el carmín rojo de los labios, apretándolos.

Él temió que sus bocas se tocaran, pero no fue así; Alba se contuvo. Sus miradas se cruzaron, dejando de lado el momento y el lugar. Ella pestañeó y se apartó, sentándose en su escritorio.

—Buena suerte con este caso, Sargento— concluyó con sarcasmo.

Álex se dio la vuelta y se fue de la morgue.

Una vez fuera de allí, la chica que había visto sobre la mesa siguió en sus pensamientos. El día acababa, pero la investigación justo arrancaba. Se presentaba un caso más para el sargento Cortés, y con él llevaba un reto que jamás había visto, representado por esos dos agujeros en el cuello de la víctima.

2

Álex no se creía nada que no se pudiera explicar. Nada de fantasmas, zombis o vampiros. Eso era solo literatura de ficción para entretener.

Llegó a casa, se cambió y se fue a correr. Seguía pensando en el cadáver, recordando lo que había salido de la compuerta en la morgue. El tráfico de la noche, de vuelta a casa de un día laboral, teñía de rojo el paseo marítimo de Barcelona.

Correr era su válvula de escape. Lo necesitaba, de lo contrario enloquecía. Si no iba a correr se volvía más irritable.

Los dos agujeros tenían que ser la clave. El tatuaje, los preservativos y la sangre eran elementos dispersos, pero que de algún modo se conectarían y les devolverían los nombres de la víctima y el asesino. Una víctima y un asesino que se tuvieron que encontrar en un día y un lugar: en concreto, en un parque cerca de la Zona Franca.

¿Era un cliente que se había transformado en su verdugo?

¿Un novio celoso?

¿Un casero?

¿Un chulo?

¿O simplemente un desequilibrado que se dedicaba a matar a otras personas?

Iba colgando las escasas piezas del puzle en una pizarra mental, sin conseguir que cobraran sentido alguno. Necesitaba dormir y ordenarlas en una pizarra de verdad.

Al día siguiente llegó temprano a la comisaría. Aparcó el descapotable en la calle. Esa mañana llovía con intensidad. Abrió el paraguas y pasó por la cafetería a por dos vasos de café con leche. Aún estaba desierta. Saludó a Rafael, el encargado, y revisó las noticias del periódico. Miró la sección de crónicas para ver si había novedades mientras daba los primeros tragos. Envió un mensaje a su novia, la periodista, diciendo que esa mañana hacía el mismo tiempo que en Londres, según las previsiones del móvil. Luego, se fue al trabajo.

Dejó el segundo café en el escritorio de Karla y entró, directo a la sala de briefing. Colocó las fotos que le había dado Alba en la pizarra. Escribió las ideas que se le habían ocurrido el día anterior mientras corría. Las incongruencias, las preguntas. Un cuadro general, un marco de investigación abierto e incomprensible. Aunque la pregunta esencial era: ¿por qué habían extraído toda la sangre del cadáver?

Karla entró, y Álex le entregó un café.

—Me estás consintiendo demasiado últimamente —dijo ella oliendo el aroma.

Él sonrió.

—Buenos días —contestó y se sentó en el escritorio—. ¿Has descansado?

Ella sonrió con picardía.

—No mucho.

—Ya. Tienes a Marcos en casa estos días.

—Una noche agitada, de las que vienen bien de vez en cuando —dijo mirándole de reojo—. Ya sabes.

Él asintió y ella se frotó los ojos. Luego miró la pizarra.

—¿Qué tenemos? —dijo para cambiar de tema.

—Ayer por la tarde me pasé por la morgue. Alba quería verme.

—¿Quería verte? —preguntó coqueta.

—¡No para eso! Es agua pasada.

Ella asintió, sin parecer demasiado convencida.

—Tenemos una víctima muy extraña —dijo.

Le explicó todo a su compañera, que se quedó perpleja y asqueada a la vez.

—¿Tú te crees que antes de las ocho de la mañana, aún con el segundo café, tenemos que hablar de sangre, de muerte, y de un asesino que se cree un vampiro?

—*C'est la vie*, amiga mía. Siéntate, que vamos a empezar el briefing —dijo Álex, e hizo un gesto para que entraran los otros componentes del equipo.

Los agentes se fueron sentando. Álex dio un sorbo a su café y Karla hizo lo mismo, sentada en primera fila.

—Buenos días a todos —dijo el sargento.

Una vez todos sentados, Álex fue pasando las fotos de la morgue y del encuentro del cadáver en el parque. Los agentes miraban cada foto y la pasaban al compañero de al lado.

—Tenemos este caso. No sabemos quién es, no sabemos cómo acabó allí. Pero la preocupación más grande es entender quién ha sido, por temor a que vaya a repetir lo que estáis viendo.

Álex dejó un rato que las fotos siguieran pasando, hasta que llegó la primera a un agente al que conocía por su sarcasmo.

—No, no es una broma —dijo Álex apuntando al agente, que se quedó un momento con la boca abierta y luego la cerró—. No es el día de los inocentes. Lo que tenéis entre las manos es real. Es una chica que ha perdido la vida. Le han sacado toda la sangre. Y suponemos que se lo hicieron mientras aún estaba viva, que fue consciente de ello, aunque ya nos lo confirmarán.

Mirando fijamente a los componentes de su grupo de investigación comenzó a explicar lo que se había encontrado: lo que llevaba en el bolso, la uña rota y lo que había hablado con la forense.

—Esta pobre mujer tiene más cosas que contarnos, en la escena del crimen, sobre todo. ¿Qué veis? —preguntó al aire mientras se tomaba un trago de café.

—Parece una postura ceremonial —dijo un agente desde el fondo.

—Bien visto. ¿Por qué? —replicó Álex.

Este se tomó unos segundo más.

—La cruz. Sujeta con las manos una cruz que parece cristiana.

—Bien, ¿qué más? —dijo Álex al agente.

—El cuerpo no está tirado en el suelo —dijo otro agente—. Quiero decir que no es un

asesino de los que sueltan el cuerpo y se van. Este se ha tomado el tiempo de dejarlo en una postura concreta.

—¿Qué quieres decir?

—Los brazos doblados y las dos manos sobre el estómago. El cuerpo centrado y totalmente recto y las piernas rectas. Como si estuviera en un ataúd.

—¿Qué más se os ocurre?

—Tiene el cuello limpio, ni una gota de sangre —dijo otro agente.

—Cierto. Eso nos dice, junto a la postura, que se trata de un individuo metódico, no impulsivo —contestó Álex al agente—. ¿Algo más?

Hubo silencio. Karla lo miró fijamente.

—Bien. Quiero que nos dividamos las investigaciones. Tú y tú —dijo a los primeros agentes que habían hablado—. Buscad en el parque, el lugar del encuentro del cadáver. Buscad más objetos, o algo que el asesino haya dejado entre la maleza o arbustos y que, a lo mejor, a los compañeros de la urbana se les puede haber escapado. Ya que estáis, os encargaréis de las cámaras de vigilancia y de posibles testigos.

Luego señaló a otro agente.

—Vas a ir por los locales de Barcelona y preguntarás quién puede haber hecho ese tatuaje tan pequeño. Tenemos que saber quién es este tal Valeri. Un hijo, un marido, un hermano, lo que sea —dijo mientras el agente encargado asentía.

Luego miró a otros dos y los señaló.

—Para vosotros dos tengo otro trabajo. Anoche estuve dándole vueltas y justo cuando estaba corriendo se me ocurrió una idea. ¿Y si este tío hubiera ido perfeccionando su técnica?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Karla.

—Imaginemos que ya haya matado en ocasiones anteriores, también sacándoles sangre o algo parecido. Es una suposición. Y que esta fuera su obra maestra, por así decirlo. A lo mejor había matado ya antes. ¿Qué opináis?

—Pero entonces habría otras víctimas sin resolver —dijo Karla.

—Nos habríamos enterado, ¿no cree? —preguntó perplejo uno de los agentes—. Quiero decir, tendríamos constancia de esas víctimas, de casos sin resolver, ¿no?

—Efectivamente, tendríamos más casos. O no, a lo mejor es el primer caso y este tío se ha despertado de la noche a la mañana y ha querido matar. Pero, ¿y si no fuese así? ¿Y si llevase ya varios asesinatos?

—Pero lo sabríamos —replicó el agente.

—¿Cómo te llamas?

—Joan.

—Cierto, Joan. Pero, ¿y si hubiese empezado en un lugar diferente a Barcelona? No lo sabríamos, y habría dejado su estela de muerte por algún otro lugar.

Todos en la sala escuchaban y alguno asentía.

—Lo que tenemos que buscar son muertes de este tipo en otras localidades y con otros cuerpos de policía. Casos con similitudes o relacionados con la sangre y/o el sexo, teniendo en cuenta el trabajo de la víctima.

—¿Qué es lo que te hace estar tan seguro de buscar en esa línea? —preguntó Karla.

—Lo que he aprendido de la criminóloga Cortés —dijo refiriéndose a su hermana—. Que los criminales se van retando, van creciendo, van dando sus primeros pasos y luego, después de una evolución, llegan a su culmen como criminales. Pero primero tenemos una evolución que no

vemos o, como sociedad, no hemos sabido ver. En definitiva, tenemos que investigar. Además, este criminal parece un asesino metódico, como decía el compañero, alguien calculador y que no improvisa, a juzgar por los elementos de la escena del delito. ¿Sí?

—¿Y si actuó antes en el extranjero?

—Bueno, primero buscaremos en España, luego pediremos a la Interpol autorización para investigar —concluyó Álex mirando a los agentes, luego dio una palmada y siguió—. Venga tenemos trabajo, Karla coordinará todo.

La reunión parecía acabada, pero un agente entró en la sala del briefing mientras los demás ya se estaban levantando.

—Sargento, tiene que venir a ver esto.

Álex lo miró, perplejo.

—La prensa ya lo sabe y está difundiendo un rostro.

Álex miró a Karla.

—¿De qué estás hablando?

—Los medios se han enterado y lo han bautizado. ¡Es mejor que venga a verlo!

3

La preciosa casa en el Priorat se había convertido en una prisión para Ana Cortés. Lo que tenía que haber sido la casa de la esperanza, donde su familia podría rehacer sus vidas y arrancar con un nuevo rumbo, no había cumplido sus expectativas.

La última losa fue la pérdida del trabajo de Alberto, el marido de Ana. Los ahorros y la venta del apartamento en el centro de Barcelona no eran infinitos. El horizonte de carencia económica sin su sueldo había sido la segunda mecha para la situación en la que se encontraba.

La primera había sido cruzarse con Néstor Luna y que le amputase su mano derecha.

«Pero la vida no te ahoga, solo te asfixia, para ponerte a prueba», se repetía Ana ante los problemas.

El problema de haberse cruzado con Néstor le había ofrecido la mayor oportunidad de su vida: escribir un libro sobre su vivencia, las visitas a la cárcel y sus análisis de criminóloga para crear un perfil psicológico del asesino.

El reto era grande. ¿Cómo escribirlo sin sufrir represalias por parte del asesino, pero a la vez respetando las expectativas de los editores? Una plataforma de *streaming* ya estaba esperando el libro, y era difícil escribir sin una mano.

Ana convirtió una habitación de su casa en su estudio. Un escritorio, su portátil y unas estanterías con todos sus libros.

Esa mañana estaba trascribiendo la última visita a Néstor. Se vertió de la tetera una dosis de té verde bien caliente. El té era la única bebida caliente que le apetecía tomar durante su embarazo cada vez más avanzado. El bebé, cada día más grande, se acercaba al día de su nacimiento.

Le costaba mucho escribir, así que probó a dictarle a su marido el texto. Pero el invento no funcionó, porque los problemas no llegan solos, sino acompañados.

Alberto, tras perder su trabajo, fue seducido por la botella de whisky. El licor de color miel cambió su carácter y lo redujo a la misma utilidad que su hijo de pocos años.

Pero a pesar del panorama, que cada vez se ponía más complicado, Ana aprendió a dictar sola y siguió avanzando con su proyecto.

La última visita a Néstor fue decisiva. Se había sentido menos nerviosa, pero la había asustado un sentimiento que había tratado de reprimir a toda costa: la compasión.

Las condiciones de Néstor y el maltrato que sufría en prisión no eran tolerables. El alcaide aplicaba en su feudo su propia ley. A Ana no le parecía bien que no se respetaran los derechos humanos, ni siquiera cuando se trataba de la persona que más odiaba y temía en este mundo.

Las condiciones de Néstor eran preocupantes. Desconocía si el Asesino del Criptograma estaba involucrado en el tema del secuestro de la mujer del juez, pero aun así, el alcaide no podía tomar cartas en el asunto.

Durante muchas noches de insomnio, Ana dudó si debía poner eso en su libro. Al final ganó la sensatez; obviar la realidad, o maquillarla, habría sido un acto deliberado de complicidad en el asunto. Así fue como comenzó a escribir el capítulo en el que estaba trabajando en ese momento, titulado *Quatre Camins: El Guantánamo de Barcelona.*

El insomnio se había convertido en un aliado, y Ana lo tomó como compañero de escritura. Por las noches, en el silencio más absoluto de la masía, dictaba su libro.

De vez en cuando la acompañaban los crujidos de los viejos muebles, los movimientos de las ratitas de granero que vivían en la buhardilla.

Ana decidió que ya no quería tener más un móvil inteligente: ese chisme le había traído más inconvenientes que ventajas, así que se quedó con el viejo Nokia de su hermano.

Esa mañana recibió un mensaje de su hermano Álex, que iba de camino a una reunión que ella había programado. En su mensaje, él le pedía autorización para comentar durante la reunión lo que había visto en la visita a la prisión. Ella aceptó, aunque no estaba segura de cuáles serían las consecuencias de esa declaración.

El libro iba tomando cuerpo. Ana avanzaba lenta, dictaba, luego corregía y por último imprimía con papel reciclado para acabar de identificar los errores. Cada vez que cerraba el ordenador se sentía orgullosa de lo que estaba haciendo.

«Dios confiere las misiones más difíciles a las personas más audaces». Esa frase se la repetía todos los días.

Esa mañana acabó su capítulo y revisó el calendario: la próxima visita a Néstor era al día siguiente. La sensación de ansiedad comenzó a transformarse en algo diferente. Aunque no quisiera decírselo, ni menos aceptarlo, algo había cambiado desde su última visita.

4

La televisión estaba encendida en la sala de descanso. El agente que los había alertado del suceso tenía *tuppers* esparcidos por toda la mesa y presentaba unas marcadas ojeras, que demostraban que acababa el turno de noche.

Otro compañero miraba el televisor, embobado.

Álex entró, seguido por un séquito de agentes. Karla iba la última.

La televisión emitía un canal informativo regional. Una joven presentadora con un micrófono rojo estaba hablando delante del parque Can Sabaté, al lado del Paseo de la Zona Franca. Caminaba entre los árboles. Álex reconoció el lugar: era el mismo en el que había aparecido la chica encontrada anteriormente.

En la base de la imagen estaba el logo de la cadena, la hora y el título de la noticia: *El Vampiro de Barcelona.*

—Sube el volumen —gritó Álex Cortés.

—Estamos en el parque Can Sabaté, precisamente en el mismo lugar donde la guardia urbana ha encontrado una joven sin vida. La dejaron en este lugar con las manos juntas y sujetando una cruz. Hemos hablado con la persona que avisó a la policía —dijo y se acercó a un hombre que por su aspecto dormía en la calle—. Hola Xicu, ¿nos puedes confirmar qué has visto?

—¿Quién es este tío? —dijo Álex y dio un sonoro puñetazo en la mesa haciendo temblar todos los vasos—. ¿Cómo puede ser que nosotros no sepamos nada?

—Shh —dijo Karla—. ¡Escucha, Álex!

Este se calló.

—Pues nada, lo que te he dicho antes. Estaba allí, en mi casita —dijo y la cámara se apartó para ver el lugar, un cúmulo de cartones y plásticos sujetados por un carro de la compra lleno de objetos y maletas—. Estaba dormido y oí unos arbustos romperse, un tío estaba encima de la chica mordiéndole el cuello y cuando se levantó le cayeron gotas de sangre. Luego se fue en un coche.

—Xicu, dinos como era el coche y cómo se fue —dijo la reportera acercándole el micrófono y mirando hacia la cámara—. Puedes repetir lo mismo que nos dijiste antes.

—El tío entró en un coche deportivo de color rojo y se fue de… de…

—¿Derrapando?

—Derrapando, eso.

—Muy bien, gracias Xicu por tu valioso testimonio —dijo de nuevo ella y se apartó del hombre—. Recordamos que la chica ha sido encontrada muerta y con dos agujeros en el cuello. Así que estamos delante de una muerte muy extraña y que estamos intentando sacar a la luz. ¿Es la primera víctima de un vampiro? ¿Es la víctima del Vampiro de Barcelona? Desde el parque de Can Sabaté esto es todo por ahora, Miriam López, devuelvo la línea al estudio.

Luego la imagen cambió y la presentadora del programa informativo volvió a repetir y poner en orden las noticias.

—¿Quién demonios era este tío? —gritó Álex apuntando a la televisión—. ¿Cómo puede ser que no sepamos nada de él?

—Cálmate Álex, eso no lo podemos saber —dijo Karla y miró a los dos agentes encargados de investigar la zona—. Chicos, venga, id a ver qué es todo eso.

—Escuchadme —insistió Álex—. Por favor, tenéis que entender que es de máxima prioridad, esto no podía salir a la luz, pero se han enterado y nos van a crujir vivos. Tenéis que averiguar quién es este tío, quién era el tío del deportivo. Quiero cámaras, testigos, cómo la reportera esa de las narices ha sabido eso antes que nosotros. Quiero saber qué hace allí durmiendo ese hombre, si cierran el parque de noche. ¿Está claro? —concluyó con las venas del cuello hinchadas.

Los dos agentes asintieron y se marcharon. Una vez salieron, Karla se giró a Álex.

—Nuestros agentes no tienen la culpa, ¿sabes? No puedes reaccionar así, ¿es que no te acuerdas de cómo te trataba el sargento Ortega? Pues no puedes cometer los mismos errores.

Álex levantó las manos.

—Perdona, pero no entiendo a esta gentuza sensacionalista que se dedica a difundir esta basura.

—Vamos arriba, deja que coman tranquilos —dijo Karla mientras se lo llevaba fuera del comedor de la comisaria.

Álex se giró de nuevo y dio las gracias al agente que había ido a avisarle.

Álex se sentó en su escritorio. Dio un sorbo del café.

—No soporto el café frío.

—¿Qué te pasa, Álex? —pregunto Karla con tono preocupado—. Es la primera vez que dices eso. Hasta ahora no te había molestado el café frío.

Él miró por la ventana. En Travessera de les Corts el día venía marcado por repartidores apresurados y coches que pasaban. En la terraza del Café Sirena, algún atrevido retaba el frío del día sentándose en una mesa exterior para disfrutar del café acompañado de un cigarrillo.

—Todo empieza con el primero, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? —dijo Karla mientras encendía su ordenador.

—Un asesino serial no arranca con el número doce, sino con la primera víctima. Y si no sabes que lo es, la cosa toma la velocidad de una bola de nieve.

Karla dejó de mirar la pantalla y se giró hacia él.

—¿Y cómo sabes ya que es un asesino en serie?

Álex hizo un sonido gutural, volvió a dar un sorbo y se estiró en el sillón.

—Ahí está la gracia, Karla, tenemos que ser más previsores y tener más astucia. Comprender una escena del crimen. Llegar primero que los forenses a la escena del delito. Entenderla, interpretarla y, por supuesto, anticiparnos.

—¿No has pensado hablar con el subinspector Reixach para ver si podemos coger a tu hermana como asesora externa?

Él se rio, miró su móvil y buscó alguna foto de su hermana.

—Mi hermana ya tiene bastante lío con su vida, actualmente. No se puede permitir que la desviemos de lo que tiene que hacer —dijo resignado—. Ya te lo expliqué. Es un problema.

—Ya, pero…

—No. Nada de peros. ¡No puede! —dijo y dejó el móvil en la mesa.

Cogió las fotos de la víctima. Las fue pasando, las miraba una a una, con atención.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

—Los asesinos siempre dejan rastro. Nos dejan mensajes, voluntariamente o no. Solo es cuestión de encontrarlos —dijo Álex.

Justo en ese momento se abrió la puerta del despacho del jefe y este fue hasta el escritorio de Álex. Eso sorprendió a todo el grupo de investigación de la planta. Alfonso Reixach era un hombre que imponía físicamente e intimidaba con su presencia.

Se creó un silencio expectante cuando entró, y Álex lo miró cabizbajo.

—Álex, nos tenemos que ir —dijo serio—. Coge tus cosas, nos vamos tú y yo.

«Dios, ¿qué habré hecho ahora?», pensó el sargento.

—Nos vamos a ver al juez. Del Pozo nos ha llamado a su despacho en el juzgado número dos —dijo y sin decir nada más ni saludar a los agentes, se dio la vuelta y se encaminó hacia los ascensores.

Karla enarcó las cejas.

—Suerte —susurró ella.

Luego Álex se levantó y siguió a su jefe. Era la primera vez que le llamaban al despacho de un juez.

5

Detestaba, profundamente, ir en coche con él.

En las pocas ocasiones en que había ocurrido, Álex lo había considerado una de las peores tareas que tenía que hacer. Procuraba ir por su lado, pero escabullirse de ir con él era difícil y no siempre lo conseguía. No entendía bien de dónde nacía el rechazo a su jefe, incluso lo había analizado con Ana, pero no lo habían identificado del todo.

Una posibilidad que habían contemplado era el rechazo interno de Álex hacia la autoridad, en cualquiera de sus formas.

Álex no sabía de dónde provenía, pero el hecho era que le costaba tragar a su jefe. Lo mismo que en su momento le había pasado con el difunto sargento Ortega.

Álex era un espíritu libre. Un caballo de carreras que detestaba arneses y riendas. Un barco que odiaba las cuerdas que lo ataban al puerto. Aun así, esa mañana le tocó ir en coche con el subinspector Reixach.

El coche de los Mossos fue por la Diagonal, y luego bajó por Rambla de Brasil hasta L'Hospitalet de Llobregat. El jefe, para sus movimientos institucionales, tenía un coche a su disposición. Procuraba conducir lo menos posible, ya que sus habilidades automovilísticas eran famosas por ser nefastas.

—¿Por qué nos ha llamado allí? —preguntó Álex—. ¿Me puedes poner al día?

El jefe despegó la mirada del cristal para mirarle.

—Está desesperado. Lleva varios días desaparecida su mujer y aún no la hemos encontrado. ¿Tú qué harías? —dijo arrugando el ceño.

El termómetro que marcaba las ganas de bajar del coche iba subiendo.

—No lo cuestiono, simplemente antes de entrar en una reunión, sería bueno saber a qué vamos.

—Maldita sea, Álex, ¿a qué quieres que nos llame, a invitarnos a una mariscada?

Álex giró la cara y miró por la ventanilla para evitar la cara del jefe. Ya tenía bastante. Lo que no supiera lo iba a descubrir. Faltaba poco para que el coche oficial llegara a destino.

El chófer, en uniforme, dio la vuelta por una rotonda y entraron por la Avenida del Carrilet. Delante estaban los dos edificios, uno color marrón claro, casi dorado y el otro tirando al rojo. Su destino eran unos edificios cúbicos llenos de ventanitas alargadas, que a Álex le parecieron un híbrido entre una colmena y un edifico del Bronx de Nueva York.

El coche pasó la barra de seguridad y aparcó en el parquin subterráneo, reservado para los coches oficiales y las furgonetas que transportaban presos.

En la puerta que daba al edificio ponía: *Juzgado de 1ª Instancia Nº 2*. Y debajo: *La ley es igual para todos*. A la vista de esta segunda frase, Álex consiguió ahogar una carcajada que a

estuvo a punto de salir.

Subieron por el ascensor interno, por unos accesos directos que se usaban para los jueces y para determinados presos peligrosos. Álex miraba a su alrededor; había cámaras por todos sitios, sin dejar ni un centímetro ciego, y compañeros de uniforme en cada rincón.

Esperaron en un vestíbulo y, al cabo de un rato, entraron en el despacho del juez.

Álex no conocía en persona al juez Del Pozo. Las leyendas urbanas en el cuerpo corrían como la pólvora respecto a este temido personaje. Obeso, venido de la Andalucía profunda. Hijo de un productor de jamones, se había desmarcado del linaje de jamoneros para dedicarse a la justicia. Eso de criar cerdos no iba con él, solo meter entre rejas a los chorizos. Los zapatos los quería limpios, no con la suela llena de barro. Álex pensó que era lícito que hubiera buscado su propio camino, no tenía críticas a ese respecto.

Al entrar, el juez estaba al teléfono, girado hacia las ventanas. Desde su despacho en la última planta se podía apreciar una bonita vista de Barcelona, y alguna fisura del mar en el fondo.

Colgó el teléfono. El juez los miró cómo si estuviera ante una decisión de pena de muerte. A Álex no le habría gustado para nada que su vida estuviera en sus manos. Su mirada era intimidatoria, pero Álex vio algo más: era también desesperada. La desesperación era comparable a la condición humana de no tener nada más que perder. Cuando un criminal no tiene nada más que perder, te encuentras ante un individuo que puede ser una bomba de relojería.

El juez, por lo que sabía Álex, no tenía hijos, y solo tenía a su mujer en Barcelona.

—¡Siéntense! —ordenó el juez.

—Gracias, Bartolomeo —dijo el subinspector.

La cara del juez empeoró.

—Juez Del Pozo. No somos amigos —espetó—. No estamos en una barbacoa. ¿Qué se cree?

—Disculpe, Juez Del Pozo —replicó Reixach con las manos alzadas justo habiéndose sentado—. ¿En qué podemos ayudarle?

El juez apretó las mandíbulas y movió las comisuras de la boca.

—Mi mujer lleva desaparecida casi una semana y los Mossos d'Esquadra no la habéis encontrado. Es más, no tenéis idea de dónde está.

—La verdad… —dijo Reixach, pero el juez le cortó.

—No se atreva a interrumpirme otra vez, ¿me ha entendido? —dijo tajante sin levantar la voz, sentado en su sillón que podía valer como la motocicleta de Álex—. He hablado personalmente con el Mayor Aragonés y con el Presidente Valls. Van a desplegar más unidades y vuestra comisaría se dedicará a encontrarla.

Álex pensó que ya tenían el caso de la prostituta, y que debían centrarse en eso. Solo le faltaba tener que encontrar a la mujer del juez. Adoptó la modalidad de escuchar y no decir nada; no se atrevía, cualquier cosa que dijera podía ser más contraproducente que útil.

—¿Habéis hecho algún avance que yo desconozca?

—La verdad, juez, es que no hemos podido dar con la clave del asunto —dijo el subinspector con miedo. Con cada palabra que le salía de la boca, se hacía cada vez más pequeño—. Tenemos

varios problemas en la comisaría, nuestro Sargento Álex Cortés y su grupo de investigación acaban de coger al criminal que practicaba las lobotomías en Barcelona…

Cuanto más hablaba el subinspector, más decepcionado se veía el juez. Ignorándolo, se giró hacia Álex. Fue el primer momento en que Álex se sintió observado.

Tragó saliva. La sensación de su temperatura corporal comenzó a subir, junto a una sensación de presión en los hombros.

Álex decidió no decir nada, hasta que fuera el juez quien se dirigiera a él.

Luego el juez miró en un papel que tenía en la mesa.

—Sargento Álex Cortés, su nombre le precede. —Álex hizo un gesto con la cabeza, casi una reverencia—. ¿Usted sabe algo? ¿Le ha dado tiempo de averiguar algo de mi mujer? —dijo el juez con un tono que difería mucho del que acababa de usar con Reixach.

Por la cabeza de Álex pasaron respuestas de lo más variopintas. La que adquirió más peso era preguntarle por qué demonios había ido a buscar su informe de Astilleros, de su visita a la madre de Néstor. Por qué lo había estudiado, y porqué hizo trasladar a la madre del asesino a un penitenciario psiquiátrico.

«¿A quién se le ocurre? ¿Te sientes el paladino de la justicia, juez Del Pozo?», pensó mientras se seguían mirando. El juez esperaba una respuesta.

Su jefe iba intercalando la mirada entre Álex y el juez, mirando la reacción del juez al ver que Álex se demoraba en contestar.

«¿Cómo se te ocurre dar con un palo en un nido de avispas?», pensó Álex, pero tampoco consideró que fuera la frase más apropiada.

—Creo que he descubierto algo —dijo Álex.

Su frase rompió el silencio como un eco en una enorme gruta.

El juez se acomodó en el sillón.

—Adelante, dígame —contesto el juez.

—A Su Señoría no le va a gustar, pero es la verdad, es lo que hemos descubierto.

La expresión del subdirector cambió a sorprendido, como si la situación se le estuviera escapando de las manos.

Álex carraspeó y se preparó a decir lo que pensaba.

6

El parque de Can Sabaté era un pequeño pulmón en plena Barcelona. Un respiro verde entre el asfalto del barrio de edificios de los años ochenta. Dormitorio periférico de la ciudad y comercios locales. Peluquerías, pequeños supermercados de barrio, fruterías. Se hallaba entre los dos distritos de Sants y Montjuic, rozando el paseo de la Zona Franca.

Los dos agentes encargados de hacer la inspección llegaron al parque. Encontraron el furgón del informativo que se marchaba, el mismo que había entrevistado hacía una hora al sintecho.

Apuntaron la matrícula del furgón y aparcaron el coche.

Fueron hasta el punto donde se había encontrado el cuerpo. La zona ajardinada olía a césped húmedo, ya que los aspersores acababan de mojar la zona.

El parque tenía una parte central de cemento, con fuentes en cada punta. Una pirámide por un lado y, por el otro, seis columnas de decoración.

En la zona ajardinada los agentes pudieron comprobar que a esa hora de la mañana solo había ancianos absorbiendo su dosis diaria de vitamina D mientras paseaban perritos.

El conjunto verde estaba rodeado por un perímetro de edificios. La única carretera de acceso era la que daba a calle de la Minería, una perpendicular a paseo de la Zona Franca.

Los dos agentes observaron que el asesino podía haber descargado el cadáver desde esa carretera, con un coche o algún otro vehículo. O también podía haber atacado a su víctima en el parque. Pero los gritos habrían llegado a oídos de todos los vecinos cuyas ventanas daban al parque.

Retrocedieron y se fijaron en un centro cívico situado en la parte interna del jardín, y este disponía de cámaras en la fachada. Entraron y el responsable les confirmó que la guardia urbana ya se había llevado las grabaciones. Aun así, ellos pidieron una copia. Salieron con ellas. Pero antes preguntaron por la zona, si era tranquila o tenían problemas, y si conocían a la chica. El responsable respondió a todo que no. Era una zona tranquila de noche. No había prostitutas ni droga. Era un barrio cuidado y vigilado. Por eso mismo, no se explicaban el suceso que había dejado sin palabas a la comunidad.

Los agentes fueron entrando hacia el parque, en busca del sintecho que había aparecido en el informativo. El responsable del centro cívico confirmó que no había visto nunca a ese hombre. El hombre se había evaporado. Tanto él como la estructura de cartones. Miraron por todo el parque e inspeccionaron palmo a palmo cada metro del césped perfectamente cortado. Hasta que un señor, cerca del lugar del encuentro de la víctima, los detuvo.

—¿Qué buscáis? —preguntó el hombre, que estaba sentado en un banco, analizando a los dos hombres vestidos de paisano.

—¿Vio usted algo anoche? —dijo un agente enseñando la placa.

El anciano se recostó en el banco.

—No. Esto es muy tranquilo. ¿No ven que todos los vecinos miran con prismáticos lo que hacen? —dijo indicando un edificio de enfrente—. Es que el aburrimiento es muy malo.

—¿Y no cree que alguien podría haber visto al asesino? —preguntó el otro agente.

El anciano se encogió de hombros.

—De noche aquí la gente duerme.

—Entiendo que usted vive aquí.

El anciano indicó con el dedo una dirección contraria a la que estaba sentado.

—Justo allí.

—¿Y no vio nada anoche?

—Nada de nada. Nos despertaron las sirenas de la policía, bajamos y nos enteramos.

—¿Y ningún vecino, que usted sepa, ha visto nada?

—Lo siento, ya se lo dije a la urbana.

—¿Viene aquí cada día?

—Cada momento que me puedo librar de mi mujer, vengo a tomar un respiro. Ya sabe, después de cuarenta años de matrimonio, uno necesita descansar las orejas.

—Vale, vale. Gracias —dijo el agente.

—Espere —añadió el otro agente de investigativa—. ¿Ha visto a este señor? —dijo y le enseñó la foto del sintecho—. Vive aquí.

—Lo encontrará en la sucursal abandonada del banco, allí a la vuelta de la esquina. Antes del supermercado —dijo indicando la entrada del parque.

Los dos agentes se miraron extrañados. Luego fueron en busca del sintecho, hacia el lugar indicado. Allí los esperaba una sorpresa. Lo primero que hicieron fue llamar a Karla, para saber cómo actuar a continuación.

7

La tensión se cortaba con un cuchillo.

El juez Bartolomeo Del Pozo le había preguntado a Álex si tenía noticias de su mujer. Había seguido las hazañas del policía contra el Asesino del Criptograma y el psicópata que practicaba lobotomías, gracias a las noticias de los periódicos y de los telediarios.

En el fondo, el juez sabía que si había alguien capaz de encontrar a su mujer, ese era Álex Cortés. Solo él podía sacarle del embrollo en el que se había metido él solo.

En definitiva, el juez había hecho lo mismo que un buen entrenador: reclutar a los mejores futbolistas para su equipo. El partido había empezado sin él y ya estaba en desventaja en el marcador, porque ahí el tiempo era el factor más importante.

—Acción, reacción —dijo Álex.

—¿A qué se refiere? —preguntó Del Pozo.

—Creo que debería devolver a la madre de Néstor al centro de *Las Margaritas.*

—Ni hablar —contestó el juez tajante.

Álex esperó un segundo antes de responder.

—Su señoría, le pediría que me consintiera hablar con la mayor franqueza —dijo Álex con tono de mediador, el mismo que había aprendido en su corta y fulgurante carrera—. No lo que usted quiere oír, sino lo que yo creo en realidad.

El juez lo miró perplejo y dudó en contestar. Tenía claro que quería saber la verdad, pero escucharla era un escollo moral para él. Aceptar los errores no era un plato de buen gusto para nadie, ni menos para un juez.

—Concedido.

—Verá, si llego a saber las consecuencias que conllevaría ese informe no lo habría escrito. Es más, si tuviera una máquina del tiempo, lo destruiría —dijo con suma cautela.

A Álex le parecía que caminaba sobre huevos.

El hombre se quedó en silencio.

—Entiendo que rectificar es complicado en su postura, pero lo mejor sería meter otra vez a esa mujer en las mismas condiciones en las que estaba.

—Descartado, ¿ha venido a decirme que hago mal mi trabajo?

—He venido a decirle lo que pienso, no cómo hace su trabajo. Aquí tenemos una dicotomía, Su Señoría. Una cosa es lo que hay que hacer y otra es lo que ha sucedido. Me explico mejor: ya sabemos que tenemos que comer salmón y aguacate, pero abrimos la nevera y cogemos Coca-Cola y chocolate.

—¿Qué está tratando de decirme entonces? —dijo molesto el juez que se refería a su exceso de peso.

—No quiero decir nada, a lo mejor no ha sido el ejemplo más acertado, pero verá, Su Señoría, a veces las situaciones se complican y…

—Sargento Cortés, si ha venido solo a decirme que hay que devolver a la señora Luna al lugar donde estaba antes, se ha equivocado; ya se pueden marchar. Era lo que exigía la ley. Ahora le vuelvo a preguntar, ¿sabe algo de mi mujer?

Álex se mojó los labios y suspiró ruidosamente.

—Tenemos la convicción de que Néstor Luna tiene un cómplice, un discípulo —dijo—. Nos inclinamos a pensar eso.

—¿Y quién es?

—No lo sabemos —contestó negando con la cabeza—. Si lo supiéramos ya estaría entre rejas.

—¿Y cómo está tan seguro?

—Hace unas semanas conseguimos una fotografía. En ella aparecen dos personas bajando un congelador de una furgoneta. Uno se intuye que es Néstor Luna y el otro no sabemos quién es.

—¿Y usted cree que esta persona ha secuestrado a mi mujer?

Álex asintió.

—Y lo peor de todo esto es que no le ha pedido rescate ni se ha puesto en contacto.

—Pero hay más, Su Señoría. Tengo entendido que el alcaide de la prisión de Quatre Camins, un tal… —dijo Álex y se detuvo pensando el nombre.

—Joan Cusín —contestó el juez.

—Exacto. Se sospecha que ha agredido al recluso para sacarle información.

—Imposible —dijo el juez, mirando al subinspector—. ¿No tienen nada más que decirme?

Álex se quedó con la palabra en la boca. Lo que iba a decir a continuación se lo tragó junto a la saliva.

El subinspector se encogió de hombros.

—Estamos arreglados —espetó el juez—. Si este es el panorama, estamos perdidos. Como les decía al principio, he hablado con sus superiores. Tienen que dar prioridad absoluta a mi mujer. ¿Entendido? —dijo levantando la voz—. No quiero excusas de que habría que devolver presos, ni conjeturas acerca de si han maltratado a Néstor o no. ¡Quiero hechos y resultados! De lo contrario, haré todo lo que esté en mis manos para que se arrepientan de no haber hecho algo más para encontrar a mi mujer.

El juez se detuvo y los miró.

—¿Está claro? —preguntó con el mismo tono severo—. Mi secretaria les dará un informe completo del secuestro de mi mujer.

Álex lo miraba casi de reojo, y el subinspector asentía, cabizbajo.

Sin darle tiempo a que dijera nada más, Álex se levantó.

—Su Señoría —dijo arreglándose la chaqueta, y se dio la vuelta para salir del despacho.

El subinspector lo miró desconcertado, mientras que el juez Del Pozo le hacía un gesto con la mano para que desapareciera de su vista.

En el viaje de vuelta, el jefe habló todo el rato, tratando de recuperar el protagonismo que el juez había eclipsado con su presencia. Pero todo aquello no eran más que palabras al viento, cargadas

de testosterona, que en realidad no servían para nada.

Álex pensaba en el vampiro y en la mujer del juez. Tenía pocos efectivos para unas investigaciones tan complejas, pero por algo tenía que empezar. Comenzó a mirar el informe. La carpeta constaba de pocas páginas, pero con grandes preguntas. Llegaron a la comisaría y Karla salió a su encuentro.

—¡Es mejor que vengas! Tenemos al vagabundo y no te puedes imaginar lo que ha sucedido.

8

Álex se lo encontró de frente.

Xicu, el mismo hombre que hacía pocas horas salía en la televisión, estaba ahora delante de él. Las prendas del hombre estaban más sucias y malolientes de lo que había imaginado. La televisión no daba idea de su estado. Pero además, un factor determinante había cambiado desde aquella entrevista: cuando salió en televisión estaba sobrio, mientras que en ese momento no lo estaba.

El olor a alcohol se difundía por la pequeña estancia. Álex tuvo que apartarse de la mesa para poder soportar el hedor. Miró al vagabundo, perplejo, preguntándose qué demonios hacía ese hombre allí dentro, y si le iba a hacer perder el tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Soy el mismísimo Pato Donald.

«Empezamos bien», se dijo Álex, girándose hacia el cristal detrás del cual estaba Karla.

—En serio. ¿Puede decirme su nombre para que quede constancia?

—Me llamo Xicu, pero me puedes llamar "Xiquet"—dijo divertido—. Así me llamaba mi madre, ¿sabe?

—¿Sabe para qué lo he hecho venir, señor Xicu?

—Xiquet.

Álex suspiró e intentó tranquilizar sus instintos primarios.

—¿Lo sabes, Xiquet?

—Yo creo que por el vampiro ese.

—Bien —dijo Álex, y sintió que quizá iba a ser más fácil de lo que había pensado al principio. Al final, ese tío que tenía delante solo quería salir de allí cuanto antes para seguir emborrachándose, o lo que fuera que le gustase hacer—. ¿Me puedes repetir lo que has visto?

El hombre se arregló la cazadora y se rascó la barba.

—Vamos a ver. Estoy durmiendo y oigo voces y me despierto.

—¿Dónde dormías, Xicu?

—En el parque, donde siempre.

Álex asintió con la cabeza.

—Bien, sigue.

—Escuché un ruido y vi un hombre que estaba tirado encima de una chica. Pensé que era una parejita, ya sabes… algunos van de noche al parque al ñaca ñaca, ¿entiendes?

—Sí, entiendo. Por favor, sigue.

—Pero no estaba haciendo eso, él estaba chupándole el cuello, tirado encima, y la chica gritaba.

—¿O sea que la mujer estaba gritando de dolor? ¿Tú lo oíste?

—Síií. Claro.

—¿Y no hiciste nada?

Entonces el hombre levantó la barbilla y estiró la espalda.

—¡Yo! ¡Yo le eché de allí! Lástima que ya estaba muerta.

Álex se pasó la mano por la cara.

—Bien, sigue.

—El hombre, cuando se levantó, iba salpicando todo de sangre. Y se fue.

—¿Cómo iba vestido?

—Oscuro, con una capa.

—¿Una capa? ¡Claro! —dijo Álex condescendiente—. ¿Cómo se fue?

—Se fue en un coche deportivo.

—¿Rojo?

—¡Rojo! ¿Lo ha visto usted también?

Álex chasqueó la lengua. Se lo quedó mirando sin decir nada. El hombre sintecho se quedó en silencio un buen rato, mirando al policía. Luego, después de un rato, miró el reloj. Ya era de tarde, no tenía la mínima intención de seguir con eso más del tiempo del que era estrictamente necesario.

—¿Cuánto te ha pagado?

—¿Perdona? —replicó Xicu.

—Te estoy preguntando que cuánto te pagó la periodista.

Entonces, tras un par de segundos, que era el tiempo de reacción del hombre en esas condiciones, se puso en pie y levantó la mano derecha.

—Estás ofendiendo mi honor. Yo soy un caballero. ¿Por qué me dices eso? —gritó mientras le apuntaba con su dedo índice—. ¡No sabes con quién estás hablando!

Álex, sin inmutarse, miró hacia el cristal e hizo un gesto con la cabeza a Karla, negando para que supiera que estaba todo controlado.

—Siéntate, Xicu.

—Yo soy un caballero, me has ofendido.

—Xicu, siéntate o me enfadaré de verdad.

El hombre siguió un minuto balbuceando y pavoneándose.

—Xicu, siéntate —dijo Álex con un tono cada vez más alto.

El hombre siguió, hasta que Álex dio un manotazo tremendo en la mesa y lo hizo callar de golpe.

—¡Siéntate! —ordenó y el otro obedeció.

Entonces Álex cogió una foto de una carpeta y se la enseñó.

—¿Ves esta cámara? Da a la carretera de la Minería. No ha pasado un deportivo en toda la noche. Y en el centro cívico nos han confirmado que vives en la entrada del banco abandonado de esa misma calle. No puedes haber visto nada, ¿es verdad? —El hombre se alargaba el cuello mugriento de la camisa—. Además, desde las cámaras del parque no tenemos vista de esa zona, así que estamos investigando como ha entrado y salido con un cuerpo. No puede haber sido por esa entrada. Es imposible que lo vieras —dijo y guardó la foto—. Además, cuando dejaron a la mujer en el parque ya estaba muerta. Lo que acabas de contarme es imposible.

Luego el policía se apoyó en el respaldo y se quedó mirándolo fijamente.

—Ahora mis compañeros tomarán tu declaración con todo lo que ha pasado realmente y la firmarás.

—¿Y luego me meteréis en la cárcel?

Álex se levantó y cogió la carpeta. Se acercó a la puerta y antes de salir dijo.

—Firma eso y te devolveremos tu vida, Xicu. Pero prométeme que jamás volverás a meterte en un fregado como este.

El hombre apretó los labios y le hizo el saludo militar. Luego Álex entró en el cuarto donde estaba Karla, que lo esperaba apoyada en el cristal.

—Tela con tu amiguito, ¿no? —dijo ella indicando con la cabeza al sintecho que aún estaba dentro.

—Solo nos faltaba esto. Que alguien pagase para tener una noticia de vampiros. ¿Es que la gente no tiene bastante con todo lo real que tenemos en esta sociedad?

—El problema, Álex, es que la chica tenía algo que recordaba mucho a un vampiro: dos agujeros en el cuello y ni una gota de sangre en el cuerpo.

—¡Que no, maldita sea! No digas eso, nada de vampiros. Este es solo un chiflado que le saca la sangre de sus víctimas. Ni se te ocurra volverlo a decir —gritó Álex a su compañera—. ¿Está claro?

—Álex, a ti no te va bien irte con el subinspector a ver al juez —dijo Karla con la intención de quitar hierro de la situación.

Mientras, al otro lado del cristal, unos compañeros de uniforme se llevaron al sintecho.

—¿Qué te dijo el juez? —preguntó Karla.

—Espera, terminemos con esto. Tenemos que convocar una rueda de prensa para desmentir lo que dijo la periodista y declarar que la cadena televisiva usó a este hombre y se lo inventó todo. Los vamos a dejar donde se merecen estar, malditos periodistas de pacotilla.

—¿Lo has consultado con el subinspector?

Álex bostezó.

—Uy, anda que no estás cansado, Álex.

—Es la tensión. Da igual, hay que hacerla igual —contestó él—. ¿Puedes enviar el comunicado?

Ella miró el reloj.

—Es algo tarde, pero lo vamos a hacer.

—Gracias —dijo y comenzó a explicarle a Karla lo que había pasado con el juez. También le contó que casi se le había caído el pelo por contar sinceramente lo que pensaba del alcaide de la prisión. Le explicó que allí había mucha más información enterrada de la que se podía ver en la superficie. Pero al final, una mujer había desaparecido y tenían que encontrarla.

—Pero si el departamento de la secreta y la Guardia Civil están investigando, ¿por qué tenemos que meternos nosotros también?

—Supongo que porque nuestro grupo de investigación es el que conoce mejor a Néstor Luna.

Karla sacudió la cabeza.

—Solo nos faltaba eso —dijo compungida.

—Céntrate en convoca una rueda de prensa para mañana a primera hora —dijo Álex apoyando su mano en el hombro de ella. Luego se acercó a su compañera y le dio un beso en la frente.

Karla se quedó helada. Luego su rostro se sonrojó por completo.

—¿Y esto? —preguntó ella.

Él no supo que contestar.

—Nos vemos mañana.

Karla se quedó sin respuesta mientras veía a Álex salir por la puerta. Con ese beso sintió reflotar un sentimiento del pasado que había ahogado a causa del tiempo y de otro hombre. Sabía que sus vidas estaban separadas, pero se había olvidado de que los viejos sentimientos, como las cerillas, vuelven a encenderse con el roce.

9

La nota de prensa de la comisaría de Travessera de les Corts había llegado a tiempo. Pero no todo estaba saliendo como se esperaba.

La rueda de prensa estaba convocada para las nueve de la mañana.

Álex y Karla, en uniforme, estaban esperando ansiosos la hora. Todo el grupo de investigación se había dividido en dos grupos de trabajo. Uno seguiría investigando el asesino de la presunta prostituta y otro se encargaría de la desaparición de la mujer del juez.

Faltaban diez minutos para que comenzara la rueda y en la sala de prensa había solo cuatro periodistas con grabadoras y cámaras de fotos y una cadena de televisión.

Álex miró por la puerta que daba acceso a la sala por detrás y se extrañó de la falta de asistencia.

—¿Seguro que has enviado a todo el mundo el correo electrónico? —preguntó a Karla.

—Todas las redacciones han confirmado su presencia.

—En fin, hay que seguir. —Álex se encogió de hombros—. Vamos.

Álex quitó un pelo de la impoluta camisa blanca y dieron el último trago al café en la cafetería Sirena. Entraron y comenzaron a ser alcanzados por los flashes.

—Te queda muy bien la camisa —susurró Karla una vez sentados.

Él hizo como si no lo hubiese escuchado.

—Gracias por haber venido. Empezamos la ronda en el departamento de policía de los Mossos d'Esquadra, referente al hallazgo de un cadáver en el parque Can Sabater. El principal motivo es que, durante el transcurso de la mañana de ayer, la cadena televisiva TvBcn ha difundido una entrevista con un testigo comprado. Han difundido una información falsa que ha alimentado una falsa reconstrucción con un personaje inventado por ellos, al que han llamado El Vampiro de Barcelona. Os podemos asegurar —dijo y miró a Karla, buscando su apoyo—, que no hay ningún vampiro y que eso solo existe en las películas. El departamento de justicia ha sido informado y ya está en proceso una querella de difamación contra la cadena televisiva. Quiero —dijo y se interrumpió un instante, girándose hacia su compañera—, queremos transmitir a la sociedad que estamos trabajando para encontrar a este asesino y que muy pronto estará entre rejas.

Era la primera vez que Álex realizaba una rueda de prensa tan poco concurrida. Tenía una sensación incómoda. Álex Cortés en persona daba una rueda de prensa y acudían cuatro periodistas: algo nunca visto.

Mientras estaba hablando se dijo que era probable que su fama fuera ya agua pasada; un éxito pasajero, que había terminado con la detención de Néstor. Al final, casi era mejor que la

ciudadanía olvidase su rostro. Así podría volver a tener una vida normal, de ciudadano normal.

Mientras, los periodistas, no paraban de mirar los relojes y los móviles. Eso le hizo sospechar a Álex.

—Bien. Esto es todo, ahora damos espacio a las preguntas.

Un periodista levantó la mano.

—Sí, ¿dígame? —dijo Álex a un periodista joven, casi un becario.

—¿La rueda de prensa se ha acabado?

Álex titubeo un momento.

—Sí, pero ahora podéis hacer preguntas.

—Ah, ok. Gracias.

—Dígame.

El joven periodista se levantó, cerró el portátil y lo metió en la mochila. Los otros hicieron lo mismo, recogieron cables y micros.

Álex no entendía nada. Entonces se levantó.

—Perdonadme, pero qué pasa, ¿Dónde vais?

Los periodistas ni le escucharon.

—Estoy hablando con vosotros —insistió Álex.

Entonces el mismo becario que había levantado la mano se giró y lo miró.

—Dicen que ha habido un nuevo ataque del vampiro —respondió indicando con el móvil un mensaje recién llegado—. En Collserola. Vamos allí.

Los dos policías se miraron, sin entender nada. Había aparecido un nuevo cuerpo y no habían sido informados: eso no podía ser. Abandonaron la sala y se metieron en el Seat Altea, camino a Collserola. Había que comprobar si se trataba de un farol o el asesino había atacado de nuevo.

10

Era una mañana soleada en el Priorat cuando Ana Cortés subió al coche junto a su marido. Pero las nubes no tardaron en oscurecer el día; las previsiones daban lluvias. Presentía que ese viaje iba a hacerse eterno. Alberto estaba dejando de ser él mismo; desde que lo habían despedido del trabajo, había caído en un agujero negro, y la ayuda de su mujer no era suficiente.

«En casa del herrero, cuchillo de palo», se repetía Ana Cortés.

Ella, una de las criminólogas y psiquiatras más prestigiosas de Barcelona, se sentía frustrada al no poder hacer nada por a sus seres queridos. Sus constantes propuestas de ayuda caían en saco roto. Él estaba bien, así decía, y no necesitaba nada.

El alcohol cambia a las personas.

Ana miraba de reojo a su marido desde el asiento del copiloto. Esa mañana había ganado la batalla, consiguiendo que no bebiera nada. En caso contrario no habría podido entrevistar a Néstor.

Las grabaciones de Néstor Luna se estaban convirtiendo en un testamento auténtico y veraz del Asesino del Criptograma.

Pero Ana sentía una molesta sensación en su interior que no la dejaba dormir. Una vocecita, una intuición que le susurraba que todo eso solo era un parón; un paréntesis. A un depredador puedes meterlo en una jaula, pero no puedes cambiar su ADN.

Repasó las preguntas de ese día, aunque al final quien llevaría la batuta sería Néstor; si él no quería decir algo, era imposible hacerlo hablar.

Alberto estaba en silencio. Se habían detenido un rato antes en un área de servicio para comprar un café, y él lo sorbía mientras conducía el BMW todoterreno, parte de la indemnización.

Salieron de la autopista y entraron en el complejo penitenciario. Aparcaron el coche y entraron en el edificio.

A la hora establecida, apareció Víctor, el guardia de la cárcel.

—Buenos días, doña Ana —dijo con tono afable—. ¿Cómo se encuentra?

Ella se levantó y cogió la mochila. Luego le sonrió.

—Bien Víctor, siempre puntual —dijo acercándose—. ¿Cómo estás?

Entre saludos y preguntas meramente triviales se fueron hacia el preso más conocido del edificio.

—¿Siempre tú, Víctor? —preguntó Ana.

—Siempre yo, el alcaide quiere que sea yo la persona que la acompañe aquí dentro.

Ella asintió.

—¿Y qué haces aparte de este trabajo, Víctor? —dijo Ana mientras le seguía por los largos pasillos de color ocre que cruzaban el edificio.

—¿Yo? —preguntó medio girándose, luego se ajustó sus gafas.

—Sí, tú. No sé, ¿tienes pareja, estas casado, niños, pasatiempos?

Él carraspeó.

—Nada en especial, supongo. Lo que hace todo el mundo, creo. En busca de una futura exseñora Arroyo, entre otras cosas.

Ella asintió, ya delante de la puerta habitual.

—Le esperaré aquí, para cualquier cosa que necesite —dijo y justo al acabar dio varias vueltas de llave en la ranura y se desbloqueó la puerta.

La criminóloga asintió y entró.

Delante estaba Néstor Luna, sentado al otro lado de la estructura con un cristal en medio.

Él quedó impasible, viendo a la mujer cómo entraba.

Le indicó la silla y ella se sentó. La miraba cabizbajo, justo por debajo de las cejas, con un aire intimidatorio que rozaba el deseo.

—¿Cómo estás, Ana? —preguntó con sosiego.

Ella no contestó hasta que tuvo todas las cosas ordenadas en la mesa y la grabadora encendida. Luego dijo un par de palabras; la introducción de su grabación, incluyendo el día, la hora, el nombre del detenido y el lugar.

—Muy bien Néstor, gracias. Ya veo que te encuentras mucho mejor.

—El alcaide ha sido benévolo estos días.

—¿Ya no te pega?

—Oh, el alcaide no, ya no pega. Solo te mete en un agujero húmedo y negro y te deja allí a reflexionar, así dice él. La verdad, Ana, es que sus visitas son mucho más agradables de lo que puedes creer.

Ella ni se inmutó. El sello del temor y la desconfianza seguían en su rostro, en su mirada.

—Sigamos con tu discípulo —preguntó Ana—, ¿cómo lo conociste, cómo se llama?

Él bajó la vista y rio malicioso.

—Empecemos al revés, Ana. Quiero saber sobre tu marido. ¿Aún tenéis sexo?

Ella se quedó mirándole fijamente.

«¿Cómo podía hacer esa pregunta precisamente ese día? ¿Ese hombre tenía telepatía, sexto sentido, una forma de poder espiarla?», se preguntó Ana.

Se encontró en una encrucijada de la que no sabía cómo salir. Si mentía, Néstor lo sabría, captaría el farol y la mentira. No tenía muchas opciones. Esa escoria de la sociedad seguía escarbando en su vida, no se había conformado con amputarle la mano, sino que también quería amputarle su dignidad e intimidad.

—Sí, tenemos sexo. Esporádico, pero sí.

—¿Cuándo?

Ella lo miró, pidiéndole con los ojos que fuera más específico.

—¿Cuándo fue la última vez?

Ella tragó saliva.

—Esta mañana.

Él asintió con una cierta sorpresa.

—¿Sigues disfrutando como el primer día, Ana?

—El discípulo, Néstor. ¿Cómo lo conociste, cómo se llama? —dijo ella para desviar el tema.

—Espera, esta mañana no es una respuesta para seguir con lo mío, sé un poco más concreta —dijo Néstor con libido en sus ojos.

El matrimonio de Ana no se escapaba del mismo destino de muchos matrimonios: después del primer hijo, la cantidad y calidad del sexo habían caído en picado. Llevaba días sin satisfacer las continuas e insistentes insinuaciones de Alberto, pero ella estaba demasiado estresada. Esa mañana la había pillado por sorpresa. Un chantaje, un trato entre ella y Alberto. Sexo a cambio de ni una gota de alcohol en todo el día.

—El discípulo. ¿Cómo lo conociste? —insistió ella.

Él suspiró.

—El otro día ya te expliqué cómo nos conocimos.

—No, me dijiste lo que encontraste en sus ojos, no cómo lo encontraste.

—¿Sí? No me acordaba.

—Yo sí, perfectamente.

Sonrió cínicamente.

—Era otra alma a la deriva. Buscaba un trabajo precario para un alma precaria.

—¿Por qué precaria?

—Porque era una persona solitaria, sin futuro, sin vida, solo en busca de un trabajo sin futuro en una vida sin presente.

—¿Qué trabajo buscaba? —insistió Ana.

—Cinco minutos —dijo Víctor desde el otro lado de la puerta, haciendo resonar los nudillos en la misma.

—Buscaba algo de carpintero. Venía de un pequeño pueblo de Sevilla. Era un polluelo mojado de la vida. Lo encontré en medio de una tormenta y me lo supo agradecer. Desde entonces se quedó a mi lado.

—¿Por qué quieres continuar con todo esto? ¿Qué sientes al matar?

Él la miró con una mezcla de pasión y respeto.

—¿Llegas al orgasmo con tu marido o lo finges?

Los dos se quedaron mirando por un buen rato. Ella no quería contestar y él esperaba ansioso saberlo.

«El morbo», pensó ella. «¿Por qué te alimentas del morbo? Quizá porque ya no te alimentas de arrebatarles la vida».

—A veces tengo que fingir.

—¿Tienes que hacerlo?

—Es más cómodo.

—Para ti.

—Para todos.

—¿Y esta mañana has fingido?

Ella se lo pensó. Luego miró la grabadora y contestó.

—No, esta mañana no —dijo y se arregló el pelo que llevaba recién lavado esa mañana. Junto a un maquillaje muy suave y elegante perfume, la criminóloga estaba irresistiblemente atractiva.

Vio asomarse la lujuria en sus ojos.

—¿Te sientes un mesías, un sanador de almas o un barquero hacia vidas mejores?

—Ayudo a los demás a llegar a donde necesitan.

Ella enarcó las cejas.

—Patricia, Mauricio, Lucía… ¿Cómo puedes decir que les ayudaste, si les arrebataste la vida?

—Tenían vidas insignificantes y yo les ayudé a darle sentido. ¿No lo ves así?

—¿Quién es tu discípulo?

—Alguien que tenía una vida precaria, a quien ayudé a encontrar su misión en la vida. Yo soy un canalizador, Ana, cuando lo aceptes, entonces lo entenderás. Le di cobijo, una misión en la vida y, sobre todo, un amante. Estaba conmigo el día que tiramos el VW Golf por el barranco en Tossa de Mar. Estaba conmigo cuando serré tu mano. Estaba en mi cama en los últimos días. Siempre, menos cuando fui al parque; ese día necesitaba sentir otra vez el placer de matar, y esa mujer en el coche lleno de agua era mi última muerte. Él estaba allí conmigo esa noche. Pero no vino cuando me cogisteis. Incluso consiguió venir a verme al hospital. —Ana intentó controlarse, pero levantó una ceja—. Era mi sombra, pero ahora nuestras vidas ya se han separado.

—Háblame de la mujer del juez, ¿por qué ella?

De repente la puerta de la sala de visitas se abrió. El guardia apareció, reloj en mano.

—Lo siento señora, pero el tiempo se ha acabado.

—Víctor, ¿puedes concedernos un minuto más? —dijo ella girándose hacia este.

Víctor miró a la mujer y luego al preso; este asintió.

—Ok, solo un minuto —dijo y cerró la puerta.

—Decías…

—No, tú preguntaste por ella —dijo Néstor acercándose al cristal—. Tienes que entender que esto es un quid pro quo. ¿Disfrutas más o menos del sexo ahora que estás embarazada? ¿Tienes más apetito sexual?

—Sí. ¡Sí…! Pero sola, me satisfago sola.

—¿Cuántas veces al día?

—Muchas —dijo y se acercó también al cristal—. La mujer del juez, ¿por qué ella? ¿Venganza por lo de tu madre?

La puerta de la sala se volvió a abrir. Víctor entró, Ana lo miró y se volvió a dar la vuelta.

—¿Entonces?

—Tienes que buscar en Poblenou: *“Osculum mortis”*.

Luego se abrió la puerta del lado de Néstor y se lo llevaron. No les dio tiempo de decir nada más. Solo una mirada intensa y fugaz que se cruzaron entre los dos.

Ana apagó la grabadora, metió todas sus cosas en la mochila y se fue, acompañada de Víctor. El pensamiento se le fue a la última frase: de nuevo un enigma, un criptograma. Néstor volvía a los acertijos. Sabía dónde estaba esa mujer. No lo admitía, pero era obvio, las coincidencias no existían en la vida de la criminóloga. La desaparición de la señora Del Pozo era la consecuencia del traslado de su madre, la última persona que le quedaba en la vida. No podía obviar esa información ni esa realidad. El resto eran conjeturas. La cuestión era: ¿quién era el discípulo? ¿Adónde había llevado a la mujer del juez? ¿Estaría muerta o aún con vida?

Miró su brazo amputado. A lo mejor a la señora le había tocado la misma suerte. La única pista estaba en las personas que habían visitado a Néstor en el hospital. Allí estaban las respuestas, a lo mejor. Pero no le tocaría a ella, sino a su hermano, investigar al cómplice de Néstor.

11

Collserola. La montaña más cercana a Barcelona. El paraíso de los corredores y ciclistas. Los domingos es un tripudio de domingueros y familias. Una sierra que rodea Barcelona, con un microclima que mantiene siempre el calor, el aire del mar y la nube de contaminación que cubre la ciudad. Encima, una torre, la más alta de la región, es con su gran altura una referencia para los barceloneses; un punto en la lejanía que sirve para orientarse mejor.

La carretera estaba cortada. Se interrumpía a mitad de trayecto hacia la torre de Collserola. Los coches y furgonetas de los periodistas colapsaban la vía. Karla y Álex aparcaron el coche y siguieron caminando. La afluencia de medios de comunicación en la zona era muy distinta de la que habían tenido en su rueda de prensa.

El ambiente se notaba enrarecido. La zona acordonada desprendía una energía siniestra y anómala, o al menos eso sintió Álex. No era por el cielo, que comenzaba a taparse de nubes, sino más bien algo en el aire.

Los periodistas retransmitían desde la zona para las cadenas que los habían enviado.

Álex miró a su alrededor.

—¿Cómo es posible que nadie nos haya llamado? —preguntó indignado el sargento.

—No tengo ni idea —dijo Karla mientras sacaba su placa y se la enseñaba a un agente de la policía local.

El urbano la miró, comunicó la presencia de los dos Mossos por radio y luego les dejó pasar.

Karla le preguntó dónde estaba el cadáver y el agente se lo indicó.

Caminaron varios minutos bosque adentro. Las voces de los equipos de emergencia se escuchaban cada vez más intensas entre la maleza. Al poco rato vieron un grupo de hombres sobre un pequeño terraplén, rodeando a la víctima.

Subieron por la ligera ladera y llegaron a la zona acordonada, curiosos por averiguar quién sería esta vez.

—Sargento Álex Cortés —se presentó haciendo el saludo militar—. Esta es la cabo Karla Ramírez —añadió indicando a su compañera.

—Inspector López, de la Guardia Civil.

—Creo que tenemos un problema, este caso es nuestro.

—Si lo quiere, sargento, es todo suyo —dijo el otro, con un tono que rozaba la alegría por quitarse ese problema de encima—. Si os quieres ocupar vosotros, nosotros encantados.

—¿Cómo lo habéis encontrado? —dijo Álex mientras se acercaba a la cinta. Desde allí se veía cómo los agentes, vestidos con la vestimenta blanca de inspección ocular, hacían fotos del lugar del delito.

—Un compañero del cuerpo la ha encontrado cuando pasaba con la bici por este camino —dijo indicando un camino justo al lado.

El frío bosque emanaba una humedad típica de los meses de invierno. Las hojas caídas y el rocío desprendían un fuerte olor a humedad y a bosque. Los árboles de alrededor seguían desnudos, unos esqueletos marrones que decoraban un lugar que alguien había convertido en un cementerio improvisado.

Los agentes acabaron de realizar las fotos y se apartaron, dejando despejada la escena del homicidio. Había una mujer estirada en medio del follaje. El frío había mantenido el cadáver como la nevera de Alba en la morgue. La piel era blanca e intercalada por tatuajes por una pierna y los brazos. El pelo estaba peinado y colocado encima de los hombros en dos trenzas. Un pecho mostraba un piercing en el pezón y en el pezón del otro pecho se podía apreciar que había sido arrancado.

Los brazos estaban juntos y sujetaban una cruz. Tenía las dos piernas estiradas.

Los cuervos graznaban, observando la escena desde lo alto de los árboles. El olor a putrefacto comenzaba a desprenderse con el avanzar de las horas diurnas y la subida de las temperaturas.

Álex dio la vuelta, el lado derecho del cuello no presentaba señales. Las piernas desnudas dejaban a la vista un pubis depilado y con livideces que se apreciaban a simple vista. Continuó por el otro lado y ahí sí encontró los dos agujeros. Confirmado; aquel era el segundo cadáver del asesino. La escena del crimen era igual, y presentaba las mismas heridas.

Álex llamó a su compañera y le dijo que le echara una ojeada al cuello. Luego se miraron, sin poder creer lo que estaban viendo.

—Llama a la científica, quiero que vengan a ver esto. Es mejor que se encarguen ellos —dijo Álex y luego se giró observando a su alrededor—. Seguro que hay alguna pista más. Creo que este tío está cogiéndole el gusto a matar, y eso es lo más peligroso —dijo y luego miró a los de la Guardia Civil—. Que dejen lo que están haciendo, nos encargamos nosotros. Díselo, por favor.

Karla llamó a Mario, del grupo de la científica, mientras Álex se alejaba de la escena del delito. Necesitaba tomar un poco de distancia. Buscó una piedra y se sentó allí, mirando a su alrededor.

Pocas horas más tarde, Mario y su equipo de científica habían realizado la inspección ocular de toda el área. Karla daba vueltas, en busca de posibles objetos caídos entre la vegetación frondosa. Álex seguía sentado, observando, viendo cómo trabajaban los demás. Estudió la zona, las posibles vías de acceso y las hipotéticas dinámicas del asesino.

¿Cómo podía haber dejado el cuerpo allí? ¿Cómo había accedido? ¿Había ido de noche? Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo llevaba allí el cuerpo?

Las preguntas eran muchas y el tiempo escaso. Tenían que acabar de cuadrar el modus operandi y calcular el tiempo que había pasado entre una mujer y otra.

Álex se acercó a la zona del asesinato. Miró a la chica mientras Mario guardaba unos utensilios en su maleta de inspección ocular. Su rostro era angelical. Los rasgos de la chica eran mucho más finos que los de la anterior, a pesar de los piercings en los pezones y los tatuajes. Era joven y atractiva. ¿Quién hubiera dicho que una chica así acabaría desnuda y sin vida en medio del bosque de Collserola?

—¡Aquí! —gritó un agente, que se encontraba un poco alejado de la escena—. Creo que he encontrado algo.

Álex, Karla, Mario y el resto de su equipo se acercaron. En medio de un bosque, aquel movimiento conjunto de personas parecía una batida de caza. Las hojas crujían bajo sus botas. El agente se quedó quieto mientras esperaba a que se acercasen.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Álex.

El chico señaló un objeto en el suelo en una zanja, al lado de un sendero. Todo apuntaba a que no era un objeto cualquiera, sino uno olvidado por la víctima.

12

El agente se quedó inmóvil hasta que llegaron sus compañeros.

—Allí —indicó más preciso con la mano.

Álex se agachó.

—Mario, esto es cosa tuya…

Este se colocó guantes limpios y levantó el objeto. De entre las hojas húmedas sacó un bolso de una marca de lujo, de color oscuro. Se mimetizaba perfectamente con la vegetación. Las miradas de Mario y Álex se cruzaron.

Abrió el bolso y miraron dentro. Un cúmulo de preservativos, un monederito y un móvil.

Álex se giró hacia el chico.

—Bien hecho. Muy bien visto.

—Casandra Pandora. Veintitrés años. De Granada —dijo Mario mirando el DNI de la mujer.

Lo dejó otra vez en el bolso y abrió el monedero, una artesanía marroquí, comprada en algún mercado de viaje. En su interior había dinero en efectivo, una tarjeta de crédito al mismo nombre y tickets de un supermercado caro.

—Mira el móvil, Mario —dijo Álex.

Lo sacó; era un teléfono de usar y tirar. Los típicos móviles que se compraban en las gasolineras hacía años. Sin localizadores, ni facturas, ni rastro. Teléfonos que ya no se comercializaban, debido a que el gobierno no los podía controlar y los había prohibido.

Había preservativos de todos los tamaño y colores. Marcas que no eran las típicas de las farmacias, sino profesionales.

—Parece que tenemos un caso parecido —dijo Karla.

—Eso creo —confirmó Álex mientras miraba a su alrededor—. ¿Qué opinas? —concluyó mirando al compañero de científica.

—A ver qué dice el informe de la morgue —contestó Mario.

—Ya lo sé, pero te estoy preguntando tu opinión.

—Creo que lleva aquí no más de veinticuatro horas. Si fueran más tendría hojas encima, o incluso podría estar mordida por algún animal salvaje.

—¿Qué más?

—Los dos orificios en el cuello parecen iguales a los del otro cuerpo. Esta chica tiene muchas más lividece. Puede que haya luchado más. Ni una gota de sangre. La posición es la misma que el otro cadáver. No sé… no sabría qué más decirte.

—Ok, está bien. Esperaremos el informe.

—Sí, mejor, a ver qué dice el forense.

—Por lo menos esta vez sabemos quién es.

Mario asintió y volvió a mirar el carnet.

—Álex, mira esto —dijo Karla.

Mario y Álex se giraron. A pocos metros estaba su compañera, agachada. Separó unas hojas del sendero hasta encontrar la tierra.

—Creo que podríamos tener la huella del coche —dijo mientras acababa de apartar las hojas. Entre ellas apareció una larga marca en relieve, creada por un neumático.

—Bien pensado, Karla, ese podría ser el coche del asesino. O, por lo menos, tenemos que descartarlo. Seguro que este camino llega a algún sitio con una cámara de tráfico o acceso a Collserola. ¿Te puedes encargar tú, Karla?

La mujer asintió.

—Necesito un favor, Mario —dijo Álex mientras regresaban al cuerpo de la mujer.

—Claro, siempre que esté en mis manos.

—¿Podrías darme la cruz que aguantaba la víctima? Métela en una bolsa de plástico.

—Eso no se puede hacer, Álex, no me metas en un compromiso.

—Déjamela ahora y te la devuelvo en menos que canta un gallo.

Mario se detuvo y lo miró con resignación.

—¿Por qué me metes siempre en aprietos?

Álex le dio una palmadita en el hombro y siguieron hacia el cuerpo. Luego Álex cogió la cruz y junto a Karla se fueron de la escena del crimen. Necesitaba hablar con una persona de ese objeto. Algún significado tendría, pero él no disponía de ese conocimiento. Sin embargo, conocía a una persona capaz de ayudarle, y además vivía muy cerca de allí.

13

La pista del tatuaje parecía válida.

Iván, junto a otro agente, entró en un salón de tatuajes en un barrio de L'Hospitalet. Se encontraba en una calle de la periferia; un local pequeño pero muy aseado. A pesar de la zona, pensó que transmitía confianza. Observó dibujos de tatuajes en cartulinas blancas y fotos de clientes, que tapizaban los escaparates impidiendo que la luz entrara. Comprobó una vez más la dirección y entraron.

Un timbre avisó de la apertura de la puerta.

El espacio que se abrió ante los policías era diminuto. Un mostrador, pósteres en las paredes, un separador de madera con una cortina. Encima del mostrador había un catálogo con opciones de tatuajes. El ambiente olía a lejía y bajo la música rock, se oía un sutil zumbido que iba cambiando de intensidad.

—¿Quién es? —oyeron al otro lado de la cortina.

—Policía, le llamamos esta mañana por un tatuaje.

Se oyó una silla crujir y al hombre levantarse. El zumbido se detuvo. La cortina se abrió.

Apareció un hombre de menos de cuarenta años. Llevaba dilatadores en las orejas, rastas recogidas con una goma y tenía los ojos pequeños y muy juntos. Masticaba un chicle, manteniendo la boca abierta.

—Ya. ¿A ver la foto? —dijo sin saludar.

Iván le enseñó la fotografía. En la llamada telefónica no había especificado de quién era, solo si le sonaba un pequeño tatuaje en forma de corazón envuelto en hilo espinado y con un nombre extranjero: *Valeri*.

El tatuador, interrumpido en medio de un trabajo, cambió de actitud al leer ese nombre. Se acercó y apoyó el brazo en el mostrador.

—Sí, es mío este tatuaje.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

El hombre miró al policía; su intensidad le perturbó.

—Porque este no es un tatuaje cualquiera, ni tampoco una declaración de amor —dijo masticando el chicle a un palmo de la cara de Iván—. Esto es un sello de propiedad, chaval.

El policía se extrañó.

—¿Cómo dice? Lo siento, no le entiendo.

El tatuador se pasó la mano por la barba.

—A ver cómo te lo digo, poli. Las chicas de Valeri, cuando entran en su clan, ya no trabajan para nadie más. ¿Lo pillas o qué?

Iván tragó saliva.

—Sí, sí. ¿Y usted cómo sabe todo esto?

—Porque Valeri es amigo mío, y solo yo puedo tocar a sus chicas. Y esta, me cago en todo, es Jenny —dijo tirando un puñetazo en el mostrador. Luego miró hacia otro lado.

—¿Cómo sabe que se llama Jenny?

—Porque Valeri me dijo que había desaparecido hacía unos días.

—Jenny ¿qué más? —preguntó apuntando en su libreta.

—No tengo ni pajolera idea, poli —dijo y volvió a apoyarse en el mostrador—. Por favor, dime que no ha sido ese hijo de perra del vampiro.

Iván miró a su compañero.

—No podemos decir nada.

El tatuador dio otro puñetazo en el mostrador. Este crujió al impacto.

—Como no lo cojáis vosotros, lo voy a sacar yo mismo de la ciénaga en la que está y lo voy a hacer puré.

—Gracias por su ayuda —dijo Iván y abrió la puerta para salir.

El tatuador dio la vuelta al mostrador y cerró con la mano la puerta.

—Escúchame poli, prométeme que me vas a llamar el día que lo pilles. Por favor. Aquí tienes mi tarjeta con mi teléfono personal. Le voy a dejar lleno de tatuajes, pero no se lo voy a hacer con la aguja —concluyó haciéndose crujir los nudillos.

—Sabe que no podemos hacer eso —dijo Iván y volvió a abrir la puerta—. Por favor, ¿dónde podríamos encontrar a ese tal Valeri?

14

Tocaron a la puerta por enésima vez.

—Vámonos, es inútil —dijo el agente que acompañaba Iván—. Estamos perdiendo el tiempo.

Iván insistió con más fuerza. La puerta no disponía de timbre. El establecimiento, en las afueras de L'Hospitalet, era una casa aislada con un jardín y un parquin vallado para evitar las miradas curiosas. Los clientes que acudían al club necesitaban de intimidad.

En la fachada de la casa habilitada, una persiana se abrió. Se asomó una chica, medio dormida.

—Joder, ¿qué pasa? ¿No sabes qué hora es, o qué? —dijo con un tono entre harto y sorprendido.

Iván miró el reloj; la aguja acababa de pasar el medio día.

—Necesitamos hablar con Valeri —dijo Iván.

—Pues está durmiendo, como todos aquí dentro, maldito cerdo. Vuelve esta noche —dijo ella volviendo a entrar.

—Vengo por Jenny —dijo Iván enseñando la placa—. Necesito hablar con él.

La chica se detuvo, se mordió un labio y dudó. Su incertidumbre no se debía al posible destino de su compañera, sino al miedo a despertar al jefe en medio de su descanso.

Pasaron unos segundos, luego miró adentro un momento y contestó.

—Os abro, pero por la puerta de atrás.

A los pocos minutos, la misma chica abrió la puerta del establecimiento en el acceso de servicio, en la fachada trasera, entre basura y cajas de cerveza vacías. Se presentó con una bata gris con un dragón rojo que le subía por la espalda. El frío era intenso y les dijo que pasaran rápidamente para que no entrara el aire.

Luego los llevó cocina a través, hasta una de las salas del establecimiento que abría de noche.

Controló la placa, para ver si era real o de plástico.

—¿Cómo está Jenny? —preguntó la chica casi susurrando.

Iván apretó los labios.

—Creemos que… ya sabes —dijo sin mirarla a los ojos—. ¿Tienes una foto?

La mujer se colocó una mano delante de la boca.

—¿La conocías?

—Era mi compañera de habitación.

—¿Podrías traernos una foto suya? Y necesitamos hablar con Valeri.

—Uf, bueno. Voy a probar a despertarle —dijo suspirando—. Cuando alguien le despierta, se pone de un humor de perros.

—Correremos el riesgo de aguantar su humor de perros, pero hablar con él es necesario para la investigación.

—Espera. ¿Nos puedes enseñar tu pie izquierdo?

La mujer, medio dormida, arrugó el ceño. La propuesta del policía la pilló desprevenida y se quedó perpleja.

—El tatuaje, ¿es posible que tengas un tatuaje ahí?

Entonces la chica entendió y se subió la bata. Al lado de su tobillo apareció el mismo corazón espinado que llevaba la muchacha muerta.

—¿Este?

Iván asintió.

—Exacto.

Acto seguido, la mujer se dio la vuelta y se hizo el signo de la cruz. Antes de desaparecer les recomendó que no tocaran nada. Desapareció por una de las otras estancias.

Iván y su compañero se quedaron de pie, esperando al hombre que, supuestamente, era el chulo de las chicas.

Pasó más de un cuarto de hora, hasta que de una puerta comenzaron a llegar voces. Al acercarse, los policías consiguieron entender que eran los gritos de un hombre. Después apareció en la estancia.

—Malditos polis. ¿Era demasiado pedir que vinierais a la hora de apertura? —dijo el hombre y se metió detrás de la barra de bar.

El hombre llevaba una bata roja y las piernas desnudas. Tenía el pelo largo y grasiento. Su voz era ronca y sus movimientos muy nerviosos.

—¿Es usted el señor Valeri?

El hombre esperó a que el mechero encendiera su cigarrillo.

—Yo mismo —dijo y se vertió en un vaso dos dedos de un líquido color miel.

Al dejar la botella vieron que era whisky

—Necesitamos hacerle unas preguntas —dijo Iván enseñando la placa—. Mossos d'Esquadra, grupo de investigación.

—Joder macho, ve al grano. ¿Qué le ha pasado a Jenny?

—¿Trabajaba para usted? —preguntó Iván, acercándose.

El hombre soltó una bocanada de humo con un bufido y levantó los brazos.

—A ver poli, ¿tú qué crees? —dijo con tono de obviedad—. ¿Qué le ha pasado a mi chica?

—La han encontrado muerta. Debería venir a reconocer el cadáver.

—¡Joder, qué mal rollo tío! —dijo y movió el cuerpo como si hubiese tenido un escalofrío.

—No llevaba documentación, hemos conseguido llegar a usted por el tatuaje.

El hombre dio una palmada en el mostrador.

—Lo sabía, lo sabía que esos tatuajes eran una buena decisión y que algún día nos servirían. ¿Veis? —dijo como si estuviera hablando a alguien que no estuviera de acuerdo en hacerlo.

Luego de un solo trago bebió los dos dedos de licor.

—¿Por qué les hace un tatuaje? —preguntó Iván, aunque era una pregunta más a título personal que profesional.

—Porque son mías, yo las busco y les doy una oportunidad. Las encuentro en España o fuera. Las traigo a esta ciudad llena de oportunidades y luego les doy un techo.

—¿Por qué dice suyas? La esclavitud está abolida. No sé si lo sabe, pero está prohibida desde el siglo diecinueve.

El hombre resopló.

—Poli, tú ves una mitad del mundo, yo vivo en la otra. En la que tú prefieres no ver. La que la gente sabe que existe, pero gira la cabeza hacia otro lado —dijo y se vertió un trago más de licor.

—¿Por qué no ha denunciado la desaparición de la chica?

El hombre levantó los brazos.

—A veces, algún cliente le pagaba bien para quedarse toda la noche.

—¿Pero no trabajaba aquí? —dijo Iván mirando a su alrededor.

—Sí, pero hay días entre semana que aquí viene poca gente y a las chicas las llevo afuera.

—¿Y el día de su desaparición dónde estaba trabajando?

El chulo se lo pensó.

—En la Zona Franca. Las calles del puerto, por allí.

Iván apuntó lo que le decía y asintió.

—¿De dónde era Jenny?

Él se lo pensó y le costó contestar.

—De fuera, no me acuerdo de dónde —dijo el hombre—. ¿Algo más, poli? Me gustaría volver a dormir.

—Necesitamos la documentación de la chica y contactar con sus padres —dijo Iván y le acercó una tarjeta de visita—. Por favor, contáctenos para venir a reconocer el cuerpo y traernos toda la documentación.

El hombre alargó la mano para coger la tarjeta y el policía, mirándole, se la volvió a retirar de las manos.

—Es urgente. Si es hoy, sería mejor —dijo mientras el otro se sorprendía—. ¿Me ha oído?

El hombre se la quitó con un gesto rápido pero desacompasado.

Luego Iván y su compañero salieron por la misma puerta por la que habían entrado. Valeri la cerró de mala manera, quizás por el sueño interrumpido, o por la noticia de la chica muerta.

Regresaron a la comisaría, donde Álex y Karla los esperaban con más novedades que adjuntar a un rompecabezas que se iba componiendo lentamente.

15

Karla aparcó delante de la casita de madera. Frente a la puerta cerrada, quedó maravillada de la vista de la que disfrutaba esa casa. Desde allí se podía ver toda Barcelona, hasta el mar. Detrás se apreciaba el Tibidabo y el parque de atracciones.

—¿Te das cuenta de qué vista tiene esta casa? —dijo Karla.

Álex estaba ya a punto de apretar el timbre y se dio la vuelta para mirar.

—Ah, pues sí.

—¿Y sabes lo que me resulta aún más difícil de creer? —dijo Karla.

Álex hizo un gesto con la cabeza.

—Que esta casa, con estas vistas, tenga las persianas cerradas —dijo ella señalando la fachada.

—Pues tranquila, no es lo único que te va a parecer extraño —contestó Álex.

—¿Seguro que está en casa? —preguntó ella.

—Ahora lo sabremos —contestó y esta vez sí apretó el timbre.

El sonido se extendió por los espacios internos.

—¿De qué conoces a este hombre?

Álex la miró y ella pestañeó dos veces, coqueta.

Álex se pasó la lengua por los labios.

—Es amigo de mi abuelo.

Ella no escuchó la respuesta, porque una voz contestó desde el interior de la casa.

—¿Quién es?

—Señor Aarón, soy Álex Cortés. ¿Se acuerda de mí? Soy el nieto de Antonio Cortés.

Hubo un silencio, durante el cual los dos policías se volvieron a mirar.

—¿Señor García?

Entonces sin más respuestas, los cerrojos comenzaron a girarse y se abrió la puerta.

—¡Álex! Claro que me acuerdo —dijo el hombre ya con la puerta abierta y los brazos abiertos—. Pasa, pasa…

Álex subió lo escalones y le dio un abrazo. Luego se apartó y señaló a Karla.

—¿Es tu novia? —dijo el erudito con tono condescendiente—. ¡Caray, sí que es guapa!

—No, es mi compañera de trabajo, la cabo Karla Ramírez.

—¡Oh! Adelante, hermosa criatura. Tienes la mirada de Cleopatra y la belleza de Elena —dijo abriendo paso por el pasillo.

Los dos policías cerraron la puerta y lo siguieron. La casa estaba igual que la última vez. Hacía años ya, pero nada había cambiado, con librerías que ocupaban del techo al suelo. Había libros en cada rincón de las estanterías y de la casa. Cajas y libros, manuscritos y revistas. Una

biblioteca doméstica; un hombre que vivía imbuido en la sabiduría. El aroma a polvo le recordó a Álex la primera vez que entró en esa casa, un domingo, siguiendo la estela del Sastre del Diablo.

—Sentaos, queridos, sentaos.

Los dos policías obedecieron y se sentaron alrededor en la mesa redonda, que también estaba llena de libros.

—¿A qué debo vuestra visita?

—Gracias por recibirnos, Aarón. Tengo una duda. Creo que eres la única persona que me puede desvelar el significado de algo.

—Claro —dijo el erudito arrugando las cejas. En sus ojos brilló una luz especial, fruto de la curiosidad.

—Karla… —dijo Álex, y ella sacó el objeto en cuestión—. Aarón, esta cruz se encontró junto a un cadáver. Realmente, eran dos cadáveres los que la tenían. No sé su significado y no tengo ni idea de por qué la pusieron ahí.

El rostro del hombre, al ver la cruz, reflejó su decepción.

—Es una cruz banal. De madera entallada rudimentariamente. Sin grafismos, sin nada. No sé qué decirte —dijo volteando el objeto religioso, todavía dentro de la bolsa de plástico.

—Te explico. Son dos chicas que hemos encontrado muertas. Aparecieron estiradas sobre el suelo y con las manos juntas. En una posición de plegaria, con las piernas estiradas, como si estuvieran en un ataúd. El pelo lo llevaban ordenado. Eran dos prostitutas.

—Creemos que lo eran, no está confirmado —aclaró Karla.

—Sí, exacto. Pero el problema es que la prensa ha bautizado al criminal como el Vampiro.

—¿El Vampiro?

—El Vampiro de Barcelona.

El erudito se echó a reír.

—Los vampiros no existen, mi querido Álex. No hacía falta que vinieras a mí para decírtelo.

Álex contestó con una sonrisa forzada.

—Lo sé, pero el problema no es eso, Aarón, sino que en los cuerpos encontramos dos agujeros en la carótida y ni una gota de sangre en el cuerpo. ¿Entiendes?

El hombre se quedó callado, pensativo.

Luego se levantó, con una mano en la mesa y la otra en el bastón. Álex pudo constatar que cada año que pasaba caminaba peor.

El erudito se fue directo a una librería.

—Aquí tengo lo peores libros de mi biblioteca. Los peores, lo más terribles —dijo siguiendo con el dedo todos los títulos.

Cuando encontró lo que buscaba, se detuvo.

—¡Este! —exclamó indicando el libro.

—Espera —dijo Álex levantándose inesperadamente—. Te ayudaré a cogerlo.

—Bien, ese de allí.

Álex lo cogió y lo llevó a la mesa.

—Anatomía e historias de los vampiros —dijo Álex leyendo el título.

—La figura de los vampiros es una leyenda que viene del lejano siglo dieciocho, y que nació en Transilvania, actual Rumanía. Aquí encontrarás todo.

—Pero… ¿encontrar qué, si no existen?

—Cierto. No existen. Pero quien haya hecho esto está enfermo doblemente —dijo mirando a

Karla—. La primera por ser un psicópata, y la segunda, por querer emular a un vampiro. Así que tú, mi querido amigo, nieto del gran Cortés de la Guardia Civil, tendrás que saber de la A a la Z todo sobre estos seres legendarios. No te olvides; si quieres capturar a un ladrón, tienes que ir un paso por delante de él. ¿Me entiendes, mi querido amigo?

Álex asintió y cogió el libro.

—Sabes, Karla, el señor García ayudó mucho a mi abuelo cuando estaba como inspector de la Guardia Civil de Tarragona.

—¿No se lo habías explicado a esta preciosa mujer? —dijo y Álex negó en respuesta—. Pero entonces, ¿en qué perdéis el tiempo? ¡Tienes que saber todo del linaje de este hombre! Tú, mi querido Álex, tienes que explicarle de dónde vienes, si es que la quieres conquistar.

Los dos policías se sonrojaron.

—Estáis predestinados.

—Es hora de que nos vayamos —dijo Álex.

—¿Predestinados a qué, señor García? —preguntó Karla interesada.

—A estar juntos…

16

Álex estaba pegando fotos en la pizarra. Las chicas asesinadas, las cruces, los orificios en el cuello. Un mapa de Barcelona en el centro, indicando la zona donde habían encontrado el cuerpo y la zona de donde había desaparecido.

Karla repasaba las carpetas cuando entró Iván.

Les explicó las visitas que había hecho; primero la del tatuador que había reconocido el tatuaje de Jenny y luego la de Valeri.

—Interesante, el tío las marca como si fueran vacas en un establo —dijo Álex.

Karla le lanzó una mirada de desaprobación.

—Es triste, pero es verdad —dijo serio, levantando las manos.

—Nos cuesta imaginar que estas cosas existan, pero sí, ahí están —dijo Iván—. Va a venir a declarar y a reconocer el cuerpo. He pedido los documentos de la chica. Esta gente los suele guardar en una caja fuerte, el salvoconducto de la libertad tiene un precio demasiado caro como para que las chicas puedan ser libres de decidir.

—Así que el Valeri no ha aclarado mucho.

—No tenía ni idea de quién pudo ser el cliente, pero sabemos la zona.

—Bien, pues id a casa a descansar. Esta noche vais a dar una vuelta por esa zona, a ver qué se cuece, y llevaos fotos de la otra chica, la de Collserola, para ver si trabajaba por las mismas calles.

—Buena idea —dijo Karla.

—¿Habéis descubierto algo de la cruz? —preguntó Iván.

—No, es un trozo de madera común, con forma de cruz cristiana. Nada del otro mundo. Sin rastro, sin ningún símbolo, nada.

—¿Pero no te parece que esto es muy extraño, jefe? —preguntó Iván.

—Todo es extraño, pero dentro de una mente psicópata nada lo es.

—Ya, pero me refiero a que este tío es un emulador de vampiros —dijo Iván—. Quiero decir, es un tío que se cree Drácula, y yo me pregunto: ¿qué quiere? ¿Publicidad, sentirse importante, protagonismo? A lo mejor es feo de narices y el tío quiere que lo miren.

—¿Has visto al chico? —dijo Álex a Karla—. Tenemos una buena cantera.

—Estoy pasmada —dijo Karla mirando al agente—. Sigue, sigue.

—No sé, no sé —dijo levantando las manos, dando un paso hacia atrás—. Al fin y al cabo, los jefes sois vosotros.

—Iván, si no tenemos un equipo, estos casos no se pueden resolver solos —dijo Álex señalando a Karla—. A ver, ya que has abierto el melón. ¿Por qué prostitutas? Parece que es el patrón de este asesino.

—¿Porque son las más fáciles de llevarse en coche? —peguntó Iván.

—Puede ser —contestó Álex—. ¿Karla? ¿Qué dices tú?

—Son las más vulnerables y, en consecuencia, las menos amparadas. Alguien puede llevárselas y antes de que se entere nadie, ya ha pasado mucho tiempo.

—¿Te acuerdas del famoso caso del camionero alemán que se llevaba las mujeres y abandonaba sus cadáveres por la calle? —dijo Álex.

—Sí, me acuerdo —dijo Iván—. Fue muy sonado, hasta en los documentales de True Crime hablaron de ello. Pero ese tipo tenía un fondo sexual, una impotencia. Creo recordar que las mataba sin tener relaciones sexuales, lo hacía solo por su propia incapacidad de tener sexo.

Álex se quedó un segundo observando a Iván. Su expresión era de admiración por lo que estaba escuchando.

—Cierto, me acuerdo —contestó Álex—. Pero este individuo tiene básicamente una diferencia: mata y recrea una escena del crimen, mientras que el camionero las enterraba en una zona concreta. El camionero tenía un fondo sexual, como bien has dicho —dijo a Iván—. El vampiro podría estar haciéndolo solo por la facilidad de coger a estas chicas. Quizá, si fuera más fácil acercarse a cajeras de supermercado, las víctimas serían ellas, y no las prostitutas.

—Sí, Álex —dijo Karla—. Pero la verdad es que no sabemos si tenía relación sexual con ellas también, porque estas mujeres tienen varias en un día y no se ha podido determinar hasta el momento.

—Sí, muy interesante el comportamiento de nuestro asesino —dijo Álex y se detuvo.

Sacó el móvil del bolsillo; acababa de llegarle un mensaje. Desbloqueó la pantalla y lo leyó. Al hacerlo, su expresión cambió.

—¿Qué pasa? —preguntó Karla—. ¿Todo bien?

—Alba Guevara —dijo Álex, pasándose la mano por la cara—. Tiene las analíticas de la primera víctima del vampiro.

—¿Y?

Álex suspiró.

—Mejor que vayamos, no acabo de creérmelas.

17

Se cumplieron las amenazas de las nubes que habían visto esa mañana. La lluvia caía con fuerza sobre Barcelona. Karla conducía el Seat Altea dirección Sabadell, y las condiciones meteorológicas no ayudaban al tráfico de la tarde.

Mientras Álex miraba los documentos del caso, iba dando rápidas miradas a Karla. Furtivas, de reojo, como robando fotogramas de su compañera.

Karla seguramente lo veía, pero no decía nada. Lo dejaba hacer, le gustaba. Disfrutaba de esos placeres esporádicos que provocan los mimos, las caricias o la presencia de alguien que es algo más que una amistad. Observaba de reojo a Álex, sintiendo una paz que, si hubiese estado en sus manos, habría alargado todo lo que hubiese podido.

Aparcaron en el parquin subterráneo, dejando la carretera y la lluvia afuera.

Recorrieron el pasillo. El plástico mojado de las zapatillas chirriaba de una forma particular.

Alba no estaba. Los dos policías se miraron. En su lugar, había unos técnicos que estaban trabajando en la puerta.

Álex se acercó, perplejo.

—Buenas, ¿qué hacéis? —dijo enseñando la placa.

Los dos se giraron y se levantaron.

—Estamos montando una cerradura magnética.

—¿Magnética? —preguntó Karla.

—Sí, en lugar de tener una llave convencional, podrás acceder con una tarjeta magnética —dijo uno de los dos técnicos—. Estamos cambiando todo el centro con este sistema. Ya sabe, es más seguro.

Álex levantó las cejas y pasó al despacho de la forense.

Alba apareció en pocos minutos.

—¿Qué, sabuesos, ya estáis aquí? —dijo ella.

—No he entendido el mensaje que me has enviado —dijo Álex.

—Sí, ya verás —dijo y se fue a buscar una carpeta que tenía en la mesa—. No hay saliva.

—¿Cómo que no hay saliva? —preguntó Karla.

—¡Está confirmado! Vuestro vampiro —dijo Alba mientras cogía un sándwich del bolsillo y lo abría—, no deja saliva en los orificios —explicó dando un buen mordisco al almuerzo.

Parecía pan con pepinillos, jamón y queso, junto a un poco de mayonesa y lechuga.

Los dos policías la miraron con curiosidad.

—¿Queréis? —ofreció ella.

Los dos levantaron las manos negando.

—Entonces ¿cómo ha sacado la sangre? ¿Por otro sitio?

—No, imposible. La autopsia que le hemos hecho es clara. No había ninguna otra fisura ni agujero, ni un pinchazo de jeringuilla, nada. La sangre tiene que haber salido de esos agujeros.

—¿Entonces? —preguntó Álex.

Alba dio otro buen mordisco y emitió un sonido, casi gutural, de gozo.

—¿Seguro que no queréis probarlo? —dijo con la boca llena—. Están de cine estos pepinillos. Lo he comprado en una pequeña tienda de productos ingleses. Son extraordinarios. Creo que tengo la tarjeta de la tienda por aquí —dijo mientras dejaba el sándwich y buscaba entre los papeles del escritorio.

—Pero, ¿Alba? —exclamó Álex mirando a su compañera.

—Sí, sí, seguro que lo tengo por aquí —dijo con tono casi enfadado por no encontrarlo, revolviendo todos los papeles que tenía—. ¡Aquí está! —exclamó victoriosa.

Les enseñó la tarjeta de visita de la tienda. Era blanca con una cabina de teléfono roja, típica de Londres.

—Tenéis que ir. La tenéis cerca de la comisaría. Los mejores pepinillos del mundo y las típicas salsas para acompañar el fish & chips…

—Alba…

—¿Qué?

—La chica.

—Oh sí, claro. Disculpad, es que los pepinillos son mi perdición.

—Bueno, ya sabremos qué regalarte la próxima Navidad.

—O por mi cumpleaños.

—¿Y cuándo es tu cumpleaños? —preguntó Karla.

—El día once de noviembre.

—Otro escorpión —dijo Álex mirando a Karla.

—¡Yo del quince! —dijo Karla con el mismo tono que se habla a una mejor amiga, empatizando con la forense por primera vez desde que se conocían.

—¿Podemos centrarnos, por favor? —espetó Álex.

Alba sonrió a Karla y dio otro mordisco al bocadillo. Luego cogió otro papel de la carpeta y lo puso encima de la mesa.

—Micropartículas de metal.

—¿De qué me hablas ahora? —añadió Álex.

—Vuestro vampiro ha usado un artilugio de metal para extraer la sangre del cuerpo de la víctima.

—¿Cómo dices? —preguntó Karla.

—No hay saliva, pero sí hay trazas de un objeto que perforó el cuello por la carótida, la arteria que lleva la sangre al cerebro. El tío sabe lo que hace, va a buscar la vena más importante del cuello y la usa como puente para sacarle la sangre, hasta dejarla seca.

—¿Las analíticas no han mostrado nada extraño? —preguntó Álex.

—¿A qué te refieres?

—No sé, enfermedades, falta de vitaminas y, sobre todo, algún tipo de anestesia.

—Ahora llegamos a eso. Pero sí, tenía una dosis muy pequeña de cianuro.

—Así que las duerme —preguntó Karla.

—No, de hecho creo que las sedaba mínimamente, algo muy ligero, según los análisis. Luego les extraía toda la sangre del cuerpo.

—Entonces me dices que… —dijo Álex con una expresión casi de temor.

—Dilo…

—¿Estaban despiertas cuando les sacó la sangre?

Alba, dando el último mordisco de su merienda, asintió con la cabeza, tragó y aclaró.

—Parece que el psicópata las atonta con cianuro y luego les clava un artilugio metálico que bombea la sangre fuera del cuerpo. Vivas. Yo creo que lo sintió todo, era consciente, pero estaba incapacitada de poder reaccionar.

Karla se tapó la boca con la mano.

Álex tragó saliva y suspiró.

—Alba, ¿qué siente una persona cuando le sacan la sangre de esta forma? —dijo temeroso.

—¿Seguro que quieres saberlo?

Álex esperó un segundo.

—¿Tan duro es?

Ella asintió.

—Necesitamos saberlo —dijo Álex mirando a la compañera

—De acuerdo, os lo explico, pero mejor que os sentéis.

18

Alba se sentó en una camilla de aluminio y los policías en dos sillas. Asustados, pero con ganas de saber más.

—La velocidad con que una persona muera desangrada depende del lugar en el que se provoque un corte o la posición corporal. Como os he explicado muchas veces, la sangre es el líquido que permite que los músculos se puedan mover. Es decir, sin sangre, el cuerpo sería incapaz de mover sus tejidos musculosos y por lo tanto seríamos como maniquís —dijo mirándolos.

Los policías escuchaban atentamente.

—Además, la sangre tiene muchas más funciones, pero esto no viene a cuento. Si por ejemplo alguien se seccionara la aorta, el sufrimiento sería prácticamente inexistente. Por la fuerza del torrente sanguíneo, el individuo se vaciaría de sangre en pocos segundos. Sin embargo, los cortes en otros lugares o en otras venas, pueden provocar muertes mucho más lentas y angustiosas. En este caso, el de la mujer encontrada en el parque Can Sabater, ella fue plenamente consciente del shock hemorrágico que estaba viviendo…

Los dos policías, que se sentían alumnos de primero de medicina forense, se estremecieron con la descripción ofrecida por la Dama de la Muerte.

—Esto es muy sencillo, mirad. Al perder el primer litro de sangre, el sujeto no tiene muchos problemas; solo notará un ligero mareo y dolor de cabeza. La fiesta empieza a partir del litro y medio, cuando todo se complica —dijo la forense, se levantó y se acercó a los dos policías.

Abrió el primer cajón del escritorio y sacó una pequeña neverita. Sacó una Coca-Cola fría y apretó la lengüeta. Luego, con calma, dio un buen sorbo.

—Lo que decía, el problema aparece cuando el cuerpo humano ha perdido un litro y medio. La respiración se vuelve cada vez más rápida y desacompasada. Además, aparece una sed monumental. Sin embargo, a los dos litros perdidos, aparece un miedo terrible e intenso que sacude la conciencia —dijo Alba y dio otro sorbo generoso al refresco.

Las expresiones de los dos policías, en silencio, iban mutando hacia un disgusto cada vez más visible en sus rostros.

—Dicen que en ese momento la persona puede ver la muerte a la cara; está caminando al hilo del abismo. Siente como su vida se está yendo, escapándose. Saliendo de su cuerpo como el alma que abandona para siempre su cuerpo terrenal —Alba hablaba como si interpretara una obra de teatro—. Pero lo peor viene a partir de la pérdida de los tres litros de sangre. Ese es el punto de no retorno. Aparece una percepción diferente, controvertida a lo que está sucediéndole a tu cuerpo. Le quedan pocos instantes de vida y una extraña sensación de calma embriaga al individuo. De allí a que el color negro se apodere de la visión y todo se convierta en un oscuro recuerdo, falta muy poco. Le llaman *la calma del desangrado*. Hasta se dice que es la sensación

más agradable que se puede experimentar —concluyó y bebió el refresco en el tercer y más largo trago, hasta acabar su refresco.

Álex tragó saliva, mirándola. Luego pensó un momento en todo lo que acababa de decir.

—¿Cómo sabes que una persona que muere desangrada se siente así? —preguntó Álex—. Porque te veo lo suficientemente bien como para no haberlo probado.

—¿Quieres contradecir a la ciencia? —respondió ella mientras tiraba la lata a la papelera.

—Quiero decir que son sensaciones que, si las pruebas, no puedes contarlas.

—Obviamente si el sujeto muere no puede explicarlo, pero hay testigos que han llegado a rozar el último estadio de desangramiento. La ciencia, a lo largo de los años, ha ido recopilando testimonios y atando cabos.

—Alba, has hablado de tres litros y los efectos a partir de ese momento de pérdida, pero ¿cuántos litros tiene un cuerpo humano? —preguntó Karla.

—Cinco. En el cuerpo tenemos cinco litros de sangre.

—Es decir, que nuestro *Vampiro* ha extraído de las chicas cinco litros.

La forense la miró pensando un momento y continuó.

—Bueno, considera que cuando queda un litro o menos, el corazón ya no bombea igual, así que seguramente consiguió extraer unos cuatro litros, o un poco más.

—Es decir, que sería el volumen de una garrafa de aceite, más o menos —dijo Karla moviendo las manos para imaginarse las dimensiones.

—Puede que sí.

—Entonces esto no es tan fácil como cortar una vena y listo… —comentó Karla.

La forense se rio.

En ese momento Álex recibió una llamada telefónica. El móvil mostraba un numero de un celular que no tenía grabado. Apretó el botón de silenciar y la melodía acabó.

—No Karla, esto es mucho más complicado de lo que parece. Para que el asesino deje así el cuerpo, debe realizar un trabajo minucioso, pulcro y habilidoso.

—Si añadimos que la escena del crimen está recreada, entonces… tenemos a un asesino en serie organizado —confirmó Álex.

—Seguramente. Para confirmar eso tendrás que hablar con un criminólogo, incluso con tu hermana —respondió Alba.

En cuanto acabó de hablar la forense el móvil de Álex volvió a sonar. El mismo celular desconocido volvía a llamar.

—Perdonadme, no sé quién es y parece insistir.

Álex salió de la sala forense y contestó.

—Cortés.

—Buenos días, ¿hablo con el sargento Álex Cortés?

—Sí, yo mismo. ¿Con quién hablo?

—Soy el inspector Bustamante, Javier Bustamante, de la Policía Nacional de Cuenca.

La voz era grave, casi de presentador de Eurovisión. Álex se quedó en silencio escuchando y analizando quién demonios era ese individuo que le llamaba desde tan lejos.

—¿Cuenca?

—Sí, de Cuenca, me ha costado muchísimo conseguir su número de teléfono.

Enseguida pensó que era una broma.

—No tengo tiempo que perder, si es una broma se ha equivocado de persona. Adiós.

—No cuelgue, sargento, le llamo por su vampiro. Tiene que escucharme, no es la primera

vez que ataca.

19

Álex se quedó de piedra. Un escalofrío le recorrió la espalda, terminando en los pies. Al comprender con qué calibre de asesino en serie estaba tratando, sintió la misma sensación que cuando había tratado con Néstor

Lanzó una mirada a Karla; esta se dio cuenta y pareció preocupada. Álex se alejó un poco de Karla y Alba, ya que su conversación, unida a los ruidos de los técnicos que estaban arreglando la puerta, no le dejaban oír bien a su interlocutor.

—Le escucho —confirmó Álex.

—Gracias. Hemos recibido un comunicado interno de vuestra búsqueda, informando de los casos que estáis viviendo en Barcelona.

—Sí, lo sé, yo personalmente di la orden de emitir un comunicado interno a la policía de todas las regiones. Incluso he estado gestionando el papeleo para la Interpol.

—Sargento, usted no tiene ni idea de lo que pasó aquí. Sería bueno que lo entendiera para que…

—Soy todo oídos.

El hombre al otro lado del teléfono dio un golpe de tos.

—Quiero decir que, si quiere atraparle, tendrá que entender lo que sucedió aquí hace unos años.

Álex se quedó en silencio; había algo que no acababa de comprender. Arrugó el ceño. Había pasado por muchas situaciones nuevas en la comisaría de Travessera de les Corts, pero esta era otra prueba de la vida, como decía su abuelo. Para crecer, los escalones eran cada vez más altos.

El Vampiro de Barcelona tenía todas las probabilidades de convertirse en un nuevo asesino en serie. La aparición de este inspector le pareció un paso adelante; una luz que iluminaba un escenario hasta entonces oscuro, en el que avanzaban a ciegas y tanteando. Pero aún estaba por ver si tendría la fuerza lumínica de una cerilla o de una linterna.

La voz del hombre le transmitía seguridad, trasmitía seriedad y rigor, pero sobre todo confianza.

—¿Qué es lo que le hace pensar que estamos hablando del mismo hombre?

El inspector Bustamante se tomó un momento de silencio para encenderse un cigarrillo.

—Porque no sabe lo que sé yo.

—Bien, envíeme la información de la persona en cuestión y la estudiaré con detenimiento, ¿le parece bien?

—No. No me parece bien.

Álex se quedó sorprendido por esa repuesta inesperada.

¿Cómo podía ser que le contestaran de esa forma al sargento Álex Cortés?

—¿Cómo ha dicho? —preguntó, dando por sentado que había entendido mal.

—No le voy a enviar nada, sargento Cortés.

Álex se puso a reír por la situación kafkiana que se estaba desenvolviendo ante sus ojos.

—Yo no me pondría a reír, si estuviera en sus zapatos y sabiendo que tengo a ese monstruo por mi ciudad.

Álex paró en seco.

—¿Y qué debería hacer entonces? ¿Qué me sugiere?

—Yo no le puedo decir lo que tiene que hacer; solo le puedo decir lo que haría yo, si me encontrara en su situación.

Álex se pasó una mano por la cara, estirándose la piel de la barbilla.

—¿Y qué haría usted?

—Coger el medio de transporte más rápido y plantarme aquí lo antes posible.

Álex carraspeó la voz.

—¿Allí?

—Sí. Cuenca, poco más de quinientos kilómetros. Su asesino, sargento, antes tuvo una historia delictiva aquí, estoy convencido, pero tendrá que venir, o para cuando lo pillen llevará ya varios asesinatos a sus espaldas y la gente se les echará encima.

Álex se quedó pasmado. El silencio perduró. Desde el sótano del aparcamiento de la central de Sabadell, Álex tenía que tomar una decisión rápida. Karla seguía con la forense; la expresión y la comunicación no verbal de las dos mujeres delataba que la conversación ya no era puramente profesional. La coincidencia de que sus fechas de nacimiento fueran tan cercanas había abierto una puerta hasta ese momento desconocida.

—¿Inspector Bustamante?

—¿Sí?

—¿Este es su número de teléfono?

—El mío personal.

—Bien. Le llamo en un rato —dijo y colgó el teléfono.

Al colgar grabó el número en el teléfono móvil y se pasó la mano por los rizos, echándolos hacia atrás mientras resoplaba. Dudaba de todo eso, pero algo le decía que tenía un fondo de verdad.

Antes de volver a entrar en el laboratorio forense, llamó a su abuelo. Tras la sorpresa inicial por la llamada, le pidió que confirmara la identidad de cierto Policía Nacional de la comisaría de Cuenca. El abuelo aceptó y prometió hacer un par de llamadas, contento de poder ayudar. Álex no le explicó ni el caso ni el motivo; no le gustaba hablar por teléfono de temas delicados.

Cuando regresaron a la oficina, Álex se puso delante del ordenador. Abrió el motor de búsqueda e introdujo: *Inspector Javier Bustamante.*

Salieron varias noticias de periódicos locales y alguno nacional de algún que otro caso bastante sonado.

Las fotos mostraban a un hombre que rondaba los cincuenta. Pelo corto y canoso, barba cuidada. En una de las fotos más difundidas, que se repetía, llevaba una camisa blanca arremangada enseñando los brazos llenos de tatuajes de colores. Serpientes, dragones y otros seres parecidos.

—¿Quién es? —preguntó Karla.

—El tipo que me ha llamado.

—Vaya, es guapo.

Álex se giró, extrañado.

—Bueno, quiero decir que es atractivo. ¿No puedo decirlo? —dijo Karla acercándose con la silla a la pantalla.

Ya fuera por un mal cálculo de distancias o por otra razón, se acercó demasiado y apoyó su mano sobre la de él. Él no la quitó.

—¿Qué piensas?

—Desde luego no iría a sacar dinero del cajero con un tipo así por la zona.

—Esos tatuajes…

—Precisamente por eso…

—No juzgues a una persona por su aspecto. ¿Qué sentiste? ¿Qué dice tu abuelo?

—Aún no ha llamado —dijo Álex en el preciso momento que su teléfono estaba sonando—. Mira, mi abuelo —dijo y aceptó la llamada—. Sí, abuelo, ¿qué has averiguado?

Al cabo de unas horas Álex buscó el contacto del inspector de Cuenca. Suspiró y apretó el botón de llamar.

—Bustamante —dijo el Policía al descolgar la llamada.

—Soy Cortés.

—¿Y bien?

—Estoy en Tarragona, he parado a echar gasolina. A las dos de la mañana llegaré a Cuenca.

Al otro lado se escuchó un silencio.

—Excelente decisión, sargento. Le prepararé un hospedaje. Le mandaré por mensaje la dirección de un hotel de nuestra ciudad. Ya lo verá, no se ha equivocado. Se lo aseguro.

20

La carretera partía en dos un mar de árboles frutales. Una extensión verde a topos naranja. Al sol del atardecer le dio tiempo de contemplar las vistas que los campos, antes de Valencia, regalaban a los que pasaban.

Álex había cogido el coche de servicio, un Seat Altea camuflado, para ir hacia el misterioso inspector. Tenía dudas de quién era ese hombre y cómo podía realmente ayudarle, pero algo le decía que tenía que escucharlo. Para coger al asesino de hoy, tenía que saber quién había sido ayer.

La autopista nocturna era un pésimo compañero, pero a la vez una excelente meditación. Servía para recopilar ideas, indicios, consideraciones. Para alinear preguntas y dudas.

¿Cómo había conseguido aquel hombre su número de teléfono?

Dejar la investigación de la mujer del juez Del Pozo para irse a Cuenca, sin informar al subinspector, había sido una locura. Pero las locuras son eso, apuestas a una carta, mientras el mundo se derrumba.

El mundo de Álex se estaba tambaleando y él se iba de turismo a Cuenca. Él sabía que no era así, pero su jefe no pensaría igual. Tenía autonomía, pero no tanta. La última vez que le pidió permiso para ir a un lugar para investigar había ido a Astillero, Santander, y con ello se había complicado la investigación de Néstor.

«Pero cada situación es diferente», se repetía.

De la última reunión de Ana con Néstor no había sabido gran cosa. Se había sincerado más acerca de los problemas con Alberto. Su despido fue un detonador para replantearse muchas cosas, demasiadas. Incluso él dudaba de su cuñado: el alcohol es mal consejero y sus cantos de sirena tentadores y difíciles de dejar.

Faltaban pocos centenares de kilómetros. Se detuvo para tomar un café y comer algo en una gasolinera. Esta estaba desierta; era el único que la pisaba a esa hora en una noche de febrero.

La desolación de la Meseta Sur o llanura de la Mancha se perdía en la noche. La pausa duró poco; necesitaba llegar lo antes posible, dormir y empezar esa visita con el hombre misterioso.

Álex se dio cuenta de que esa situación le suscitaba una curiosidad algo placentera. Las palabras de su abuelo fueron determinantes. *Un hombre íntegro, famoso en la zona, un inspector admirado*. Bustamante era una eminencia en la zona y lo había llamado a él. Conocido en España por una vieja relación con una cantante famosa a nivel nacional, se había vuelto mediático. Él no lo había oído nunca, porque era casi dos décadas más joven y no había presenciado su momento en televisiones y bajo los focos de los paparazzi. Pero al final eso era irrelevante.

Llegó a Cuenca sobre las dos de la mañana, tal y como estaba previsto. El inspector Bustamante le envió a su móvil un mensaje con una ubicación de un hostal en el que le esperaban. Aparcó en un parquin a las afueras del casco antiguo. Cogió su mochila y se fue entre la espesa niebla, que no le permitía ver la majestuosidad de la ciudad. No estaba acostumbrado a la humedad de allí, y le picaba la nariz. Caminó por las calles peatonales y llegó al hotel ayudado por su móvil.

Estaba cerrado. El único hostal en el que lo esperaban en esa helada noche de febrero estaba cerrado. El conserje no estaba y no había dejado ninguna nota. Ese viaje empezaba mal.

Se le ocurrió llamar a Bustamante, pero descartó la idea enseguida. Tenía que tomar una decisión rápida o se congelaría en la calle. Buscó otro hotel, pero todos estaban cerrados o no cogían gente a esa hora.

Maldijo el viaje. Las ideas que le azotaban la conciencia para que no fuera comenzaron a cobrar protagonismo. Decidió dormir en el coche. Reclinó el asiento, encendió la calefacción un buen rato y se dejó llevar por los brazos de Morfeo.

A la mañana siguiente lo despertó la alarma del móvil.

Había poca luz, solo la de las farolas del parquin. La niebla seguía dominando. Un filtro blanco dominaba la ciudad.

Había quedado con Bustamante en la plaza central para desayunar. Se presentó antes, pasó al lavabo y se lavó como pudo.

Luego, se sentó con el periódico a esperarle.

Sintió su presencia entrar en el establecimiento, antes de verlo. Tejanos, anorak oscuro, pelo corto y expresión de tipo duro. Allí estaba, tal y como se lo imaginaba.

Se vieron y al instante se reconocieron. Álex pensó que en esa época no debía haber muchos turistas por la zona. Luego se levantó.

—Cortés —dijo el inspector alargando la mano.

—Inspector —contestó encajándosela y haciéndole señal de sentarse.

El inspector hizo una señal al camarero, y este afirmó desde el otro lado de la barra.

Álex seguía calentándose con su café con leche.

—¿Tuvo usted buen viaje? —preguntó el autóctono.

—Muy bueno, gracias.

—¿Y durmió bien? —dijo enseñando el hostal que estaba cerca.

Él dudo en cómo contestar. Se había propuesto no decirle nada, pero luego le confesó como había ido todo.

Javier llamó al dueño del hostal. Con voz tranquila pero contundente le transmitió su enfado, hasta conseguir una habitación para poderse duchar con tranquilidad.

—Inconcebible, sargento. Le pido disculpas.

—No se preocupe, cosas que pasan.

—No. Si organizas todo con el dueño, el conserje no puede cerrar y largarse. ¿Por qué no me llamó? Habría podido venir a mi casa a dormir y no hubiera dormido en el coche con este frío.

Álex sonrió.

El camarero les llevó unas tostadas con tomate y lonchas finas de jamón serrano por encima. Álex pidió dos cafés más.

Desayunaron el crujiente pan, hablando de futilidades y el tipo de argumentos que se suelen usar para romper el hielo.

Álex, en cuanto acabó el café, se fue al hostal a ducharse y asearse para el día.

Cuando volvió a la cafetería, el inspector ya había pagado y se marcharon. La comisaría estaba cerca, a diez minutos caminando. Pasaron por las casas colgadas, recién rehabilitadas.

Poco después estaban sentados en el escritorio del inspector. La última mesa de un espacio abierto donde más inspectores y policías trabajaban.

—Bueno, gracias por haber venido —dijo el inspector Bustamante.

—Gracias, ¿por qué? —contestó Álex—. Debería dárselas yo, si es verdad que me ayudará con pistas.

—Usted no lo entiende…

—Espera —dijo Álex—. Aunque sea más joven, ¿qué le parece si nos tuteamos?

Él hizo una mueca, aceptando.

—Te decía. A este tipo no lo conseguí coger. Es mi mayor frustración, el único tachón negro de mi carrera. Y te aseguro que no es una cuestión de ego, sino de justicia.

Álex se acomodó en el respaldo.

—¿Una cuestión de justicia? —replicó Álex.

El otro se quedó en silencio mirándole. La sala se iba llenando de policías y de murmullos. Álex se giró y se quedó con las vistas del despacho del inspector, que miraba hacia el horizonte de la campiña manchega inundada de niebla.

—No te veo preocupado —añadió el inspector.

—¿Preocupado? —espetó Álex a punto de reventar—. Inspector, he venido hasta Cuenca por un acto de fe, ¿verdad? —dijo y el otro asintió—. He dormido fatal y cuando llego a su despacho, el caso son tres míseras carpetas —confirmó señalando lo que había en su mesa.

—Entiendo —replicó al instante el inspector, y luego se levantó—. Sígueme.

Bustamante cruzó el espacio de trabajo y se detuvo delante de un ascensor. Apretó el botón, y bajaron al sótano. Cruzaron el parquin subterráneo de la comisaría y se detuvieron delante de una puerta. Esta llevaba una placa en la que ponía: *cuarto de limpieza.*

Álex arrugó el ceño, extrañado, y el policía se dio cuenta.

—Nunca cambié la placa —dijo y giró una llave en la fisura—. Álex, eso no es nada, el caso está aquí —concluyó abriendo la puerta y encendiendo la luz.

Delante de Álex se abrió una pequeña estancia con cajas y cajas de documentos. Una mesa en el centro con más carpetas. Las paredes llevaban las memorias de la investigación, completamente tapizadas. En estas, un mapa de la provincia con los puntos conectados con hilos, nombres y fotos de varias mujeres.

—¿Qué es todo esto?

—Tu vampiro se ha mudado a Barcelona, pero antes atacó en estas tierras. Cuenca era antes su coto de caza. Siéntate, ahora te lo explico.

21

Álex quedó sorprendido. Había entrado en ese caso desprevenido, sin saber que, si se confirmaba que era el mismo asesino, lo de Barcelona no sería más que la punta del iceberg.

—¿Pero qué es todo esto? —dijo delante de la pared forrada de pistas.

—Estuvimos a punto de cogerlo. Fue el último día que estuvo aquí en Cuenca, o así pensamos. Tampoco lo sabemos con exactitud. Llevábamos dos años detrás de él. Había matado a dieciséis personas.

Álex dejó de mirar la pared con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cuántas? —preguntó con un tono incrédulo

—Dieciséis mujeres, dieciséis hijas, dieciséis hermanas —dijo mirando las fotos que estaban colgadas en la pared. Debajo de cada nombre había una foto de la víctima con vida y otra muerta.

—Fue un caso muy sonado, de actualidad hace unos años. Pero sabes cómo es la prensa, se olvida pronto.

—Espera, espera, este caso está tan completo que deberíamos estudiarlo en la academia, habría que hacer un libro. ¿No crees? —dijo Álex abriendo los brazos, sorprendido.

—Este caso no interesa a nadie si no está resuelto. Puro papeleo, ¿me entiendes?

Álex sacudió la cabeza.

—A ver, empecemos desde el principio, por favor. Necesito entender.

Bustamante encendió un pequeño radiador que estaba en la estancia y enchufó la máquina de café americano.

Luego se sentaron.

—Todo empezó hace tiempo, aproximadamente unos cinco años. Nos dimos cuenta de que estábamos delante de un asesino en serie al encontrarnos con la tercera muerte igual.

—¿Cómo eran? —preguntó Álex.

—No, nada que ver con las muertes de Barcelona. Nada de colmillos, nada de ciencia ficción o de paranormal. Este tío es real y cruel. Verónica —dijo el inspector apuntando el dedo en su foto—. La primera muerte que podemos atribuirle. Una chica de quince años. La violó y la estranguló. No sabemos en qué orden. No sabemos si la violó mientras la estaba estrangulando o fueron dos sucesos diferentes, uno posterior al otro.

—¿Qué más?

El policía, sin mirar a la pared, comenzó a enunciar las muertes en secuencia cronológica.

—Mari Carmen, Daniela, Luisa y Fina. Todas estranguladas incluyendo a Luisa. A partir de Fina, el asesino cambió el modus operandi.

—¿A qué te refieres?

—Fina fue la primera en no ser estrangulada, sino degollada —dijo. No hubo necesidad de explicar detalles, porque las fotos los mostraban.

Álex se levantó y se fue delante del espacio de esa víctima. Las fotos retrataban a la mujer en una fiesta de cumpleaños, seguramente el suyo, con una tarta con dos números, un dos y un ocho. Sonriente, preciosa, llena de vida. La que había justo después mostraba un cuerpo inerme en medio de la niebla y el follaje. Su cabeza casi colgaba de un corte que partía en dos el cuello. Su expresión era desgarradora. Las hojas caídas de otoño estaban llenas de sangre. Por todas partes, números de la científica indicaban restos u objetos.

—Cambió de estrangular a degollar. Creemos que, desde el día de Fina, todo cambió en él. El forense dijo que en las víctimas siguientes ya faltaba sangre. Se dieron cuenta a partir de una superviviente.

Álex se giró de sopetón. Sus ojos estaban abiertos como si hubiesen visto un fantasma.

—¿Cómo has dicho?

—Sí, una testigo, una chica consiguió escapar. Julia. Desde entonces ya no es la misma. Vive en un centro de mujeres maltratadas, ya no ha podido reinsertarse en la sociedad.

—¿Podemos hablar con ella?

Bustamante miró su reloj.

—He hablado con el director del centro, tenemos una cita con ella después de comer.

—¿A pesar de tener un testigo no habéis conseguido cogerle?

Él movió la cabeza.

—No lo conseguimos. Es un tío inteligente. Creemos que apareció en Cuenca al alcanzar la mayoría de edad, aceptando trabajos esporádicos, sin contrato. Es ese —dijo apuntando a un retrato robot—. Creemos que ese individuo es el asesino.

Álex se fue directo a él. El retrato demostraba un hombre con unas facciones finas, pero con una boca peculiar: el labio superior estaba retraído y enseñaba unos dientes muy largos. Pelo corto, gafas de sol. Álex pensó que desde luego era un rostro inquietante.

—Eso y nada es lo mismo —confirmó Bustamante indicando la imagen—. Como asesino fue perfeccionándose, siguió matando en serie y, cada pocos meses, atacaba a una mujer entre los dieciocho y treinta años. Todas mujeres hermosas. Todas mujeres que cometían un error.

—¿Cuál?

—Confiar en un desconocido. O bien porque lo encontraban en la calle pidiendo auxilio por algo banal, o porque lo conocían en un pub en un día de fiesta y se alejaban de su grupo. O una noche de niebla se despistaban, en fin, casos oscuros de esta ciudad y por más que avisamos y concienciamos a la población, él conseguía encontrar un punto débil en esas mujeres.

—Es decir, que se acercaba y las conquistaba. Y luego las violaba.

—Creemos que le producía más placer matar que violar. Pero son suposiciones.

—Por eso nuestras víctimas son prostitutas. No deja rastro de sexo. No sabemos si las ha violado o ellas hacían su trabajo.

—Nuestro hombre ha sido siempre muy meticuloso, nunca hubo ADN, nunca semen, nunca huellas. Ni un objeto, nada. Solo un pelo.

—¿Un pelo? ¿Con bulbo?

El inspector enseñó con un dedo una foto. En ella había un sobre de plástico trasparente con un pelo negro.

—No, sin bulbo. Creemos que era suyo, pero no tenemos un ADN posible. Es lo único con dieciséis muertes.

—El asesino es metódico y organizado. Nada impulsivo —dijo Álex observando las víctimas —. Veo una cierta progresión en sus asesinatos.

—Desde luego no podemos descartar que en dos años no haya matado más. Pero ahora tiene más estrategia y una metodología más sofisticada.

Álex miraba las fotos que estaban en la pared. Eso no era algo común; era el trabajo de un investigador metódico y paciente. Alimentado por las ganas de justicia. Pero sintió que había algo más, una fuerza alimentada no solo por la impotencia, sino por algo más.

En su interior sintió unas crecientes ganas de compartirlo con su hermana. Él no sabía mucho de criminología, pero sentía una fuerte necesidad de aprender. Si hubiera tenido la formación de su hermana, seguramente vería más detalles y analizaría mejor todos esos indicios. Entendería quién podría ser. Pero en ese momento ella no estaba, y él la echaba de menos. La habría echado de menos más aún si hubiera sabido lo que estaba a punto de suceder.

Álex se fijó en una de las víctimas. No se había fijado en ella hasta ese momento. Era guapísima. Le llamo la atención más que las otras por varias razones. No tanto por su aspecto, sino por su nombre: era la única que no llevaba apellido.

—Javier. ¿Quién es esta mujer? —preguntó Álex apuntando a las fotos.

Debajo del nombre, Gina, había una foto riendo. Luego estaban todas las fotos del cadáver encontrado en el bosque, escondidas debajo de una hoja blanca que las tapaba.

Bustamante no contestó en seguida, y se mordió un labio en silencio. Al hombre seguro y tosco se le humedecieron los ojos.

Se tomó un momento más antes de contestar.

—Es mi hermana —dijo levantando las cejas—. O mejor dicho, lo era.

Esa respuesta le sentó a Álex como una puñalada en el costado; una ducha fría que lo dejó sin aliento por muchos segundos.

«Tu hermana», pensó. «Ahora entiendo muchas cosas».

Miró a Bustamante, un hombre meticuloso y paciente. Se sintió conmovido por su desgracia, por su ciudad azotada por aquel asesino, y más aún al saber que había perdido a su hermana a manos del hombre al que le estaba intentando dar caza.

Se lo imaginó en ese momento como un hombre en busca de un fantasma: dividido entre la esperanza de que no volviese más a atacar a la hermana de otra persona y la posibilidad de que lo hiciese otra vez, que le daría la oportunidad de reactivar el caso; otra oportunidad de cogerlo, otra ocasión para dar venganza a su hermana.

Se lo imaginó rezando por que volviera a matar para tener una segunda posibilidad. Rezando para que ese caso cayera en manos de un experto, de alguien competente con una carrera fulgurante. Y pensar que el mismo asesino había caído en manos de Álex Cortés… habría tenido más probabilidades estadísticas de ganar el Euromillón.

Pero allí estaba, el vampiro de Barcelona resucitado de las cenizas y con la respuesta a sus plegarias. Una segunda oportunidad de atrapar al asesino de su hermana. Caído en la jurisdicción de Álex Cortés, el mismo que también estuvo a punto de perder a su hermana. El caso perfecto, en las manos perfectas.

—Lo siento —contestó Álex y luego le miró con otros ojos—. Ahora entiendo.

Bustamante torció la boca en una media sonrisa.

—Es un legado, me he prometido que antes de morir, quería ver a este hijo de perra entre rejas. Me lo prometí y se lo prometí a Gina.

—Tiene que haber sido duro, muy duro.

Bustamante asintió.

—Pondremos toda la carne en el asador para cogerlo. Cuenta conmigo —dijo Álex.

Javier apretó las mandíbulas, con la expresión más dura que había visto hasta entonces.

—Vamos a comer, luego seguiremos con la superviviente. Su testimonio hará que entiendas más cosas.

22

Karla esperó a que el semáforo se pusiera verde y cruzó la calle. Al otro lado de la comisaría estaba su pequeño oasis: café, butacas y silencio para pensar. Entró en el Café Sirena llevando una libreta y una carpeta con información del caso. Rafael se encontraba despachando cafés, como cada mañana. Esperó y cuando fue su turno pidió el café de siempre. Detrás de ella, la televisión emitía los últimos detalles del vampiro en el telediario de la mañana.

Rafael siempre tenía una sonrisa y una palabra gentil para todos. Un rostro familiar y un buen café. Karla cogió el suyo y se sentó en una mesa con butacas.

Lo sostuvo con dos manos, para calentarse en la mañana fría. Pasó un buen rato así, contemplando la bebida, como si pudiera ver el futuro en ella. Después de varios tragos, se decidió a soltar el vaso, con la misma reticencia que uno cierra el grifo al final de una ducha de agua caliente.

—Jenny —susurró Karla y miró la carpeta—. ¿Quién eres, Jenny?

Apuntó el nombre en la libreta y una flecha que bajaba de la palabra *Vampiro*.

Sacó el informe de la forense. La uña rota de la mujer llevaba regalo: ADN del agresor y tierra. La segunda coincidía con la del parque Can Sabaté. Un híbrido entre arena y tierra para un espacio verde artificial entre edificios. Lo que era importante era el ADN, pero la mala noticia era que en el banco nacional de datos de ADN no había resultado ninguna semejanza.

Jenny y Valeri. Este fue a reconocer el cadáver. El chulo, impasible, dijo que era ella. Entregó un pasaporte, atribuyendo que lo tenía en casa. Todos sabían que, como cualquier chulo, seguramente lo tenía en su caja fuerte: así conseguía que las chicas siempre volvieran; una prisión burocrática. Una correa ilegal y difícil de demostrar.

Iván, el agente a su cargo, había conseguido encontrar al chulo por el tatuaje. Tenía un ejército de chicas marcadas, como se hace a los becerros en un establo.

Karla no quiso estar en el reconocimiento y prefirió que fuera Iván. Conociéndose, ella lo habría seguido hasta el establecimiento, con un sentimiento irresistible de partirle las piernas.

Jennifer Lo Castro. Sin trazas en la Seguridad Social, ni en Hacienda. Un fantasma y un pasaporte extranjero.

Sin rastro de nada que diera a entender cómo el destino la había puesto en el camino del vampiro. Las cámaras de la zona no ayudaron. Karla y el equipo las revisaron, pero no pudieron sacar nada. Tampoco las del parque, nada. Un espectro, un hombre precavido y sigiloso que había dejado el primer cadáver en el lugar que quiso y cuando quiso, pero sobre todo, en la posición que quiso.

Giró la página.

La segunda víctima era Casandra Pandora. Encontrada en Collserola. Otra prostituta. Abandonada entre los árboles del bosque de Collserola, desnuda y con dos agujeros en el cuello. Brazos cruzados, sujetando una cruz igual a la de la primera víctima. Las fotos eran espantosas. La posición, igual.

Karla levantó la mirada, comprobando que nadie se diera cuenta de las terribles fotos que estaba viendo.

Repasó los mensajes del móvil. El último era un buenos días de su novio, Marcos. Le preguntaba cómo había dormido y cómo estaba. Respondió sin mucho énfasis. Luego había otro, que leyó con más interés.

«Karla, estoy bien. Llegué anoche, me veo esta mañana con el inspector, a ver con qué me encuentro. Espero no haber venido para perder el tiempo. Cuenca tiene algo especial, ojalá hubieras venido».

Lo leyó un par de veces.

Luego regresó a los apuntes y dejó el móvil al lado. No le dio tiempo de concentrarse, porque enseguida se iluminó el móvil. Pensó en Álex, pero era Iván, de su equipo. Le pedía que fuera a donde estaba, que había encontrado algo.

Dio el último sorbo al café y regresó a la comisaría.

—Ven, jefa. Mira esto —dijo Iván.

Ella se acercó.

—Espero que sean buenas noticias.

—Mira, he cogido la info del DNI de la chica de Collserola. Luego he buscado en las redes sociales. Estaba en Instagram y en Facebook. He rastreado por ellas y por medio de un programa de rastros, he encontrado un anuncio de una tal *Casi Love* en una página de encuentros —dijo el agente orgulloso.

Mientras hablaba, le enseñó la página de la red social, entró en el programa y luego en la de las citas.

—Era muy guapa esta chica —dijo Iván—. También está en la sección “Deluxe” de esta web de citas.

—Muy bien hecho, Iván —dijo Karla desde atrás, apoyando las manos en el respaldo de la silla—. ¿Qué más?

—Con este anuncio he conseguido el número de teléfono: 60912134 y… ¿adivina? —preguntó él.

—No es un buen día para acertijos.

—Bueno, pues le he pedido a Alan que saque las llamadas y los movimientos geográficos de la víctima.

—Muy bien pensado, ¿y qué ha salido?

Iván se giró y le enseñó un mapa en la pared. En este aparecía Barcelona y provincia. Señaló un punto.

—Hemos encontrado dos zonas calientes.

—¿Calientes?

—Sí, de máxima actividad con el móvil. La primera es una dirección, un piso en la zona de Badalona. El segundo en Castelldefells, una calle famosa por… ya sabes.

Karla asintió.

—Pero hay algo más. La noche antes de morir, hemos encontrado una llamada sobre la hora de la muerte, ¿qué te parece? —dijo y enseñó la información que le había entregado Alan—. Podría ser el asesino que contactó con ella.

—Podría ser. ¿Has investigado quién es?

—60839893. Número recargable. Sin contrato, sin factura. Pero tenemos una dirección de L'Hospitalet.

—Perdona, si no tienes factura, ¿cómo lo sabes?

—De estos teléfonos se sabe menos, solo se puede saber la información de las últimas treinta y seis horas, para la mayoría. El día de la muerte de Casandra estuvo allí y la última actividad fue en L'Hospitalet, justamente en esa casa. Creemos que sigue allí.

Karla asintió.

—Buen trabajo. Vamos a esta dirección.

—¿Llamamos a los GEI?

—No, iremos nosotros —contestó Karla cogiendo el chaleco antibalas del armario—. Hoy nos toca a nosotros.

23

Volvieron a cruzar el centro de la ciudad. De día y con un guía de honor, Cuenca tomaba un encanto particular. El sol de mediodía había disipado la niebla, y la plaza del pleno barrio antiguo parecía otra.

Tomaron una callejuela cerca de las casas colgantes y se adentraron en ella. El paseo hacia el restaurante a donde lo llevaba el inspector se convirtió en una visita guiada. Historias árabes, conquistadores de la Edad Media y reyes castellanos, que se entrelazaban en esas construcciones y en las historias del inspector. Se notaba que había nacido en esa ciudad y que como buen conquense, quería a su tierra.

El trayecto se hico corto para Álex. A cada esquina y calle, el inspector saludaba a todo el mundo. Con algunos se intercambiaba un saludo fugaz, o se detenía para intercambiar unas palabras.

Finalmente, se detuvo delante de un edificio con una puerta de madera gastada y tachuelas. En ella estaba esculpido a escalpelo el nombre de la posada, *Alabajar*.

Entró primero y saludó al dueño.

—¿Me has preparado el reservado?

—Como siempre, Javi. Ya sabes el camino.

—Un vinito y lo de siempre para dos.

El inspector le hizo un gesto y Álex lo siguió por pasillos de piedra. El aroma que salía de la cocina era una mezcla extraña de perfumes, dominados por especias y carnes estofadas. Se sentaron en una estancia con una mesa redonda, donde cuatro personas hubiesen estado algo apretadas.

Las ventanas daban a un acantilado de rocas y vegetación que se extendía hasta donde se acababa la vista. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que la sala donde iban a comer era una terraza a plomo sobre el acantilado, en una casa colgada.

Cuenca era preciosa. Mientras saboreaba un vino elegido por el inspector, Álex notó cómo echaba de menos los viajes que hacía con Mary. No tanto a la americana, sino lo que hacía con ella. Su relación intermitente con la periodista londinense no tenía las expectativas puestas hacia el futuro. Pero eso era otro tema y en ese momento no quiso pensar en ello.

—Vives en un lugar precioso, Javier.

—Desde luego. Pero en ciertos momentos la siento como una camisa de sastrería. —Álex se extrañó—. Una camisa preciosa, pero que el sastre en su momento hizo ajustada y ahora me va estrecha.

—Te entiendo —dijo Álex y le explicó que venía de un pueblo de Tarragona.

En ese momento entró el camarero con el primer plato.

—¿Qué es esto? —preguntó Álex.

—Unos zarajos.

—¿Y qué son?

—Se trata de un aperitivo muy típico. Se prepara formando una madeja con las tripas más tiernas del cordero, en torno a dos ramillas de sarmiento. Está buenísimo.

Álex cogió uno y comenzó a comer. Le encantó el manjar.

—¿Cómo supiste que tu asesino había vuelto a atacar?

Javier dio un trago al vino y se pensó la respuesta.

—Desde lo de Gina, he comenzado a formarme en criminología. He leído todos los libros de los mejores criminólogos americanos, y europeos, entre ellos los de tu hermana. Y los asesinos en serie siempre vuelven a la carga. Es un patrón común de la mayoría. Solo era cuestión de tiempo —dijo y comió un trozo de zarajo—. ¿Conoces el refrán chino que dice: «*Siéntate a la orilla del río el tiempo suficiente y verás bajar flotando, el cadáver de tu enemigo*»?

—Sí, me suena —dijo sonriendo.

—Pues esto es lo mismo. Entendí que el asesino en serie puede cambiar, puede dejar de matar, pero siempre o casi siempre, hay una chispa, un desencadenante físico, psíquico o social que vuelve a despertar en él la sed de matar.

—Creo que algo de eso me explicó Ana. Pero por favor, sigue —dijo Álex mientras comía.

—El ansia de volver a probar la sangre, quién sabe qué le habría hecho despertar otra vez a la bestia que tiene dentro nuestro asesino.

Acabaron de comer el aperitivo. El camarero quitó los platos y dejó el segundo. Álex nunca lo había visto. El inspector le explicó que era ajoarriero.

—También conocido como atascaburras, probablemente por tratarse de otra preparación tradicional realmente espesa. Mira, es delicioso. Se prepara con patata, bacalao, pan rallado y huevo cocido.

Ambos comenzaron a comer, aunque Álex no paraba de pensar en un detalle que no entendía.

—Cuando se me ocurrió buscar posibles agresores o asesinos que hubieran actuado en otras ciudades, o en ocasiones pasadas en Barcelona, mi equipo encontró una serie interminable de posibles casos con elementos en común.

—Ya. Eres muy joven para estar en tu puesto, Álex, pero ahora entiendo por qué te ascendieron.

Álex dio otro sorbo al vino tinto.

—Sí, pero te hago una pregunta, ¿qué te hace pensar que sea la misma persona?

Javier dio un sorbo al vino.

—En la visita de esta tarde con la testigo lo entenderás todo. Antes es inútil.

—Tanto secretismo… no lo entiendo, la verdad. Pero en fin, estamos en tu casa. Tú mandas.

—Gracias —contestó Javier—. Y a ti, ¿cómo se te ocurrió buscar otros casos?

—Fue saliendo a correr. Se me ocurrió que podía haber una progresión; que esa teatralización de la escena del delito no era normal, y llegué a la conclusión de que antes tenía que haberlo hecho y que tenía que haber probado una recompensa previa. Su técnica y su destreza tuvieron que evolucionar paralelamente al placer que sentía al hacerlo.

La conversación continuó durante el postre y hasta que se fueron. El inspector insistió en pagar y de ahí lo llevó al centro de mujeres maltratadas. En la sala de reuniones los esperaba Julia. Era una mujer preciosa: morena, con ojos grandes y verdes. Movía con ansiedad la pierna, cruzada sobre la otra

—Hola, Julia —dijo Javier—. ¿Cómo estás?

El inspector la saludó desde la distancia, al entrar en la estancia.

—Te presento a un amigo, Álex Cortés de los Mossos d'Esquadra. Ha venido a conocerte.

—Lo sé, me lo ha explicado el director.

—¿Nos podemos sentar? —preguntó Javier.

Ella se lo pensó. Repasó a Álex con la vista, pero no para apreciar su buen aspecto, sino como una presa que analiza a un animal que se acerca, por si pudiera ser un depredador.

—No.

—¿No, Julia?

—Mejor vayamos a caminar.

La respuesta los pilló por sorpresa, pero ella mandaba. Julia se levantó y abrió la puerta acristalada, que daba a un parque. Álex los siguió, y sintió que esa mujer habría sintonizado perfectamente con Karla. Pero ella no estaba. Miró el reloj, y se dio cuenta que no sabía nada de ella desde hacía muchas horas. Dos pasos por detrás de la testigo, la única víctima que había logrado escapar del vampiro, notó una sensación que hacía años no sentía: echaba de menos a Karla.

24

La decisión de ir solos a L'Hospitalet fue precipitada. Sin Álex, su superior, Karla tenía una autonomía limitada. Aunque podía pedir los refuerzos de los GEI, no lo hizo.

¿Fue por intuición? ¿Por egoísmo?

Su razonamiento fue que el tiempo de respuesta habría sido demasiado largo. Permisos, burocracia. Organizándolos se habría ido media jornada. No había tiempo, o por lo menos no era sabio malgastarlo, porque siempre era un factor determinante.

Las patrullas llegaron al barrio de L'Hospitalet a media mañana. Entraron en una de las zonas más degradadas de la ciudad. En cuanto pisaron el asfalto por la avenida de entrada, unos centinelas avisaron de la incursión en la zona de la policía.

Entrar en territorio sin ley era algo que no le gustaba mucho a Karla, pero la situación necesitaba una intervención rápida.

Los transeúntes miraban a los coches como si fueran alienígenas. Vecinos apoyados en los balcones, fumando, los observaban perplejos. Los coches descuartizados en las calles, pintados con grafitis y alguno incluso quemado, solo eran pequeños destellos del estado del barrio.

Las patrullas se detuvieron al final de una avenida. Allí acababa el asfalto y comenzaba un descampado. Karla miró la foto satelital del punto que indicaba una de las mayores actividades del móvil de la víctima: una casa en medio de un campo. Seguramente una casa de labradores, abandonada, reconvertida a algo más.

Las patrullas se detuvieron enfrente, levantando una ola de polvo que rodeó la pequeña construcción.

Los agentes salieron de los coches, resguardados detrás de las puertas. Apuntaban hacia la casa. Todos los agentes esperaban la orden de la cabo.

Karla miró la construcción. Por su cabeza pasaron miles de opciones de lo que se podía encontrar; de cómo podía resolverse esa situación. El aspecto de esa chabola no auspiciaba nada bueno.

Un coche estaba aparcado al lado. Un viejo Mercedes. Con matrícula reciente, seguramente rematriculado. Karla dio la vuelta al coche: el capó estaba aún tibio, hacía poco que alguien había vuelto.

Hizo un gesto: los compañeros sabían qué hacer. Apuntando la zona, dos agentes se fueron al otro lado de la construcción, mimetizándose entre la maleza.

Cuando estos estuvieron en posición, cogió el altavoz.

—Aquí policía. Estáis rodeados, salid con las manos arriba —dijo gritando.

Luego soltó el botón para ver la reacción de las personas que estaban dentro. Derrumbar la puerta era una opción, pero que salieran ellos lo haría todo más fácil. La última llamada hecha la

noche de la desaparición y muerte de Casandra provenía de allí.

De la casa salía una cuerda hasta el árbol más próximo. De ella, colgaba una colada de pantalones de hombre, sujetadores y camisetas de varios tamaños.

Pasó menos de un minuto y Karla repitió lo mismo con el altavoz.

De nuevo, no hubo respuesta.

Esperó un poco menos para repetirlo por tercera vez. Los agentes seguían ocultos detrás de la casa. Seguían esperando la orden definitiva o que alguien pudiera escapar por la parte trasera.

Miró el reloj. Las precarias ventanas no mostraban movimiento.

Entonces dio la orden. Los cinco agentes se colocaron en la entrada. Se fueron hacia la puerta; bastó un ligero golpe de ariete para tumbarla. En cuanto la cerradura reventó, entraron todos. Las linternas de los agentes iluminaron a la vez el pasillo que se encontraron enfrente.

—¡Policía! ¡Quietos! —gritó Iván, el primero en entrar.

El pasillo tenía cuatro puertas por los lados. Se dividieron.

Karla y un agente abrieron la primera puerta. Se abrieron paso entre el polvo. La luz entraba en la estancia por las rendijas de la persiana. Al fondo de la pequeña estancia había una cama de una plaza. Se acercaron y vieron una mujer que estaba durmiendo. Esta abrió los ojos, protegiéndose de la luz directa. Era una mujer con el pelo rojo, joven, durmiendo en un colchón a pocos centímetros del suelo y envuelta en varias mantas.

La dejaron y salieron por la segunda puerta.

El segundo grupo salió de la segunda puerta del pasillo. Iván indicó que no había nada, que siguieran. Karla vio por la puerta abierta que se trataba de una cocina. Les hizo un gesto para que continuaran.

Quedaban dos puertas; Karla indicó a Iván que fuera a la derecha y que ella se encargaría de la izquierda.

Iván y el otro agente se posicionaron en la puerta. Cuando estaban listos, entraron los dos grupos a la vez, abriendo las puertas.

Iván se encontró con la estancia más pequeña de la casa. Un cuartucho de escobas, un tocador, un armario comido por la humedad y un sofá convertido a cama. En él había un bulto que el agente no supo distinguir.

—¡Policía! ¡Manos arriba! —gritó desde la entrada.

El bulto no se movió.

La pequeña ventana dejaba entrar un rayo de sol que iluminaba la estancia.

Se fueron acercando, apuntando.

El bulto no se movía.

—¡Policía! ¡Levántese! —volvió a gritar Iván.

Nada sucedió.

Entonces se fueron acercando a pequeños pasos, apuntando, protegidos por el chaleco antibalas.

Iván estiró de la manta y apareció una chica. Al destaparla debió de sentir frío y se movió un poco.

«Otra chica», pensó Iván.

Llevaba antifaz y tapones para dormir.

En cuanto se subió el antifaz, se asustó. Seguramente no se esperaba encontrar a un grupo de policías en medio de su descanso.

Al otro lado, Karla gritaba.

—¡Quieto!

Su grito llamó la atención de los otros dos.

La estancia donde estaban Karla y su compañero era la más grande de la casa, con una cama de matrimonio al fondo. Sobre esta reposaba una mujer incorporada, tapándose con una manta. En el momento en que entraron, una sombra salió por la ventana abierta.

Karla gritó para que se detuviera. Se acercó a la ventana y vio un hombre que corría en calzoncillos por la vegetación.

Mandó un mensaje por el micrófono. Se dio cuenta de que los agentes de fuera ya lo habían visto y comenzaban a correr por la vegetación detrás de él.

—¡Quieto, policía! —gritaban.

El hombre, de piernas flacas, saltaba entre los arbustos y los objetos tirados por el descampado.

Los dos agentes ganaban terreno, a pesar de que el hombre descalzo se esforzaba por correr más rápido.

Cuando les faltaban pocos metros para cogerlo, uno de los agentes disparó al aire. Al instante, el individuo se detuvo. Las manos de los agentes lo agarraron con fuerza. Lo esposaron y regresaron hacia la chabola. Tenían al hombre que buscaban, el que había recibido la última llamada de la pobre Casandra.

25

Julia caminaba entre los altos álamos. A su lado derecho se encontraba el inspector Bustamante y al otro Álex, los dos a una distancia prudencial. Las secuelas psicológicas de la agresión aún perduraban en ella. Álex lo entendía.

«¿Cómo superar unos recuerdos que perduran como pesadillas nocturnas y se trasforman en desconfianzas diurnas?», se decía para sus adentros.

—Julia, ¿podrías explicarle a Álex lo que pasó?

Ella asintió.

—Sí, pero le pediría discreción.

Álex asintió.

—Claro, cuente con ello.

Julia miró a Bustamante.

—¿Qué pasa? —preguntó Álex.

—Bueno, es que le he explicado quién es tu hermana.

—Julia, tendré que explicárselo. Ella me ayudará. Si queremos coger ese hijo de perra, la necesitamos —dijo con tono tranquilizador—. Pero te prometo el anonimato.

Ella asintió y dio un fuerte respiro.

—Era la fiesta de una amiga. Habíamos quedado con ella para ir al parque de la Trinidad, para hacerle una fiesta sorpresa. Decidimos ir un día antes. Queríamos ver el lugar, cómo decorarlo, etc. Se nos fue el tiempo y la vuelta se alargó.

—Perdona, Julia, pero habían sucedido otras cinco muertes antes de ti. ¿No os dio miedo ir a un parque en el atardecer?

Ella se lo pensó antes de contestar.

—La televisión no para de decir que si fumas morirás de cáncer de pulmón, pero la gente sigue fumando, ¿no? Nunca piensas que te va a tocar a ti. No pensamos que seríamos las próximas víctimas del estrangulador.

—Perdona, sigue —se disculpó Álex.

—Se nos fue el tiempo, como te decía. Fue justamente el día del cambio de hora y nos pilló desprevenidas. El camino al parque es largo, mi amiga volvió a buscar una cosa al coche y me quedé en el parque a medir y hacer dibujos de cómo podíamos decorarlo el día después. Me acuerdo de que era un domingo.

—Era el veintisiete de octubre, por la exactitud —puntualizó el inspector.

Álex lo miró y comprendió que había memorizado todo el caso como una computadora.

—Eso. Me quedé sola. Estaba sentada en una mesa de madera, de esas de picnic —dijo y se calló.

Julia apretó los labios mientras se detenía, como si el parque de álamos por el que paseaban acabara de convertirse en el parque de los horrores por un instante, al recordar lo sucedido. Javier le apoyó las manos en los hombros para tranquilizarla y ella se apartó de golpe.

—Perdona, Javier. Lo siento.

—No lo sientas. Eres muy valiente al compartirlo otra vez. Recuerda que, con cada vez que lo exteriorizas, lo superas un poco más.

—Ya —respondió ella sin sonar muy convencida.

—¿Te sientes con fuerzas para seguir?

Ella asintió.

—Me acuerdo de estar sentada en esa mesa y repente todo se oscureció. Me durmió con un producto químico. Luego sentía que mi cuerpo iba adelante y atrás. Un movimiento basculante. No entendía qué pasaba hasta que vi que me estaban empujando. Enseguida no lo entendí, pero luego sentí el escozor. Me estaba penetrando. El hijo de perra me estaba violando, cuando me di cuenta comencé a gritar y fue cuando me apretó la yugular. Comencé a ahogarme. Le pegué con un brazo, solo uno, porque el otro lo tenía agarrado. Su mano sujetaba mi muñeca derecha. ¡Fue horrible! —gritó tapándose la cara con las manos—. Me di cuenta de que había cortado mi muñeca de punta a punta y salía sangre de ella. Me costó un rato entenderlo. Mientras me violaba, iba chupando sangre de mi muñeca. Cuando acabó, cogió el cuchillo y me lo plantó en la garganta. Sus ojos. Esa mirada no la olvidaré jamás. Sádicos, excitados y llenos de gozo. Clavó el cuchillo en mi garganta y la punta entró en mi yugular —dijo Julia mientras Álex, asombrado por la reconstrucción de la escena, se dio cuenta de una cicatriz en el lado derecho del cuello—. Cuando tuvo clavado el cuchillo, ya no pude gritar por el dolor, comenzó a faltarme el aire. Entonces llegó mi amiga, gritando, viendo al hombre encima de mí. Así que se apartó de encima mío, se puso los pantalones y se fue.

—¿Y no lo encontrasteis?

Javier negó.

—No encontramos nada. Lo buscamos por días enteros con perros y helicópteros bosque adentro. Nada. Se esfumó entre los árboles.

Álex se puso a pensar. Todos esos datos le llamaban la atención.

—Gracias, Julia, estoy de acuerdo con Javier, eres muy valiente —dijo con admiración—. No tiene que ser fácil vivir con un recuerdo como ese.

Ella miró al suelo. Su expresión era la de una persona que acababa de hacer un esfuerzo titánico.

—¿Me imagino que nunca antes habías visto a ese individuo?

Ella negó.

—Estoy muy cansada, Javier, ¿te importa que me vaya?

—Claro, muchas gracias Julia.

—Estaré allí, por si me necesitan.

El inspector asintió.

—¿Usó preseservativo?

—Sí, pero nunca lo encontramos.

—No, y además recogimos unas muestras del lubricante espermicida que usó, pero no supimos identificar la marca. Eso sí, fue el mismo con todas. Si lo hubiéramos identificado, habría sido un hilo por el que tirar.

—¿Aún conservas las muestras? Podríamos contrastarlo con las de los cuerpos encontrados

ahora.

—Miraremos, han pasado muchos años —confirmó el inspector—. ¿Ahora entiendes por qué he querido que vinieras?

—El sujeto, mientras realiza el acto sexual, bebe la sangre de su víctima…

—Lo único que encontré al respecto es un trastorno del comportamiento conocido como vampirismo, pero realmente no sabemos qué tiene exactamente este individuo.

—Ok. ¿Y el sexo? ¿Cómo lo encajas en este rompecabezas psicológico? —preguntó Álex.

Álex se cruzó de brazos y comenzó a pensar.

—¿En qué piensas?

—En que el vampirismo es un punto en común con los casos de Barcelona; la extracción de la sangre. El sexo, pero este punto no está aclarado, ya que son prostitutas, no lo hemos podido esclarecer. Podría ser la evolución de un psicópata.

—Y lo peor… —aclaró Bustamante—. La repetición.

—¿A qué te refieres? —preguntó Álex.

—Que seguirá repitiéndolo, hasta que no lo detengas —dijo Javier mirando a Julia, sentada en una silla del parque, mientras se balanceaba.

—Hasta que lo detengamos.

Javier se giró se repente.

—¿Qué dices?

—No tengo presupuesto para un hotel en la división, pero tengo una habitación más en mi casa. Tú te vienes conmigo, si alguien puede y debe coger al vampiro, ese eres tú.

—Yo no voy a ir a Barcelona, eso tenlo por seguro —dijo Javier categórico.

—Sí que vas a venir. De la misma manera que me has hecho venir a mí hasta aquí, ahora vas a venir tú conmigo.

—En absoluto. Quítatelo de la cabeza. No iré, pero cuando tengas un problema me llamas.

Álex negaba mientras lo miraba, luego miró el reloj y arrancó a caminar.

—¿Dónde vas? —preguntó Javier.

—Venga, vamos, si nos damos prisa llegaremos a casa de mi hermana para la cena.

—¿La cena? ¿Tu hermana? ¿Qué estás diciendo?

Álex se detuvo y lo miró.

—Mientras cargo en el coche los expedientes, tú prepara una maleta. Nos vamos a Barcelona —dijo y regresó hacia Javier—. Arranca la caza al vampiro, por Julia y por Gina, tu hermana —concluyó y le alargó la mano.

Javier miró a Álex a los ojos, sin apretarle la mano.

La propuesta no le gustaba y, además, ya había tomado una decisión.

26

Karla cerró la puerta con un portazo. No le gustaba que la gente le hiciera perder el tiempo.

Si el hombre que tenía delante se había escapado, era porque tenía algo que esconder.

Se sentó en la silla enfrente del arrestado, en la sala de interrogatorios. Apoyó un café y una carpeta en la mesa y se sentó.

Se quedó mirándolo a la cara. El hombre era flaco, con barba y pelo largo. Olía a varios días in ducharse. Desprendía un olor ácido, y su ropa demostraba que se lavaba menos de lo que debía.

Su mirada era profunda, casi vengativa.

Más importante que tener delante al vampiro, era demostrar que era él.

—¿Sabe por qué está aquí, señor Fernando Ramírez López?

El hombre no contestó. Se quedó mirándola, casi como si estuviera tratando de flirtear con ella.

—Dígamelo usted, ¿agente…? —contestó con un tono juguetón.

—Cabo, no agente —dijo ella con autoridad—. Cabo Ramírez.

Él hizo una mueca de complicidad.

—Puede que seamos parientes, me encanta el sexo con las primas.

Ella se pensó la respuesta. Se tomó el tiempo para respirar y no decir lo primero que pensó. Estaban grabando, si no su respuesta habría sido una patada en la entrepierna por debajo de la mesa.

—No se haga falsas ilusiones. Aunque tengamos el mismo apellido, no estamos en el mismo lado —dijo ella con calma—. Dígame, ¿conoce a esta chica? —Mientras lo decía, le enseñó la foto de Casandra—. Esta —espetó apuntando a su cara—. Dígame, señor Ramírez, ¿la conoce?

Él negó y levantó la cabeza.

—Quiero hablar con un abogado —respondió mientras levantaba la barbilla.

Karla quitó el dedo de la foto, sorprendida.

—Bien, usted sabrá lo que está haciendo, pero que sepa que le estoy proponiendo un acuerdo. Se puede ir por esa puerta si me confirma lo que quiero saber o se va a quedar aquí encerrado por más tiempo del que se imagina.

—¿Me amenaza? —preguntó casi divertido.

—No, llame a un abogado, claro, pero procure que sea bueno —dijo Karla y cerró la carpeta.

El hombre se rascó la cabeza y justo antes de que Karla se levantara, le hizo un gesto con la mano.

—Espere. ¿Puede decirme por lo menos de qué me acusan? —pregunto con un ligero cambio en su tono.

—Pues de haber matado a dos chicas —dijo ella con tono despreocupado—. Nada más.

—Ey, ey, yo no soy un asesino. ¿Qué demonios dices, guapa?

—No me llames guapa, que sea la última vez.

Él hizo un gesto con la cabeza.

—Yo nunca he matado a nadie.

La mujer lo miró con atención. Creerle no era su trabajo; su trabajo era escarbar en su vida y comprobar en su pasado, hasta descubrir si era el vampiro o no.

Se sorprendió cuando el hombre reaccionó y dijo:

—¿Usted cree? Se equivoca, no soy yo.

Ella levantó una ceja.

—¿A qué se refiere?

—Yo no soy el tal, pirado, el loco ese, cómo se llama —dijo intentando recordar el nombre —. El tal, no sé cómo lo llama la tele. Vampiro, eso, el vampiro.

Ella se quedó en silencio, observándole.

—No, no, yo no soy. No me fastidies. Sí, ya sé lo que quieres hacer —dijo mientras se levantaba—. Me queréis cargar el muerto a mí, pero no os lo permitiré —dijo caminando delante del cristal—. Quiero hablar con mi abogado.

Karla lo observaba de lejos, sin alterarse.

—Siéntese —dijo al hombre.

Este seguía farfullando y daba vueltas delante del cristal, desde donde se imaginaba que le estarían grabando.

—Siéntese y explíqueme todo; nadie lo está acusando.

El hombre, con la mención del vampiro, se había cegado en su bucle y ya no escuchaba a Karla, hasta que ella gritó su nombre y lo obligó a detenerse.

—¡Fernando! ¡Siéntese!

El hombre obedeció.

—Escúcheme —dijo Karla en el tono negociador que había aprendido en la academia de los Mossos y practicado en la calle—. Quiero que me explique esto —reiteró mientras sacaba una hoja de la carpeta.

De esta salió un sinfín de números y datos, en una muestra incomprensible para una persona en estado de shock.

Karla señaló a un punto concreto de la página. El hombre miró sin ver nada.

—¿Por qué llamó a Casandra, la noche antes que desapareciera?

El hombre se pasó la mano por la frente, se quitó las gotas de sudor e inspiró. Su respiración era desacompasada.

—Casandra trabajaba para mí.

—¿Cómo dice?

—Casandra era uno de mis mejores fichajes. Trabajaba conmigo desde hacía varios años —dijo, apabullado por la realidad que le estaba cayendo encima.

—¿Usted es el chulo de Casandra?

—Era, se acabó la gallina de los huevos de oro.

—Explíquese.

—Casandra era una fuera de serie. Es difícil encontrar una chica así.

—¿Qué quiere decir? No le sigo.

—Era guapa, siempre dejaba muy contentos a los clientes, y sus pretensiones eran modestas.

—Modestas… —dijo ella para que explicara ese adjetivo.

Él se mordisqueaba las uñas, ya casi inexistentes, mientras hablaba. Karla se fijó en que ciertos puntos de los dedos estaban en carne viva, casi ensangrentados.

—Todas quieren más. Prueban la miel del sexo bien pagado y quieren cada vez más. Más dinero, más lujo, más droga, más de todo. Ella… era diferente.

—Ya. ¿Por qué la llamaste ese día?

—Ella trabajaba a domicilio. La metí en una página web de lujo. Pero no todos los días tenía trabajo. Así que los días que tenía libres, se venía a mi zona.

—Cuando se refiere a su zona, ¿qué quiere decir?

—Maldita sea, poli, ¿hay que explicarle todo?

Ella miró el cristal.

—Sí, claro. Explíquemelo, como si hablara a una persona corriente.

—Esto no lo explicaría a una persona corriente.

—Señor Ramírez, siga, por favor.

Él respiró hondo.

—Mi territorio es la carretera. Todas mis chicas trabajan en un punto de la carretera. Ya sabe, las dejo por la noche y las voy a buscar por la mañana.

—¿Por qué no llamó a la policía cuando se enteró de la desaparición?

El hombre se rascó la cabeza, moviendo su pelo, que era poco más que una masa de greñas separadas. Karla se preguntó cómo se podía rascar, sin uñas.

Su pierna, debajo de la mesa, daba golpecitos continuos.

—No tenía ni idea…

—¿No tenía ni idea de qué?

El hombre tragó saliva.

—No tengo ni idea de lo que pasa durante la noche. Yo las llevo, las dejo, las recojo y vuelven a casa.

—¿Todas vive en su casa? Si eso lo puedes llamar casa, claro.

—Casandra quería vivir sola. Se había conseguido un apartamento en L'Hospitalet. Pero la iba a buscar yo y la devolvía.

—¿Y qué pasó cuando usted la fue a recoger y no la vio?

El hombre se encogió de hombros.

—Pensé que el último cliente se había alargado o le había dado mucha pasta.

Karla se acercó a la mesa.

—Ok, es decir, usted va a recogerla y no está. ¿No? —Él asintió—. ¿Y no la llamó?

—Era normal que el último cliente la dejara más cerca de su casa o cerca de un bus o la acompañara a casa.

—Ya, pero pasaron varios días y no llamó a la policía.

—Mire, yo intento ganarme la vida, no quiero problemas.

—¿Problemas? ¿Sabe que la prostitución está prohibida en nuestro país?

El hombre se alejó de la mesa, y cambió de expresión.

—¡Joder, tía! ¿En qué mundo vives? ¿No sabes que entre las piernas de mis chicas pasa de todo? Desde padres de familia a políticos. Desde policías a empresarios. Está prohibido por la "ley" —dijo haciendo hincapié en la palabra y haciendo corchetes con los dedos—. Pero está permitido en la calle. Los que dicen que lo quieren prohibir, son los mayores consumidores. ¿Quieres que te hable de la coca? ¿Quieres saber quiénes son los mayores consumidores?

—Vale, vale, déjalo. Escúchame, en tu "zona" ¿había alguna chica que pudiera haber visto

con quién se fue Casandra? ¿Alguien vio al último cliente?

Él se lo pensó.

—Sí. Fili lo vio, creo.

Los ojos de Karla se abrieron de par en par.

—¿Sabría reconocerlo?

—Me dijo que no, pero puede hablar con ella. Solo me dijo que vio el coche.

—¿El coche? ¿Qué coche era?

—No sé, me dijo que era un todoterreno, pequeño, como, a ver qué dijo… —contestó y se puso a pensar. La policía se quedó en silencio—. Estrecho y alto, dijo. Eso. Un cochecito raro.

—¿Sabría reconocerlo si le enseñamos fotografías?

—Ni idea, hablad con ella.

—¿Ella? ¿Habla de Fili? ¿Eso es diminutivo de qué?

—Su nombre es Filomena López. Fili para el gremio.

—¿Gremio? —preguntó Karla, sintiendo asco ante esa palabra—. Necesitamos hablar con Filomena, además necesito que me indique la hora a la que la vio por última vez y sobre todo el lugar.

El hombre la miraba perplejo, atrapado entre la espada y la pared. No tenía muchas opciones: revelarlo o no hacerlo y pedir un abogado, pero habrían tardado muy poco en averiguar la zona donde trabajaba.

En ese momento se oyó a alguien llamar a la puerta. Luego se abrió.

Karla miró perpleja, preguntándose quién entraba a interrumpir un interrogatorio.

—Jefa, tenemos algo que podría estar relacionado —dijo Iván con voz temerosa.

Ella señaló con las manos al hombre que estaba interrogando.

—Lo sé, pero si no fuera muy importante no la interrumpiría.

Ella bufó e hizo un gesto con la cabeza.

—Cuando vuelva quiero ver escrita la dirección de su “zona” —le dijo, acercándole un papel y un bolígrafo.

Karla salió de la sala y siguió a Iván.

—Espero que sea muy importante.

—Lo es.

Mientras lo seguía, vio a un agente de su grupo de investigación.

—Necesito que busques una tal Filomena López, el señor en la sala dos de declaraciones te dirá dónde encontrarla —dijo al agente y este dejó lo que estaba haciendo y se levantó.

Iván la esperó en su mesa. Cuando Karla llegó miró la pantalla, en ella vio una grabación en pausa.

—¿Qué demonios es esto? —dijo Karla.

En la imagen pausada había un autobús en las afueras de Barcelona.

—Ya verás —respondió Iván.

El policía apretó un botón y la secuencia se arrancó. De repente, el autobús se puso en marcha, dejando en la marquesina a tres personas. La imagen era borrosa, muy pixelada.

Dos se fueron hacia un lado y una hacia el otro. Una mujer. La mujer comenzó a caminar, cuando fue interrumpida por un hombre que venía en dirección contraria y que le mostró un móvil, como pidiéndole información sobre algo. La mujer se giró, indicando en la dirección contraria a la que iba. De repente, sin perder ni un solo segundo, el hombre sacó algo del bolsillo y se lo puso delante de la boca. Ella forcejeó, pero enseguida perdió las fuerzas. El hombre la

sujetó y la arrastró unos pasos hasta donde tenía una furgoneta con el portón lateral abierto. La metió dentro, cerró, y el vehículo desapareció rápidamente.

—¿Qué narices es esto? —dijo Karla.

—Hemos encontrado esta grabación por chiripa. Es el momento en que la mujer del juez Del Pozo fue raptada.

—No me lo puedo creer —dijo Karla—. ¿Dónde la habéis encontrado?

—Seguimos las trazas del móvil, hasta que desapareció. Averiguamos la zona y encontramos el punto que podía ser. Descubrimos que la mujer no tiene carnet de conducir y supusimos que podía coger el bus. Coincidía con un trayecto que la mujer hacía de vez en cuando. Ese día lo cogió y bingo.

—Maldita sea —dijo Karla—. No me lo puedo creer. Rebobina.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? Parece que hayas visto un fantasma.

—Puede que sí.

El policía ejecutó, rebobinó hasta que Karla le dijo.

—Por todos los rayos. ¡Mira! —dijo ella mientras sacó el móvil y buscó una foto en la galería—. Es el mismo hombre.

En el móvil aparecían dos hombres descargando un congelador de una furgoneta.

—Es el mismo hombre.

—¿Quién? —preguntó Iván.

—El discípulo de Néstor, esta es la misma furgoneta con la que descargó al hombre que arrojó a la carretera, la C-31, el que estaba colgado por los talones.

—Entonces esta grabación es buena.

—No es buena, es fenomenal —contestó Karla—. Hazme un favor, pide a Alan las grabaciones del edificio de ese día. Tengo una idea.

27

El Seat Altea subió el camino de tierra en cuesta. Álex aparcó el coche en plena oscuridad, en un valle del Priorat adormecido por la fría noche de febrero.

Al cabo de unos segundos, la luz de la entrada se encendió. Su hermana lo había oído llegar.

Al abrir la puerta salió Panettone, el perro de la familia.

Álex los vio llegar: primero al guardián, luego a su hermana. Bajó del coche y fue directo a saludarla.

—Te veo muy bien, hermanita —dijo abrazándola.

Ella se quedó entre sus brazos, cerrando los ojos y sonriendo.

—¿De dónde vienes? —preguntó ella tras soltarlo de su apretujón.

—De Cuenca.

—¿De dónde? —preguntó ella desconcertada.

—Sí, y no vengo solo —dijo y le cogió la mano, arrastrándola.

—Caray… ¿Con quién vienes? —dijo ella, maliciosa, pensando que iba con una mujer.

La puerta del copiloto se abrió. Del coche de servicio bajó un hombre de un metro noventa, con expresión de pocos amigos. Llevaba una camisa blanca arremangada, a pesar de las bajas temperaturas. En cuanto salió, sintió el frío y se puso el anorak.

Ana Cortés se quedó callada, sorprendida. Su silencio ante la presencia del delató una cierta vergüenza.

—Hola, encantado —contestó el hombre.

Ella no contestó.

—Ana, te presento al inspector Javier Bustamante, de la policía de Cuenca.

Ella se soltó de la mano de Álex con disimulo y se arregló el pelo.

—Hola —contestó sin mirarle a los ojos, pero acercando su mano.

—Es un placer conocerla en persona —dijo Javier y se acercó la mano de Ana a los labios con elegancia y al más puro estilo caballeresco.

—Ya te dije que no venía solo. Tengo que explicarte unas cosas, Ana, y Javier es una pieza clave en el caso. ¿Te importa que entremos? —dijo él.

—Claro, he preparado algo de cena. Espero que sea suficiente —contestó mirando al inspector.

—Señora Cortés, no se preocupe por mí, yo ceno muy poco.

En ese momento salió por la puerta Alberto, el marido de Ana.

—¿Ana? ¿Álex? ¿Qué estáis haciendo allí afuera? —preguntó casi gritando.

Álex se dio la vuelta y fue a saludar al cuñado.

—Aquí estamos, Alberto —dijo Álex haciendo acto de presencia.

Luego cogieron las cajas de los expedientes y las maletas y entraron. La vieja masía estaba caliente y en la chimenea crepitaba una pila de leña que ardía con fuerza.

Alberto se quedó sorprendido de la visita inesperada del inspector. Se apretaron la mano, casi sin mirarse, casi tan fríamente como la rígida temperatura externa del valle del Priorat.

La estancia principal constaba de un salón alargado, que anexaba las funciones de salón de estar y comedor, con los sofás delante de la chimenea. Dejaron las cajas a un lado y Ana, Alberto y el inspector se sentaron a la mesa. Álex, mientras tanto, llevó a la cama a su sobrino hasta que se durmió. Luego, bajó a cenar.

—Bienvenido a nuestra humilde morada —dijo Ana desde un lado de la mesa.

—Es preciosa. Lamento la incursión, pero Álex insistió muchísimo.

—La verdad es que he arrastrado a Javier hasta aquí; tampoco le he dado muchas alternativas —confirmó Álex.

—Pues es verdad, cuando Álex se pone, es bastante cabezón —confirmó Ana.

—Es cosa de familia, sabes —soltó Alberto llenándose la copa con vino tinto.

Ana miró su marido de reojo y volvió a mirar a los huéspedes.

—Lamento no haber preparado nada más, pero Álex siempre es así, siempre llama en el último momento.

—No pasa nada, señora Cortés, es más de lo que me podía esperar —dijo Javier.

La mujer había descongelado pan de payés. Lo untó con tomate, sacó varios embutidos, aceitunas, una ensalada y queso.

Álex cogió el vino y lo vertió en el vaso de Javier. Luego hizo ademán de ponerle a su hermana, preguntándole. Ella negó con un ligero movimiento de cabeza; no podía.

Álex se llenó el vaso hasta menos de la mitad.

—Enhorabuena —dijo Javier.

Ana no entendió.

—Por el bebé.

—Gracias —contestó Alberto introduciéndose en la conversación—. Es un niño.

Javier asintió y Ana bajó la mirada.

—Álex, ¿qué tal si nos explicas un poco de qué va esta… visita sorpresa? —dijo Alberto y luego bebió un buen trago de vino.

Álex chasqueó la lengua.

—Claro que sí, Alberto. Javier Bustamante es el inspector de Cuenca que siguió de cerca, bueno, muy de cerca por desgracia, un caso de asesinatos en Cuenca que creemos está relacionados con el Vampiro de Barcelona.

—Sí, el caso que me decías el otro día —contestó ella, mirando primero Álex y luego al inspector—. Muy de cerca porque llevaba usted las investigaciones, entiendo.

—Bueno, sí… —dijo él intentando no entrar en profundidad en el tema.

—No, bueno, quiero decir que sí. Pero hay más, por desgracia. Su hermana fue una de las víctimas del asesino de Cuenca.

Ana pareció compungida. Su mirada cambió y se volvió triste, más tensa. Se creó un silencio incómodo en la mesa, que duró varios segundos.

—Digamos que no fue una investigación fácil —replicó Javier.

—Ahora entiendes por qué me lo he traído, es la persona perfecta para que me ayude con

ello.

—¿Y qué os hace pensar que fuera el vampiro?

—¿No podemos hablar de otra cosa mientras comemos? —soltó Alberto con tono asqueado.

—Sí, perdona cariño, lo siento —dijo ella a su marido.

—No, espera, no has hecho nada de lo que debas pedir disculpas —dijo Álex a su hermana mirando a Alberto.

Alberto ni siquiera le prestó atención; comía chorizo y pan con las manos, dándole igual quién estuviera allí.

La cena, a partir de ese momento, cambió de energía, al entender que no podían hablar del caso.

—Me parece bien, cambiemos de tema —afirmó Álex con un cierto retintín—. ¿Cómo va la búsqueda de trabajo, Alberto?

Alberto, que presidía la mesa, terminó de comerse el último trozo de pan con tomate y se limpió la boca con la servilleta, en medio del silencio de los comensales que esperaban su respuesta. Después dio un trago al vaso de vino.

—Sigo buscando —dijo y cogió de nuevo la botella de vino para rellenarse el vaso—. No está muy bien el patio. —Y se calló para enmascarar un eructo.

—Bueno, digamos que está más volcado en ayudarme con mi nuevo libro que en buscar trabajo —dijo Ana en tono conciliador—. La verdad es que agradezco mucho su ayuda, si no, tendría un problema; no sabría cómo hacerlo.

—¿Por qué lo defiendes siempre? —preguntó Álex—. Es que siempre has hecho lo mismo Ana, siempre lo has defendido.

Ana estiró una pierna por debajo de la mesa y le dio una patada a su hermano sin importarle si le veían los demás. Luego le lanzó la mirada más endiablada de su vida.

—Es verdad, tu hermana tiene razón. Si yo no estuviera, ella no podría conducir o llevar la maleta. Alguien tiene que hacerlo —dijo Alberto, ya mostrando los primeros síntomas de exceso de alcohol.

Ana y Álex se quedaron mirándose, como lanzando relámpagos el uno al otro.

—¿Un nuevo libro? —preguntó Javier astutamente para romper el muro que se había generado en ese momento—. Estoy ansioso de leerlo.

Al cabo de unos segundos, la mirada magnética que unía a ambos hermanos se desconectó y Ana se giró hacia su invitado.

—¿Has leído mis libros?

—Todos, me encantan. De hecho, me los sé de memoria.

—Vaya, tenemos un admirador a domicilio, qué bien. ¡Hay que brindar! —gritó Alberto.

Álex cerró los ojos, avergonzándose de la situación y maldiciendo la idea de haber ido a casa de su hermana esa la noche. Deberían haber ido a la mañana siguiente. Pero ya estaban ahí, y rezó para que la situación no empeorara aún más.

Ella consiguió contener la emoción en su voz y en sus gestos, pero su cuerpo no reaccionó de la misma forma y sus mejillas se sonrojaron tremendamente.

Entre el alboroto y el caos de llegar y entrar en casa con todas las cajas de archivos, Álex se olvidó de lo más importante.

—Maldita sea, la prueba, nos hemos olvidado de la prueba.

Javier se echó las manos a la cabeza.

Ana y Alberto se quedaron mirándose, sin entender nada.

Álex se levantó y miró los bultos.

—Es la caja con el asterisco —dijo Javier levantándose y luego se giró hacia Ana—. Con permiso…

Luego el inspector se acercó y ayudó a buscar entre las numerosas cajas de papeles.

—Aquí está —dijo Javier.

Álex abrió la tapa y sacó una bolsa térmica

—Al lado de la chimenea. ¿Cómo me he podido olvidarme?

—No pasa nada, lleva la bolsa —contestó Javier.

Luego Álex se acercó a su hermana.

—Necesitaría meter esto en la nevera.

—¿Qué demonios es eso?

Álex carraspeó la voz y se giró hasta mirar al inspector.

—Es una prueba —dijo casi a regañadientes.

—Una prueba… ¿de qué? —preguntó Alberto.

Álex suspiró.

—Casi mejor que no lo sepas, ¿podemos dejarla en la nevera?

—Quiero saber qué demonios hay ahí dentro.

Álex chasqueó la lengua.

—Una prueba de un delito: lubricante vaginal espermicida.

Ana comenzó a toser.

—Ni se te ocurra meter eso en mi nevera, ¿os habéis vuelto locos o qué? —exclamó Alberto.

—Fascinante, una prueba auténtica —dijo Ana con los ojos haciendo chiribitas.

—Sí, por eso es sumamente importante mantenerlo a temperatura controlada.

—¿Estáis locos o qué? Eso no va a entrar en nuestra nevera —gritó Alberto—. ¿Verdad, Ana?

Ana se lo pensó por un momento.

—Claro que sí, cariño. O mira, ¿sabes qué? Lo dejaremos fuera de la ventana, total ahí fuera hace tanto frío que estará bien.

Ana, después de haberse levantado, cogió la bolsa con la prueba y, ya de espaldas a su marido, le guiñó el ojo a Álex. Se fue a la cocina y regresó una vez colocada la bolsa en la repisa.

—En fin, la cena está oficialmente concluida, ¿podemos hablar de los que nos incumbe? —dijo Ana mirando a los invitados, y al concluir se dirigió a su marido, con la misma ilusión de una niña la noche de Navidad.

—Bueno —dijo Alberto apoyando los puños sobre la mesa—. Ya es hora de que me vaya a dormir. Deja todo así, me encargo yo mañana de limpiarlo.

—Tranquilo Alberto, nos encargamos nosotros —contestó Álex.

Alberto dio un beso en la boca a su esposa.

—Qué aburrimiento, siempre hablando de muerte, sangre, asesinos. Me voy a dormir. Que os lo paséis bien entre vuestros muertos. Buenas noches —concluyó ya bajo los plenos efectos del vino y se fue por las escaleras.

Álex fue a coger los platos cuando su hermana lo detuvo.

—Es un momento. Recogemos nosotros —dijo Álex.

—Claro —replicó Javier.

Ana insistió.

—No, que se ocupe él mañana, que haga algo. Y antes que nada, hagamos una cosa… —dijo

Ana entrando en la cocina.

Abrió la ventana y cogió de nuevo la prueba. Luego la puso en la nevera.

—Pero Ana, no quiero que tengas un problema, mañana lo verá.

—Tranquilo, mañana ni se acordará —dijo y empujó a los invitados fuera de la cocina—. Y ahora lo importante, por favor, explicádmelo todo. Me muero de ganas por saber qué tenéis en esas cajas.

28

Karla e Iván subieron al piso de arriba para ver a Alan.

La planta de la científica estaba casi desierta a esa hora de la noche. Quedaban solo cuatro agentes de guardia, pero por la fisura de la puerta de telefonía forense aún salía luz.

Dieron dos golpes a la puerta con los nudillos.

No hubo respuesta.

Iván hizo un gesto de perplejidad.

Karla insistió y abrió la puerta.

—Desde luego, los del grupo de investigación no sabéis respetar las puertas cerradas —se quejó Alan.

—¿Cómo sabes que somos de investigativa?

—Porque los otros compañeros, si ven mi puerta cerrada, ya saben lo que no deben hacer.

Karla entró y le hizo un gesto a Iván.

—Sabes que te queremos mucho.

—¿A qué debo esta incursión vespertina?

—Necesitamos una cosilla urgente.

—Eso ya lo suponía —dijo Alan, que en ningún momento había apartado los ojos del monitor del ordenador—. ¿Qué queréis?

Mientras el forense formulaba la pregunta, los dos policías ya se habían sentado a la mesa.

—Seremos muy rápidos. ¿Te acuerdas el caso de Néstor, cuando soltó por la calle esa estructura metálica con un hombre colgado por los talones?

Alan desconectó por un segundo de la pantalla y los miró por encima de las gafas.

—Escabroso recuerdo —dijo y regresó a sus asuntos.

Las manos continuaron tecleando.

—Pues necesito que volvamos a sacar las grabaciones. Por favor, lo necesitamos urgentemente y no me iré de aquí hasta que lo hagas…. —dijo Karla con un tono entre persuasivo y amenazador.

Alan paró de teclear y levantó la mirada. Luego se quitó las gafas.

—El problema de todo esto es que eres capaz de hacerlo, así que… —dijo y miró el reloj—. Cuanto antes miremos eso, antes podré volver a seguir sin interrupciones.

Karla apretó los labios intentando reprimir una sonrisa.

—Venga. —dijo a la mujer.

Karla cogió la silla e Iván se quedó detrás de ella, de pie.

—Volvamos a las grabaciones de esos días. ¿Las tienes? —preguntó ella.

Alan la miró de reojo.

—¿Lo dudas?

—Venga, sé que las tienes —dijo mientras le daba una palmada en la espalda.

—Regresa a cuando las cámaras de vigilancia grabaron el momento en que Néstor bajaba la estructura metálica de la furgoneta.

Alan obedeció. Los fotogramas se sucedieron en la pantalla, recreando la macabra situación que Karla había visto en su mente numerosas veces. Pero algo no iba bien; sintió que faltaba algo, que se estaban dejando alguna cosa.

La imagen terminó cuando la furgoneta se fue.

—Ves, esta es la furgoneta —señaló Karla a Iván—. La misma en la que el sujeto metió a la mujer del juez.

—Bien, ¿y ahora? —preguntó Alan con la imagen ya detenida.

Karla se calló. El silencio se alargó hasta que él se giró hacia ella. Estaban a pocos centímetros de distancia. Era imposible no apreciar la belleza de Karla y quedarse indiferente. Del mismo modo, su perfume no pasaba desapercibido.

De repente, Karla entendió lo que no estaba viendo. Aquello que intuía, pero no había tenido la posibilidad de ver.

—Alan, ¿tenemos alguna grabación desde otro ángulo? —preguntó ella.

Alan no entendió.

—Sí, escucha —aclaró ella—. Busca en la carpeta oficial que recibimos del complejo de edificios de la C-31. Mira si tienes otras perspectivas.

La petición de Karla no entusiasmó al informático, pero obedeció. Rebuscó hasta encontrar una subcarpeta, a la que no había dado importancia.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Es la visual del otro edificio, una desde la entrada del edificio gemelo, situado a decenas de metros de allí.

—Excelente, ábrela y miremos.

Alan abrió la grabación y buscó el momento que les interesaba. Apareció la furgoneta. Entró en escena dando marcha atrás. Estaba algo lejos, más distante respecto al vídeo anterior.

—¿No puedes hacer zoom?

Alan amplió la imagen y se vio mejor. La furgoneta se veía de frente, desde un ángulo extraño. El reflejo de la luz del mediodía no permitía ver quién estaba al volante.

En cuanto se detuvo, el conductor accionó el limpiaparabrisas. Luego bajó y desapareció en la parte posterior.

—Ok. Ahora páralo. Amplía al máximo.

El fotograma se amplió todo lo que daba de sí el ordenador. Se veía una imagen borrosa, de una furgoneta parada.

—¿Qué estamos buscando, Karla? —preguntó Alan, molesto.

Karla se fijó mejor, afinó la vista y, como por arte de magia, apareció lo que buscaba. Recordó lo que le había enseñado su madre: *“Mira más allá que los demás.”*

La imagen del acompañante de la furgoneta se reflejaba en el cristal del edificio.

Una imagen diabólica y traicionera al mismo tiempo.

—No me lo puedo creer —exclamó Alan.

—Amplíala más y recórtala —dijo Karla—. ¿Puedes imprimirla?

A los pocos minutos, de la impresora salió el milagro. La foto del posible cómplice y discípulo de Néstor, el probable secuestrador de la mujer del juez. La tenían en la mano. Estaba muy pixelada, pero algo tenían. Un rostro, una expresión, una imagen.

En ella aparecía un hombre con una nariz grande y aplastada, de pómulos marcados. Parecía de piel clara y pelo corto. Nada más, pero era suficiente. Tenían un hilo del que tirar y no estaba nada mal.

Karla se sintió orgullosa del hallazgo, más aún cuando se lo dijeron los otros dos policías.

—Te debo una —dijo Karla, dándole a Alan un beso cariñoso en el pelo.

—Te equivocas una vez más… —dijo Alan ya volviendo a teclear en su ordenador—. Me debes *otra*.

Los dos policías de la investigativa bajaron a su planta con el mejor trofeo del día. Era tarde y necesitaban descansar. Al rato, Karla llegó a casa y se comió un yogurt entre los maullidos de su gato, antes de meterse en la cama.

Agradeció los hallazgos del día, y mientras se apoyó en la cama para leer un par de páginas de su libro. Marcos no había contestado a su mensaje, pero le importó más que no le hubiera contestado Álex. El libro que tenía en mano era el último que le había regalado él; aún no lo había acabado.

Revisó su dedicatoria, que le robó una sonrisa. Luego se durmió con la luz encendida, el libro en el pecho y el gato acurrucado a sus pies.

De repente le llegó un mensaje al teléfono. Iluminó la pantalla, pero no sonó porque estaba ya en modo vibración. Informaba de un nuevo cadáver del vampiro, pero de eso se enteraría al día siguiente.

29

Ana se sentó en el sofá con una infusión que se había preparado. Se puso al borde del asiento, deseosa de escuchar lo que habían venido a contarle.

Álex, en el otro sillón, le había dejado el sofá frente a la crepitante chimenea a Javier Bustamante. Este había cogido las carpetas más importantes y las había apoyado en la mesa frente a ellos.

Javier se pasó la mano por el pelo.

—La verdad es que hay tanto que no sé por dónde empezar —dijo abrumado, y miró el reloj.

—Bueno… señor Bustamante, empiece por donde quiera, tenemos tiempo —contestó Ana con tono tranquilizador—. Por el primer caso, si quiere.

—Por favor, llámame Javier. Tengo mucha admiración por ti, ¿te parece bien si nos tuteamos?

Álex enarcó una ceja.

—Bien. Empezaré por lo más importante, contándote por qué estoy aquí. Tenemos una testigo del asesino de Cuenca —dijo Javier.

Le explicó a Ana la visita que había hecho con Álex, cómo era la víctima, dónde había ocurrido el crimen y cómo fue todo con pelos y señales, entrando en los detalles más macabros y crueles del caso.

Ana dejó la taza y comenzó a tomar apuntes con dificultad con su única mano sana.

—Interesantísimo —dijo, embaucada por la explicación del inspector.

Javier entró en los detalles más macabros pero necesarios, contando lo que ocurrió cuando la mujer se encontró atrapada en el parque y cómo abusó de ella sexualmente mientras chupaba su sangre y cómo, por último, quiso degollarla cuando llegó su amiga y la salvó.

—Esto es todo, creo —dijo Javier mirando a la criminóloga, y luego se giró hacia el sargento —. ¿Me dejo algo?

Álex negó con la cabeza.

Ana se quedó un buen rato mirando a Javier en silencio. Solo se escuchaba el chisporrotear del fuego.

—¿Entonces crees que podría tener relación con el vampiro de Barcelona? —preguntó Ana.

—Llevamos un día discutiendo que podría ser la misma persona —confirmó Álex.

—Creemos que el tema de la sangre es fundamental, determinante.

—¿Y si simplemente el individuo de Barcelona saca la sangre y la vende o hace otra cosa con ella? —dijo Ana—. Imagínate que lo de violar y lo de extraer la sangre sean dos cosas completamente diferentes, coincidencias… ¿Podrían ser dos personas diferentes, no?

Álex y el inspector se miraron.

—Sí, puede ser, pero hace unos años en Cuenca no lo cogí por los pelos, Ana. Y siempre he creído que algún día volvería a salir de la cueva en la que se había metido. Quiero decir… —dijo y se giró hacia la mujer—. En tus libros dices que los asesinos en serie vuelven, es una cuestión de tiempo. Cuando leí tus libros, entre otros, me reconfortaba saber que el asesino de mi hermana podría volver a darme una oportunidad para cogerle. Sí, reconozco que es retorcido y enfermizo, pero, antes o después saldría a la luz de nuevo, y podría atraparlo de una vez. ¿Me explico?

Ella asintió.

—Sí, te entiendo y sé que vuelven, antes o después su instinto reflota. No pueden reprimirlo para siempre.

—Exacto, Ana. Es lo que he leído en tus libros, pero también en muchísimo más. Hay expertos internacionales como los del FBI que dicen lo mismo; antes o después, una chispa vuelve a prender la mecha. La historia está llena de casos así, por desgracia. Un sentimiento o un recuerdo sexual, una ocasión, una oportunidad… lo menos pensado revive en su cabeza ese placer de matar, como la gota que colma el dique. Y sabes mejor que yo, que cuando se rompe el dique se produce una inundación.

—Ya, y a veces mayor que antes —dijo ella—. Vale, está claro. Pongamos que sea la misma persona. ¿Sí?

Los dos hombres afirmaron.

—La pregunta es; ¿por qué les chupa la sangre? —preguntó ella.

—Hay muchas teorías…y tú las sabes mejor que nadie —contestó Javier.

—Sí. Hay que empezar, yo creo, no con la sangre, sino con por qué lo combina con el sexo.

—¿Te refieres a chupar la sangre mientras está copulando?

—Claro, es un caso muy extremo, pero podría ser un caso de… —dijo Ana y miró al techo un segundo y luego concluyó—. Terofonofilia.

—¿Cómo? —preguntó Álex algo asqueado—. ¿Eso existe?

—Sí, existe —dijo Ana—. Yo nunca he visto un caso real, hay muy pocos psicópatas que tienen este trastorno.

—Explícate mejor —dijo Javier.

—Sí. Mira, la Terofonofilia es un síndrome que se centra en el deseo de matar al mismo tiempo que se viola a una persona. Es algo muy poco habitual, os repito, en España hemos tenido muy pocos casos de este trastorno. Lo que pasa normalmente en la cabeza de un asesino es: primero violo, luego mato. En este caso no sucede así., viene al mismo tiempo. O al revés, la necrofilia.

—Primero mato, luego violo —concluyó Javier.

—Efectivamente, primero el asesino mata, y luego tiene lugar la violación, pero este es un caso muy raro, aunque no tanto como este —contestó Ana, luego cogió la infusión y dio un trago —. No me mires con esa cara, Álex, es la realidad del mundo que tienes allí fuera.

—Me parece tan retorcido e incomprensible —respondió Álex.

—La mente humana es mucho más complicada de lo que creemos —contestó Ana.

—Por favor, sigue explicando ese trastorno que podría padecer nuestro asesino —insistió Javier.

—Claro. Cuando alguien que sufre este trastorno siente la compulsión de matar mientras está violando, es incontrolable. Lo que le mueve es la sensación de dominio y de plenitud que le proporciona esa vinculación entre el sexo y la muerte. Esta sensación de plenitud es algo que nosotros no podemos entender, pero es una fuerza potentísima para este individuo. —Ana dio

otro sorbo a la infusión—. Para que nos entendamos, es como un drogadicto con una dosis de heroína.

—Fascinante… —dijo Javier con admiración, mirándola profundamente—. Pero, ¿cómo unirías lo de la sangre a esta enfermedad?

Ana se rascó la cabeza. Eso sobrepasaba sus conocimientos, era algo mucho más excepcional y diferente de lo que creía posible en un caso real. Necesitaba más datos, pero no había tiempo de leerse todas las carpetas que habían aterrizado en su comedor. A pesar de que le encantaba su trabajo y lo encontraba muy útil para la sociedad, el tiempo era un factor importante, porque en cualquier momento la bestia homicida podía volver a atacar por las calles de Barcelona.

—No es fácil. Es complicado juntar los dos aspectos… —dijo resoplando.

—Ok Ana, intentemos seguir como estabas haciendo, es decir, lo estas analizando por separado.

—Sí, buena idea, si solo fuera un tema de sangre, de que bebiera la sangre, ¿qué diagnóstico darías? —preguntó Javier.

—De acuerdo, si solo les chupara la sangre y no las violara, entonces podríamos pensar en una enfermedad como el vampirismo —dijo y señaló a los dos hombres—. Y no os riais, que esto es serio.

Álex levantó las manos.

—En absoluto, Ana, nunca me he reído —dijo para tranquilizarla—. Es muy interesante, hermana, sigue.

Ana miró el reloj. Marcaba las doce pasadas.

—Es tarde, ¿queréis ir a dormir y seguimos mañana?

Álex pensó en la posibilidad de hablar de eso con Alberto por la casa y lo complicado que resultaría.

—Si no te importa, Ana, creo que es mejor ahora.

Javier le hizo señal de seguir.

—El vampirismo es un síndrome por el cual los individuos ingieren de forma compulsiva sangre de otros seres humanos. Hay casos en los que roban bolsas de sangre en los hospitales, laboratorios, directamente en individuos de manera consensuada o mordiendo o desangrando violentamente a las víctimas. Espero que esto no os suene demasiado macabro.

—Sigue —insistió Javier—. Pero la clave creo que está en por qué hace esto.

—Efectivamente. La clave es por qué necesita la sangre. Yo creo que todo deriva de su infancia, no sabemos qué pudo haber desencadenado todo esto. Pero creo que la clave es saber lo que le pasó en la niñez.

—Imposible, no tenemos nada de eso aquí —dijo Javier indicando el montón de cajas.

—Lo suponía. ¿Por qué bebe sangre? —se preguntó Ana, lanzando su pregunta al aire—. Podríamos calificarlo de hematofagia. Pero también podría padecer hematodipsia o vampirismo clínico, es decir, como os he explicado antes; adicción a la sangre —dijo, en una especie de diálogo interno exteriorizado—. También podría padecer un síndrome de Renfield, y en ese caso la sangre se convertiría en una necesidad primaria, sin esta sustancia no podría sobrevivir. O incluso podría padecer una enfermedad extremadamente rara, la haimaphilia.

—Espera, esto lo he oído antes, ¿qué es? —dijo Javier mientras interrumpía el estado catatónico en el que había entrado Ana exponiendo las posibles enfermedades.

—La haimaphilia es una enfermedad que afecta a una minoría reducidísima de la población. Viene del antiguo griego. Su significado literal quiere decir, *amor por la sangre*. En medicina se

consideraba el origen de los vampiros. Les salen ampollas si les da el sol, tienen la piel muy blanca… la enfermedad da un aspecto muy característico a los que la padecen.

—¿Qué aspecto? —dijo Álex.

—Mira, igual que un sujeto con anomalías cromosómicas tiene un aspecto muy característico, lo mismo ocurre a quienes padecen esta enfermedad.

—¿Y cómo son? —preguntó Javier arrugando el ceño.

Álex cogió el móvil y buscó en el motor de búsqueda un caso de haimaphilia. Luego se lo enseñó a Javier. Este se quedó helado, como si hubiera visto un fantasma.

—No me lo puedo creer —exclamó Javier.

—¿Qué pasa? —preguntó Ana.

Javier se levantó y fue a rebuscar en sus cajas. Se alegró de haber sacado del sótano toda esa información para darle una segunda oportunidad. Fue a buscar una de las carpetas de la testigo que había conseguido escapar del asesino y sacó una carpeta roja. Luego la abrió y les enseñó el retrato robot del hombre que agredió a la muchacha.

Lo giró y se lo enseñó a Ana. Esta se quedó boquiabierta.

—Vaya, tenemos a nuestro hombre —exclamó la criminóloga.

—Lo hemos tenido delante todo este tiempo y no lo sabíamos —dijo desconcertado Javier—. Lo siento, pero no me puedo creer que sea él.

En la foto aparecía un retrato en blanco y negro con la cara de un hombre con gafas y las facciones que había descrito Ana, con síntomas que recordaban a la haimaphilia.

—Vaya, vaya.

En el rostro de Ana se esbozó una sonrisa fruto de un tremendo estado de plenitud y satisfacción.

—Ahora tenemos claro cómo es, tenemos que pasar un comunicado a todas las zonas concurridas de gente, hay que mandarlo a las televisiones, a las estaciones de servicio, comisarías, fronteras, aeropuertos… tenemos que gestionarlo en seguida —dijo Álex y envió un mensaje a Karla por si estaba aún despierta.

Pero una vez enviado se dio cuenta de que era la una de la madrugada pasada. Karla estaría durmiendo.

—Tengo una pregunta, Ana —continuó Javier.

Ella le miró riendo.

—Es muy raro que se junten en el mismo individuo dos trastornos tan poco comunes, la terofonofilia y la haimaphilia. ¿No? —preguntó Javier.

—Es muy raro, extremadamente.

Javier asintió, sin acabar de entenderlo.

—De acuerdo, pero ¿cómo de raro?

Ella subió las cejas y bufó. Esperó un rato antes de contestar.

—Yo creo que la combinación de las dos enfermedades es, no sé, un caso entre cien millones.

—Uf, yo no soy ni matemático ni criminólogo, pero me paree una probabilidad muy remota. ¿No?

—Extremadamente remota, pero los indicios confluyen en esto —replicó ella.

—De todos modos, es lo mejor que tenemos y antes de que tengamos más víctimas tenemos que tirar por esta dirección.

—Bien —dijo Ana—. Pero ahora tenemos que ir a dormir. Ya es hora.

Luego Ana se levantó y fue a dejar su taza en la cocina. Cuando regresó al comedor, el inspector tenía su maleta en la mano.

—Javier, te he preparado la habitación de los huéspedes.

—¿Y Álex? —preguntó él, mirándola.

—Yo duermo en el sofá.

—No fue lo que me dijiste. Dijiste que tu hermana tenía muchas habitaciones.

—Ya, pero entonces no habrías venido y no estaríamos en este punto.

Javier hizo una mueca.

—Ven, te voy a enseñar tu habitación —dijo Ana y se lo llevó arriba.

Antes de subir los escalones de la escalera de madera, colocó su índice delante de la boca suavemente, para pedirles silencio. Luego le enseñó la habitación preparada. Espartana, con lo esencial, más parecida a una habitación de hostal rural que de una masía del Priorat. Después Ana bajó a darle las buenas noches a su hermano.

—Gracias —dijo Álex—. Estaría estancado si no hubiese aparecido este hombre.

Ana acarició la cabeza de Álex y lo miró con los mismos ojos que una madre miraría a un hijo.

—Sabes que puedes contar siempre conmigo —confirmó ella.

—Gracias. Voy a dormir de maravilla en el sofá —dijo Álex.

—Espera, hay algo más que quiero decirte.

Álex se volvió a incorporar.

—Dime…

—Néstor —dijo Ana y al acto su rostro cambió por completo.

—¿Qué ha pasado en tu última visita? —preguntó él, y ella suspiró profundamente—. Siéntate conmigo, Ana, ¿qué ha pasado?

—Me dijo algo inquietante, sobre la mujer del juez.

—¿Ha sido él?

—Su discípulo.

Álex dio un puñetazo al sofá, apretando los dientes. Sintió la misma rabia que había sentido el día en que había encontrado la furgoneta delante de la comisaría, llena de cadáveres. No conseguía entenderlo: aunque el hombre estaba entre rejas, aún seguía con sus juegos.

—Él dice que no tiene nada que ver, que el chico actúa por sí solo. Que lo salvó y le enseño todo lo que sabe.

—¿No te ha dicho quién es? —preguntó Álex, y ella negó—. No me lo creo. Seguro que está detrás de todo esto.

—Algo me dice que no —confirmó ella.

—Imposible, Néstor Luna es un hombre de cien caras y ocho brazos, como un pulpo. Así que seguro que está metido en esto, sin que lo parezca.

—Ya, Álex, pero está incomunicado. Y además tengo la confirmación que el alcaide lo maltrata. Antes eran sospechas, pero ahora lo sé, le ha pegado.

Álex se quedó callado, extrañado.

—¿Cómo? ¿Cómo que le han pegado?

—El alcaide lo cogió un día y le dio de puñetazos en zonas que se ven poco y que no dejan marcas. Ya sabes, el típico saco de naranjas.

—¿Un saco de naranjas?

—Sí, ya sabes, las naranjas no dejan marcas.

—¿Por qué? —dijo Álex arrugando el ceño—. Hombre, ahora que lo dices, la verdad es que en parte no me extraña, conociendo lo déspota que es. Pero llegar a pegar a un preso me parece demasiado, ¿no?

Ella negó.

—Me temo de no.

Álex se quedó callado.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Álex.

—Pues creo que hay poco que hacer…

—No, espera —la detuvo Álex—. Me refiero si seguirás yendo.

Ella encogió los hombros y miró el reloj.

—Es tarde, solo quería decirte que creo que Néstor sabe algo y nos quiere ayudar.

—¿Ayudar? ¿Néstor? ¿Estás loca? —espetó Álex.

—Sí, lo creo. Me dijo una frase. Dijo que era ahí donde podríamos encontrarla.

—¿A la mujer del juez?

—Sí.

—¿Dónde? —gritó él.

—Shh. Que despertarás a todos.

—Perdona. ¿Qué te dijo?

—Que buscara en Poblenou: *"Osculum mortis"*.

Álex se quedó callado al escuchar la frase.

—Maldito animal, otra vez con sus juegos y sus acertijos. Está otra vez retándonos y nos va a llevar a su terreno y a su maldita diversión; somos sus títeres. Si piensa que puede hacer con nosotros lo que quiere, se equivoca, y mucho.

—Duerme, Álex. Mañana veremos. Necesito descansar —dijo Ana. Luego le dio un beso en la frente y desapareció por el pasillo.

Álex se quedó mirando el fuego, que se estaba apagando. La cálida luz le iluminaba la cara y la estancia en penumbra. A pesar del frío exterior, el calor que emanaba era tal que no se tapó con la manta.

No conseguía dormirse, a pesar de sus esfuerzos. Lo atormentaba la ansiedad de haber ido y vuelto a Cuenca, de los casos abiertos y de saber que cuanto más tiempo pasara, más casos se abrirían.

Pensó en el vampiro, en la cara que había reconstruido el equipo de Bustamante y que aparecía en esa hoja. Esa persona podía estar caminado a sus anchas por las calles de la ciudad que él que tenía que proteger. Se sintió inútil, estando allí, cuando tendría que estar vigilando. Pero a pesar de eso, sabía que solo con ir corriendo de aquí para allá no la iba a proteger mejor. Había encontrado una pista fiable fuera de la ciudad, fuera del caso. La venganza y la paciencia de un hermano y policía podían jugar a su favor y ayudarle a resolver el caso que tenía entre manos.

Casi se durmió, pensando en su respiración, vaciando la mente de asesinos y violadores. Era tremendo lo que giraba en torno a su cabeza. Se dio cuenta de que llevaba varios días sin pensar en Emily, su novia, y se dio cuenta de que eso quería decir algo: la falta de mensajes ya era un mensaje en sí mismo. Pero no era hora de pensar en eso. Sintió que el día siguiente sería trascendental para la investigación. Sintió, del mismo modo y con la misma fuerza, que solo no lo habría logrado. No sabía por qué; fue un instinto, una premonición, o solo un simple miedo

nocturno. Cerró los ojos por última vez, casi con el fuego apagado, sin saber si habían pasado pocos minutos o varias horas desde que su hermana se había ido a dormir.

Se durmió pensando en el mañana que estaba a punto de amanecer y en todo lo que tendría que hacer.

A las pocas horas abrió los ojos. La casa estaba vacía y silenciosa. Lo despertó una idea que, con el pasar de los minutos, cobró más y más fuerza. Solo necesitaba que los demás se despertasen. Luego miró el móvil. El mensaje que acababa de llegarle fue la confirmación.

30

Karla se despertó sobresaltada. El gato había vuelto a la cama de un paseo nocturno por la casa y la despertó al saltar sobre ella. Se encontró con el libro encima, abierto y el cuello torcido y dolorido. Lo giró para disipar el dolor. Se fue al lavabo y después de pasar por la cocina a beber un trago de agua, regresó a la cama.

Cerró el libro y lo dejó en la mesilla de noche. Entonces miró la hora en el móvil: eran las cinco de la mañana y había dormido casi seis horas con el cuello doblado. Su vista cayó en un mensaje de un compañero del cuerpo. El aviso del mensaje no mostraba el texto.

—A la porra. Voy a dormir —susurró mientras apagaba la pantalla.

Se dio la vuelta y se tapó, mientras el gato pelirrojo se volvía a acurrucar al lado de sus piernas.

Sintió el placer de las sábanas y del sosiego de las últimas horas de sueño. Despertarse unas horas antes y saber que le quedaba un ratito más para dormir era un placer increíble, comparable con el de despertarse con la lluvia salpicando los cristales.

Pero el gusano de la curiosidad la estaba corroyendo. No le dejaba conciliar el sueño. Al final dejó de luchar contra su mente y aceptó que tenía que leerlo.

Se giró y desbloqueó el móvil. El mensaje era claro: habían encontrado un cadáver más en el parque de Bellvitge.

—¡Maldita sea! ¿Dónde estás, Álex? —dijo después de leerlo.

Se sentó, apoyada en la cabecera, y resopló.

Se planteó qué debía hacer, aunque ya lo sabía. Miró otra vez el reloj; era muy pronto, pero los asesinos no miran relojes y no saben de madrugar o de trasnochar. Y, sobre todo, la ley que ella representaba, no dependía de horarios, solo de acudir cuando había que defenderla.

Salió de la cama y se vistió. Respondió al mensaje del compañero y se fue hacia el parque. La ausencia de coches por las calles le permitió llegar rápidamente. Las luces de los coches de servicio identificaban la zona. Los árboles del parque se vestían de rojo y azul de forma intermitente. Las cintas de la policía delimitaban el perímetro y había pantallas que impedían ver la zona.

Pasó por debajo de las cintas. El frío era agudo en esa mañana de febrero, con el cielo despejado y lleno de estrellas.

—Cabo Ramírez —dijo al compañero que estaba de la guardia urbana mientras le enseñaba la placa—. ¿Quién es?

—Agente López. Es una chica de alterne.

—¿Cómo lo sabe?

—Sígame —dijo el agente y ella le siguió.

Karla observó la escena del crimen. La chica estaba desnuda. En la misma posición que las anteriores y sujetando una cruz. En el cuello había dos agujeros. El pelo estaba mojado como el resto del cuerpo, pero en la misma posición. Una tercera víctima del vampiro. Karla no tuvo dudas, menos aun cuando el agente le enseñó lo que había en el bolso: preservativos y lubricantes. Una réplica de las otras dos víctimas. Un calco.

Karla dio las gracias al agente y antes de irse le hizo una pregunta.

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

—Un señor que vive en un piso cercano —contestó el agente, señalando un bloque en el lado contrario de la C-31, que delimitaba con el parque—. Anoche salió a pasear al perro y la encontró.

Ella asintió y se quedó en la zona. La escena era tremenda. Daba igual cuántas veces la hubiera visto ya: era otra chica, otra mujer que había perdido la vida por culpa de un psicópata. Al esfumarse su vida, se esfumaron sus sueños, los anhelos, los objetivos, las esperanzas. Karla sintió rabia y apretó los dientes por la impotencia. Eso no podía seguir. En torno al cuerpo estaban sus compañeros de los Mossos, haciendo fotos de la escena del crimen, recogiendo pruebas y buscando indicios. Detrás de la cámara de fotografiar reconoció a un compañero de Mario, de su comisaría, y le hizo un gesto.

—¿Cómo va?

Él la reconoció. Karla era una chica atractiva, y ningún hombre se olvidaba de ella fácilmente.

—Aparte del frío, la humedad del parque y de la hora a la que hemos venido a hacer la inspección ocular, bien —contestó él, metido en la bata blanca de inspección.

—Oye, ¿cómo es que está mojado este cadáver? —preguntó ella.

—Pues fue un problema —confirmó él, bajando la cámara y dejándola colgada por la correa —. Cuando llegamos estaba bien, pero de repente saltaron los aspersores del parque y nos comenzamos a mojar, y claro, no pudimos tapar el cuerpo hasta varios minutos después, entretanto se mojó. Supongo que fue un descuido.

—Nada es un descuido para estos asesinos —dijo Karla—. ¿Y nadie ha visto al individuo dejar aquí este cuerpo? ¿No hay cámaras?

—Lo están gestionando los compañeros de la urbana. Lo de los testigos y las cámaras deberías preguntárselo a ellos.

Ella emitió un sonido gutural y se despidió. Comenzó a mirar por la zona: sí que había cámaras, solo era cuestión de pedir las cintas a la entidad que gestionaba el parque o a quién demonios las tuviera, pensó.

El frío se empezaba a sentir en mayor medida. La humedad le subía por las piernas, traspasando sus botas de policía. Ya le enviarían las fotos y el primer informe. Decidió irse. Poco después entró en el garaje de la comisaría. Eran las siete de la mañana recién pasadas. La pereza pudo con ella y prefirió ir a desayunar.

La mañana había empezado pronto y presagiaba un día largo.

No le dio tiempo de dar el primer mordisco a la ensaimada caliente, recién sacada del horno, porque el móvil sonó. Era el jefe, el subinspector Reixach. Seguro que estaba furioso.

Cerró la boca, aunque estaba ya salivando e imaginando el sabor de la pasta.

Miró a su alrededor; ninguno de sus compañeros había entrado en el Café Sirena. Giró el móvil y luego mordió la ensaimada, manchándose la punta de la nariz de azúcar glas. El jefe

podía esperar diez minutos; su desayuno no.

31

El olor a café se fue propagando por la vieja masía. La mañana había empezado fría. En febrero, los viñedos del Priorat se teñían de blanco en medio de los valles.

Ana bajó ya aseada. Entró por la puerta de la cocina siguiendo el olor del café. En ella, Álex estaba sentado en una silla, con una taza de café calentándole las manos y viendo las noticias.

—Buenos días, granuja —dijo mientras le daba un beso en la frente.

—Hacía mucho que no me llamabas así.

—Creo que desde que estábamos viviendo en casa de los papás —contestó ella—. Qué bueno levantarse y tener la cocina caliente y con café hecho —afirmó mientras se vertía una taza de la cafetera.

—¿Él no te lo prepara? —dijo Álex, moviendo la cabeza.

—Sí, claro, y hace muchas más cosas —contestó ella con un tono casi convincente.

—Siempre lo defiendes.

—Es el padre de mis hijos, ¿te has olvidado?

—Eso no es un documento oficial que lo exima de ayudar o hacer más o menos en casa —dijo él, indignado.

—¡Álex! Por favor —dijo Ana tajante.

Él dio un trago al café mientras ella se sentaba.

—Es complicado… —dijo tocándole el brazo a su hermano.

Él la miró y se ajustó los rizos rebeldes mañaneros.

—Buenos días —dijo Javier Bustamante entrando por la puerta de la cocina—. ¿Interrumpo algo?

—Por favor, Javier, pasa.

—Gracias. Qué maravilla despertarse y notar el aroma del café en el aire.

Álex chasqueó la lengua y lo miró.

—Otro yonqui del café. Siéntate —dijo y se levantó para darle una taza.

Tomaron unos minutos el café en silencio, escuchando las noticias en el informativo de la mañana. Luego Ana se dio cuenta de la hora y se levantó.

—¡Chicos, es tarde! —gritó desde la puerta.

Luego entró y preparó el desayuno de su hijo. A los pocos minutos, el niño entró y se puso a desayunar. Acto seguido entró Alberto en la cocina.

—Madre mía, hoy hay overbooking en esta cocina.

—Bueno, es lo que hay, tenemos invitados —dijo Ana con una sonrisa forzada.

Todos se quedaron callados, menos Álex que bromeaba con su sobrino. Luego se despidió, porque Alberto lo acompañaba al colegio.

—¿Nos vemos luego? —preguntó Alberto a su cuñado.

Álex miró el reloj.

—No lo sé.

—Bueno, pues cuídate —dijo y le dio un abrazo circunstancial.

Una vez se marcharon, Ana preparó unas tostadas para los dos invitados.

—Por cierto, ¿qué tal habéis dormido? —preguntó Ana.

—Muy bien, espero no haber molestado —respondió Javier.

—Yo he dormido bien, pero me he despertado algo mal —dijo Álex, capturando la atención de los otros dos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ana.

Entonces Álex sacó el móvil del bolsillo y lo colocó en la mesa.

—Aquí está la razón.

Los dos se acercaron para ver lo que ponía:

«Álex, vuelve pronto, tenemos otro ataque del vampiro. Esta vez en parque de Bellvitge».

—Maldito hijo de perra, ¿os dais cuenta? —gritó Álex.

—Cálmate, Álex, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo su hermana.

—Por todos los demonios, esta es ya la tercera víctima y vete a saber a cuántas más matará.

—Álex, escúchame —dijo Javier. Su voz era ronca, como la de un periodista de partidos radiofónicos—. He seguido tus hazañas contra Néstor Luna y a este tío lo vas a coger con los ojos vendados. No tengo dudas.

Álex se rio.

—No lo entendéis. Aparte de esto, tenemos que resolver lo de la mujer del juez —dijo poniéndose las manos en la cabeza.

—No te reconozco, Álex —dijo Ana.

Javier puso una de sus enormes manos en el hombro de ella.

—Ana, lo entiendo perfectamente. ¿Cuántas veces tuve yo la necesidad de tener a mi hermana conmigo? Y ese malnacido me la arrebató. Somos fuertes hasta que dejamos de serlo y necesitamos una ayuda, un bastón, una persona que nos mime o simplemente que nos entienda —dijo mirando a Álex—. También los héroes más grandes tienen que soportar sus própios fantasmas.

—Por eso os digo —dijo Álex mirando a los dos, juntando las manos—. Por esto os pido una cosa; que los dos vengáis a Barcelona, os necesito, el caso os necesita, la ciudad os necesita. Si queremos cerrar este caso necesito vuestra ayuda. —Luego miró a los ojos de su hermana—. Necesito tu sabiduría criminal… —Luego se giró hacia el inspector—. Y necesito tu experiencia para coger al vampiro y vengar a tu hermana de una vez por todas. No sabemos cuántas veces actuará, pero si nos queda una oportunidad, es esta, y tenemos que hacerlo los tres, juntos.

En cuanto calló, Ana y Javier se miraron.

—¿Qué me decís?

El silencio duró menos de lo que Álex se esperaba.

—Yo ya tengo la maleta preparada —dijo Javier.

En ese momento sonó un teléfono móvil. No se supo enseguida de dónde provenía el sonido;

era una melodía conocida, la *Marcha Imperial* de Star Wars.

Álex cerró los ojos, ya sabía quién era y por qué llamaba.

Se acercó a su móvil, que había dejado en la mesa.

Descolgó y le llegó un chorro de gritos a través del teléfono.

—Buenos días, subinspector Reixach.

—¿Dónde demonios estás? El juez está furioso y en la calle tenemos otro muerto de tu vampiro —gritaba como si no hubiese un mañana, como si quisiera que sus gritos llegasen allá donde Álex estuviera, sin la necesidad del móvil.

—Jefe, estoy fuera, he encontrado información del vampiro y voy de camino hacia la comisaría… —dijo mientras los otros dos lo miraban perplejos— ¿Y sabe lo mejor, jefe? Que traigo refuerzos.

32

A las pocas horas, Álex aparcaba el Altea bajo la comisaría de Travessera de les Corts. Era la primera vez que llevaba personas externas al cuerpo; eso era nuevo para él. Su hermana se sentía desorientada y miraba en cada rincón, como una presa sacada de su guarida.

Cogieron las cajas más importantes del caso y tomaron el ascensor.

Álex tenía un sentimiento agridulce. No sabía lo que llegaría a resultar de esa idea tan alocada: llevar allí a su hermana, criminóloga, y a un inspector de la Policía Nacional. Sentía una presión en los hombros, la misma que sentía siempre que se dejaba llevar por su intuición.

Respiró profundo y salieron del ascensor, el mismo que él nunca cogía. Al abrirse las puertas tuvo de frente el pasillo que pasaba por delante del despacho del jefe. Justo después estaba la sala de su grupo de investigación.

El policía comenzó a caminar más rápido. Al pasar, Álex se alegró de ver de reojo que el jefe estaba al teléfono. Cuando apareció ante el grupo de investigación, todos estos se callaron al ver a Álex acompañado.

—Buenos días, chicos, hoy tenemos invitados —dijo en voz alta indicando a las personas que le seguían—. Por favor, hacedles sentir como si fueran dos de los nuestros. Estos son Javier y Ana.

Los agentes saludaron, e Iván fue a coger las cajas que sujetaba Javier. Karla, al ver entrar a Ana, fue hacia ella.

—No me lo puedo creer —dijo Karla mientras se acercaba.

Se abrazaron por un tiempo largo, sin prisa, como viejas amigas que hacía una vida que no se veían.

—No esperaba verte —dijo Ana.

—Cómo que no, si estamos aquí atrincherados —contestó Karla—. ¿Cómo estás? Bueno… ¿cómo estáis? —exclamó la policía mirando su barriga.

—A punto, falta muy poquito.

—Ya lo veo, ¿y qué es?

—Otro chico —contestó Ana asintiendo con la cabeza.

Álex carraspeó.

—¿Podemos dejar todo esto para otro momento? Karla, tenemos que ir a la sala del briefing —dijo indicado con la cabeza.

Las mujeres se rieron y siguieron a Álex.

—Te echamos de menos en nuestras comidas de los domingos en Tarragona —dijo Ana con nostalgia.

Karla se encogió de hombros mientras cogía la mochila de Ana.

Álex dejó las cajas que sujetaba y su mochila.

—Javier, estás en tu casa, acomódate, que ahora empezamos. Voy a buscar unos cafés.

Mientras salía de la sala, Álex se apartó un momento para hablar con Karla.

—¿Has ido a la escena del crimen de la última víctima del vampiro?

—Claro, esta mañana a primera hora —respondió Karla.

Álex se quedó pensando.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó él.

—Luego te explico —dijo Karla y miró el reloj—. En breve vendrá Mario y nos entregará el informe provisional de la científica.

Álex asintió.

—Espero que esto dure poco —contestó Álex, señalando hacia el despacho del subinspector con la cabeza—. ¿Café?

Karla asintió.

Acto seguido, el sargento se fue a la máquina y sacó un vaso para cada uno. Al volver se encontró al jefe.

—¡Maldita sea, Cortés! ¿En qué agujero te habías metido? —gritó el subinspector Reixach, mientras se acercaba a él con pisadas pesadas y fatigadas.

—Buenos días, jefe, yo también me alegro de verte —respondió Álex y se detuvo.

El jefe llegó hasta donde estaba y le apuntó con su índice.

—¿Se puede saber dónde has estado? ¿Te das cuenta de que eres el maldito responsable de este chiringuito de investigación o qué? —acabó la pregunta mirándole con la barbilla alta y poniéndose de puntillas para parecer más alto—. ¿Te puedes hacer una idea de lo que es aguantar aquí las llamadas del Mayor Aragonés y, sobre todo, las del juez Del Pozo?

Álex lo miraba impasible. Se daba cuenta que no podía cambiar a su jefe, solo hacerlo entrar en razón. En ese momento, la presión que sentía por haber llevado a esos invitados se esfumó. Ante los gritos de su jefe, lo que más le preocupaba eran los cafés que le estaban quemando las manos.

—Jefe, déjame explicártelo, por favor —contestó con tranquilidad.

—Nada de explicar, maldita sea. Quiero saber —gritó y al ver que Álex dejaba de escucharle y se esfumaba de su sermón se enfureció aún más—. ¿Dónde demonios vas? ¡Te estoy hablando, Cortés! Vuelve aquí.

Álex se detuvo.

—Acompáñame, por favor —dijo sin girarse.

Álex abrió paso, detrás iba el jefe, farfullando imprecaciones.

Al entrar en la sala de briefing se acercó rápidamente a una mesa y dejó los cuatro cafés humeantes.

—¿Qué es todo esto? —gritó el jefe—. ¿Una reunión clandestina de tres al cuarto? —Javier, Ana y Karla se callaron al entrar el jefe—. Cortés, ¿se puede saber qué hace esta gente en mi comisaría? —gritó nuevamente.

Javier se acercó al jefe, se cerró el primer botón de la americana y le ofreció la mano en saludo.

—¿Es usted el famoso subinspector Reixach? —dijo, y el jefe se calló, sorprendido por ese hombre que lo rebasaba un par de palmos en altura.

Javier lo miró, precavido. La expresión facial de Reixach era parecida a la de un perro de raza bóxer, con la línea de la boca siempre enfadada.

—Me llamo Javier Bustamante, soy inspector de la Policía Nacional en Cuenca, es un placer

conocerle —dijo—. Álex me ha hablado maravillas de usted.

El jefe soltó un gruñido y le estrechó rápidamente la mano.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el jefe.

Luego Álex se acercó a su superior.

—Por favor, jefe, confía en mí —dijo en tono negociador.

—No entiendo nada.

—Normal, porque no te he explicado nada aún —dijo Álex indicándole una silla en primera fila.

El jefe, con la misma expresión de perro enfadado, se sentó en la silla.

—Por favor, sentaos todos —dijo Álex con la espalda contra la pared y frotándose las manos —. Primero, quiero dar las gracias al inspector Bustamante por acceder a venir desde lejos, desde Cuenca con más exactitud. Él es la persona que nos ha arrojado luz sobre el caso del vampiro. Ahora os lo explicaré. También, quiero dar gracias a mi hermana Ana por venir.

El jefe se giró con el ceño fruncido hacia ella.

—¿Tu hermana? ¿La famosa criminóloga? —preguntó Reixach.

En las primeras filas estaba Javier, y junto a él Ana, Karla, y por último Iván al lado del subinspector.

—Sí, pero jefe, si no te importa, dejemos los saludos para después.

Se rascó la frente, sin saber por dónde empezar.

—Bien. Para poneros en contexto, cuando apareció el primer cadáver del vampiro, Karla, Iván y yo buscamos en el historial de las diferentes policías autonómicas por si había algún caso anterior en otro lugar de España. La idea era encontrar casos con dos elementos en común —dijo levantando las manos con dos dedos alzados—. El primer elemento común era la sangre, degollamiento, amputaciones, o cualquier cosa parecida. Y, aún que no estábamos muy seguros de esto, el segundo era el sexo, violaciones, etc. Así que mandamos un comunicado a todas las comisarías. Y recibí una llamada del inspector Bustamante. —Y apuntó hacia él—. Hace unos años tuvieron un caso muy famoso, pero un día cayó en el olvido. La carpeta del caso se perdió por las capas de polvo que deja el tiempo. Pero no para el inspector, porque el vínculo con una de las víctimas era tan fuerte que tuvo la paciencia del depredador. Eso fue debido a que es un buen profesional, pero también porque una de las víctimas era su hermana. —Álex miró al inspector mientras se frotaba las manos—. Bien, seguimos —dijo mirando al jefe que, cosa extraña, escuchaba interesado—. Cuando fui a Cuenca…

—¿Has estado en Cuenca? ¿Cuándo? —gritó el jefe acaparando la atención de todos.

—Ahora te lo explico, un momento, no seas impaciente, por favor —reclamó Álex intentando controlar los prontos del jefe—. El asesino de Cuenca dejó de actuar tras su última víctima. Luego se lo tragó un bosque y así hasta ahora —dijo y caminó hasta la ventana de la sala que daba a la calle posterior—. ¿Pero qué pasó hace unos días? Creemos que el mismo sujeto volvió a actuar. Esta vez más metódico, más organizado. Con Ana hemos analizado un perfil criminal del asesino, el de nuestro “vampiro”, y lo más importante es que los dos sujetos coinciden y tenemos un retrato robot que hizo en su momento una testigo que consiguió escapar.

—O sea, que podemos difundir este retrato por las otras comisarías de España. ¿No? —preguntó Iván.

—Sí, Iván, pero hay algo más —dijo Álex y sacó de una caja una carpeta, y luego el retrato —. Creemos que este es nuestro hombre.

En la reconstrucción aparecía un hombre con el rostro alargado, los dientes pronunciados

hacia fuera y ojos salidos. Todos se acercaron para verlo.

—Este individuo tiene una fisionomía muy peculiar, no creo que sea muy difícil de encontrar —dijo Karla—. Más que peculiar, es muy rara con esos dientes hacia fuera. Parece más una caricatura.

—Es una enfermedad, Karla —confirmó Ana—, se llama haimaphilia. Sensibilidad a la luz, necesidad de beber sangre, deformación en la boca y dientes. Esa fisionomía tiene un porqué.

—Entonces, buscamos a un hombre con una enfermedad —dijo Iván—. Eso acota bastante el cerco.

—Efectivamente, buscamos un hombre con una enfermedad que se llama haimaphilia. ¿Qué más? —dijo levantando la mano con un dedo alzado.

—Si es una enfermedad no tiene que ser difícil encontrar un especialista o un médico que lo trate —apuntó Iván.

—Sí, es una buena línea de investigación. Sin embargo, ¿cuánto tiempo nos llevaría buscar a un médico especializado que nos dé un listado de pacientes, si quiere.

—Podemos pedir al juez que nos autorice una orden —afirmó el jefe.

—Sí, pero perderíamos tiempo importante —contestó Ana.

—Sin contar que esta noche ha habido un cadáver más. Eso quiere decir que si nos espabilamos podemos cogerle antes de que mate de nuevo —afirmó Álex.

—Pero hay un factor más importante aún. Sabemos que esta enfermedad necesita una ingesta periódica de sangre. Si en Barcelona no habéis tenido anteriormente más casos, eso solo quiere decir una cosa… —dijo Ana.

—Que se ha procurado sangre de otra forma —dijo Javier—. Una forma más fácil.

—Exacto. Más fácil, más sencilla, no tan problemática como matar —añadió Ana.

—¿Dónde? —preguntó Álex.

—Lo estuve pensando anoche y en el camino hacia aquí. Yo creo que el lugar más seguro y en el que puede pasar desapercibido, es en un hospital —afirmó Ana.

—Claro —dijo Álex—. Puede que estemos buscando a alguien que trabaja en un hospital.

33

Las personas de la sala se habían convertido en espectadores y participantes de un juego investigativo. Poco a poco iban encajando todas las pistas que habían recopilado y que formaban un macabro puzle. Y, de la misma manera, un *identikit* del vampiro de Barcelona.

—Es decir, que el tío se alimenta de sangre y la roba de un departamento de transfusión o de almacenamiento —dijo Iván.

«El cerco se estrecha, maldito dijo perra», pensó Álex mirando el retrato robot.

—Bien —exclamó Álex—. ¿Qué más detalles?

—Tiene que haber venido a Barcelona hace poco tiempo. Quiero decir, relativamente poco —añadió Javier.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Álex.

Javier suspiró y contestó mirando a Ana.

—Quiero decir que, si estuvo hasta hace unos años en Cuenca y Barcelona fue su siguiente meta… eso hace que el cerco se estreche aún más.

Ana se giró a mirarlo también, mientras asentía, dando coherencia a lo que decía.

—Exacto. Hace poco que se mudó a Barcelona. Es decir, buscamos a un hombre con una enfermedad llamada haimaphilia, que trabaja como enfermero y que hace poco que vive en Barcelona —confirmó Álex levantando la mano con tres dedos en el aire.

El perfil del individuo se estaba cerrando. Álex comenzaba a sentir la satisfacción de acercarse a su objetivo. Esperaba con ansia el momento de salir de esa sala, pillar al criminal y meterlo entre rejas. Se sentía muy cerca de encontrarlo.

—Bien, si no hay nada más tenemos que ponernos en marcha y centrarnos en todos los hospitales de Barcelona para encontrar a este sujeto —concluyó mostrando el retrato robot.

Iván levantó la mano.

—Dime, Iván.

—Las prostitutas, ¿por qué ellas y no otras? —preguntó el agente.

—Para despistaros —confirmó el inspector Bustamante—. En las prostitutas, las señales de abuso sexual podrían quedar disimuladas. Además, son las mujeres más vulnerables y expuestas, y las víctimas más habituales de los asesinos con esta patología.

—Me pierdo, ¿qué patología? —preguntó Karla.

—Terofonofilia —aclaró Javier.

—Tero… ¿qué? —replicó ella.

—Terofonofilia, es una desviación del comportamiento muy rara, que hace que el sujeto desee matar a su víctima mientras la está violando.

—Eso lo entendimos ayer gracias a Ana. Llevamos años estudiando el caso, pero nunca nos topamos con esta opción.

En la sala se creó un silencio sepulcral. La explicación de Ana dejó a todos en silencio y con un gran malestar. El jefe, que había entrado en la reunión con la fuerza de un elefante en una cristalería, quedó mudo por el análisis y asqueado por el comportamiento del sujeto al que estaban tratando de dar caza.

—Bien. ¿Algo más? —volvió a preguntar Álex, con ganas de terminar ese asunto y pasar a la acción.

Iván volvió a levantar la mano, casi con la timidez de un escolar.

—Dime —dijo Álex.

—Hay algo más. La segunda víctima fue abandonada en la cuesta de Collserola, entre la maleza, en pleno bosque. Hay un detalle importante. Mi compañero y yo hemos intentado hacer ese trayecto con el coche y casi nos quedamos empantanados allí. Nuestro hombre tiene un todoterreno porque las huellas que encontramos frescas en los alrededores solo eran de ese tipo de vehículo. Así que sabemos que tiene ese tipo de coche.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Hay más. Con la científica hemos hecho un calco de las marcas y ha salido un neumático estrecho, muy fino para ser un neumático habitual. Por otra parte, hemos investigado la zona donde recogió a la víctima. Casandra trabajaba en el kilómetro diez de la C-245. Allí, no hay cámaras. Solo las hay muy alejadas. Eso sí, hay varias salidas a las casas de una urbanización contigua a la carretera. Es decir, se pierde fácilmente el rastro. Pero… —dijo Iván y sacó una hoja de la carpeta—. A una de sus compañeras, que estaba cerca el día de su desaparición, le pedimos que nos hiciera un dibujo del coche de su último cliente. Y… bingo. Un todoterreno. Creemos que podría ser un Land Rover Defender.

—¡Wow! —exclamó Álex y aplaudió—. Muy buen trabajo.

—¿Puedo ver el dibujo, Iván? —preguntó el inspector Bustamante.

—Claro —dijo pasándoselo.

Javier lo miró con atención, bajo el silencio y la presión de todas las miradas de la sala. Parecía estar inmerso en un diálogo interno que los asistentes no podían escuchar, aunque Álex se lo imaginó.

—¿Puedo? —pidió palabra Javier.

Este asintió.

—Discrepo —afirmó Javier seguro de sí mismo, mientras devolvía el papel a Iván—. No es un Defender.

Todos lo miraron con curiosidad.

—Creo que es un Suzuki Samurái.

—¿Qué es lo que te hace estar tan seguro? —preguntó Álex.

—Lo reconozco porque en Cuenca es el coche que suelen usar los cazadores. Perfecto para nuestros bosques y para adentrarse en los recovecos de la maleza. Perfecto para escapar entre los árboles y las piedras. En nuestra ciudad hay muchísimos, es el más difundido. Seguramente, nuestro asesino tenía uno y nunca se ha deshecho de él.

Álex dio una palmada.

—Perfecto, un dato más. Nuestro hombre tiene un Suzuki.

—Podemos cruzar datos de Tráfico y de Hacienda. Un sanitario de Barcelona que tenga ese coche, creo que podremos identificarlo —dijo Karla.

—Bien, pon dos de tus agentes a trabajar en ello. Los demás, llamad a todos los hospitales y que identifiquen empleados con esta patología y que estén en Barcelona desde hace poco tiempo.

—Creo que va a ser una búsqueda muy larga. Hay muchos hospitales en Barcelona —dijo Ana.

—Pues todos al teléfono a hablar con todos los hospitales, y con todos los departamentos. Si es necesario, iremos persona por persona hasta que lo encontremos —dijo Álex con tono severo —. Tenemos que encontrarle. Tenemos un plan y sabemos a quién buscamos. No se nos puede escapar, chicos. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—Bien, vamos —ordenó Álex.

Justo cuando se levantaron, la puerta de la sala de briefing se abrió de un portazo, sobresaltándolos a todos. Miraron al que había entrado de una forma tan violenta y repentina. La figura del juez Bartolomeo Del Pozo apareció, enfurecido, como un toro salido del establo y a punto de embestir a todo lo que tenía delante.

—¿Se puede saber por qué no contestas a mis llamadas desde hace dos días? —gritó el juez al subinspector.

Reixach tragó saliva y su expresión de Bóxer enfadado pasó a ser la de un perro apaleado. Si el jefe hubiese tenido un rabo, en ese momento lo habría tenido entre las piernas.

Álex, que no se hubiera imaginado nunca presenciar una escena así, tuvo que admitir que la estaba disfrutando.

34

Bartolomeo Del Pozo.

Un hombre que infundía temor y suscitaba respeto, ya solo con el nombre. De familia franquista, había crecido entre nostálgicos del viejo régimen. De carácter rudo y de maneras taurinas, que nadie conseguía domar. O así decían las voces de pasillo.

Álex nunca le había tenido demasiada simpatía, pero a pesar de eso, comprendía que no fuera un momento fácil para Su Señoría. Ser un capullo no lo eximía de la desesperación de saber que su esposa había sido secuestrada.

Aun así, a pesar de su desesperación, no tenía derecho a perder el respeto a las personas que le estaban ayudando a resolver el caso. Al menos eso opinaba Álex. Cuando el juez entró en la estancia, Álex pensó que no habría sabido responder si le hubiera preguntado cómo seguir con la investigación.

Criticar a los demás era muy fácil, pensó, pero lidiar con su esposa en manos de un asesino, no tanto. Miró a su hermana, que había pasado por lo mismo, y sintió pavor. El juez debía estar sintiendo lo mismo que él había sentido meses antes. Miró después a Javier, que había pasado por el dolor desgarrador de perder a una hermana.

Aunque no justificaba el enfado de Su Señoría, podía empatizar con su frustración. Además, se sentía responsable de haber redactado el informe sobre la madre de Néstor, que a su vez movió al juez a enviar a la mujer a la cárcel. Todo estaba tremendamente enredado, diabólicamente entrelazado. Iba a ser difícil de solucionar, y con consecuencias inesperadas.

—¡Me cago en todo! Reixach, ¿tengo que enviar a la policía militar para que conteste su dichoso teléfono? —gritó el juez.

—Lo siento, Su Señoría, estábamos justamente hablando de eso —dijo Reixach como un esclavo en el antiguo Egipto hablándole al faraón.

Ana miró al hombre: lo conocía, era el mismo que había trasladado a la madre de Néstor y que había firmado la autorización de sus visitas al detenido por medio de las gestiones de Patrik Cletman, su editor.

—¿Estabais hablando de qué? —gritó el juez, con todos ya quietos y expectantes por ver qué haría a continuación—. Creo que me está tomando el pelo, Reixach…

—Con permiso, Su Señoría, el subinspector Reixach tiene razón —dijo Karla.

En ese momento se creó un silencio sepulcral, producido por el miedo y la sorpresa.

—¿Cómo dice? —preguntó el juez, mirándola directamente a los ojos.

Todos los ocupantes de la sala de briefing se giraron hacia Karla. Ella sintió un escalofrío, como si estuviera en un escenario delante de miles de personas. Tragó saliva y respiró hondo.

—¿Quién es usted? —ladró el juez.

—Cabo Karla Ramírez —contestó ella, poniéndose firme—. Digo que… —Volvió a tragar saliva—. Tenemos una sospecha de alguien.

El juez retrocedió unos centímetros.

—¡Karla, qué estás diciendo, cállate! —dijo el jefe.

—Déjela hablar —espetó el juez a Reixach, y luego se volvió hacia la agente—. Continúe.

Karla tragó saliva otra vez. La cadencia de su respiración empezaba a fallar.

—Tenemos un sospechoso del secuestro de su mujer —soltó finalmente.

La sorpresa fue generalizada. Antes de que el juez entrara en la reunión, solo habían hablado del Vampiro de Barcelona, no del secuestrador de su mujer. Nadie se esperaba aquella afirmación de Karla.

—¿Un sospechoso? —contestó Bartolomeo, a punto de gritar—. ¡Explíquese!

—Sí, Su Señoría —respondió Karla con el mismo tono que se usaría en un tribunal—. Cuando Álex vino a su despacho, Iván y yo —dijo señalando a su compañero—, trabajamos sin descanso en el caso y hemos encontrado tres datos importantes. Primero: Iván ha encontrado un vídeo de una parada del bus, donde se ve el momento en que su mujer es secuestrada y la cargan en una furgoneta.

Al escuchar aquello, la cara de Bartolomeo cambió: esas palabras le tocaron la fibra, demostrando que detrás de la crudeza había un hombre preocupado por su esposa.

—¿Las puedo ver? —preguntó.

—Claro, luego se las enseño —contestó Karla ya dominando la situación—. Segundo: hemos encontrado una similitud alarmante entre la furgoneta que usó hace unos meses Néstor Luna y la que usó el secuestrador.

—Entonces Luna está detrás del secuestro, maldita rata de cloaca —gritó el juez.

—Un momento, Su Señoría, hay algo más —dijo Karla, llamando otra vez su atención—. Cuando su mujer fue secuestrada, como bien sabemos, Néstor estaba en cárcel, por lo tanto no fue el, pero sospechamos que fue su cómplice, ¿por qué? —dijo y sacó una hoja de una carpeta.

Al levantar la foto, en medio de la sorpresa generalizada, el juez se la arrebató de malas maneras.

—¿Quién es este individuo? —preguntó.

—Aquí está la cuestión, Su Señoría. Esta foto fue tomada a través de un reflejo en un cristal. Fue el momento en que Néstor arrojó la estructura con el señor Gustavo Pérez García colgado de los talones en la autovía C-31, hace unos meses. Estas grabaciones indican que había un cómplice que, deliberadamente, no bajó en ningún momento de la furgoneta. Yo creo que lo hicieron porque Néstor sabía que volveríamos a mirar las cámaras y detectaríamos a este tipo. Así que supongo que le dio la orden de permanecer en la furgoneta. Este hombre, suponemos —dijo mirando a Iván— es el mismo que arrojó… —dijo y se detuvo, tosió y rectificó—. Metió a su mujer en la furgoneta.

—¿Cómo lo sabe, cabo Ramírez? —preguntó el juez.

En ese momento Reixach miraba a los dos e intentaba aparentar que ya sabía todo eso, aunque con su lenguaje no verbal trataba de hacerse cada vez más pequeño e invisible.

—Lo sabemos por esto —contesto Karla y sacó una segunda foto—. Este es Néstor y aquí vemos a la misma persona, descargando un congelador de otra furgoneta. El mismo congelador

donde encontramos el cadáver de la exnovia del sargento Cortés.

El juez cogió la foto, dio un vistazo y le lanzó una mirada a Álex.

Luego comparó las dos fotografías para apreciar el parecido.

Álex susurró algo en el oído de Iván y salió de la estancia; tenía un trabajo urgente.

El silencio se apoderó de la estancia. Bartolomeo, en la comisaría como en la sala de audiencia, dictaba su ley.

—Ramírez —dijo el juez con tono grave—. Tiene usted razón, se parecen. Yo también diría que son la misma persona, y esto nos acerca a mi mujer. Pero, ¿cómo encontramos a este hombre? —preguntó devolviendo las fotografías—. ¿Dónde está mi mujer?

Karla las cogió.

—Verá, yo creo…

—Disculpad, hay un cuarto punto importante —dijo Ana interrumpiendo—. Si me permiten decirlo.

Bartolomeo se giró a la mujer, dándose cuenta por primera vez de su presencia.

—¿Se puede saber quién es usted? —dijo molesto por la interrupción.

Ana le miró por un segundo, sin decir nada.

—Ana Cortés, criminóloga.

El juez Bartolomeo levantó las cejas, y luego se giró hacia Álex indicando a Ana.

—Sí, es mi hermana.

—Claro, me acuerdo de usted. La única persona con la que Néstor quiere hablar. Claro que me acuerdo.

Ella sonrió.

—No me imaginaba a usted tan guapa —añadió el juez.

Ella se sonrojó, cabizbaja.

En el mismo momento Javier la miró, observando su reacción con curiosidad.

Ana se humedeció los labios, de un discreto color carmín, y volvió a mirarle.

—Gracias, hay algo que quería añadir —respondió y entonces soltó la bomba—: Néstor sabe dónde se encuentra su mujer.

35

La tensión aumentó en la sala de briefing. El juez dio un paso hacia Ana Cortés, y en su mirada se reflejó la esperanza, mezclada con la rabia. La afirmación de la mujer había dejado a todos los componentes de la reunión atónitos.

—¿Cómo lo sabe?—dijo Bartolomeo lentamente—. ¿Cómo está convencida que es cierto?

Ella se volvió a pasar la lengua por los labios.

—Me dio una pista de dónde encontrarla. He estado varios días con él, analizándolo, y creo que es verdad. Es un animal asocial más complejo de lo que usted puede pensar a simple vista. Hay que ir con cuidado con lo que se le dice. Hay que cogerlo con pinzas, pero… visto lo que ha dicho la cabo Ramírez, creo que podríamos considerar que la información que me dio es importante —dijo Ana, con el mismo tono con el que habría defendido su informe forense en un estrado.

—¿Y qué le ha dicho?

—Pues verá, nos dio dos pistas. Dijo que tenemos que buscarla en Poblenou y "*Osculum mortis"*.

—¿Qué quiere decir "*Osculum mortis"*? ¿Qué es eso?

Ella levantó los brazos.

—Es una expresión en latín.

—Ya sé que es latín, ¿por quién me toma? —contestó el juez.

—Significa "el beso de la muerte", traducido —respondió ella.

—Su Señoría, ese maldito hijo de perra nos envía otro acertijo—dijo Álex—. Vuelve a jugar con nosotros. ¿No lo ve?

El juez se giró hacia él.

—Usted es la persona que más ha trabajado con este hombre y ha resuelto los criptogramas y acertijos que este demente iba dejando. ¿Se le ocurre de qué va esto? —dijo, sonando desbordado por la situación—. Cortés, no tengo hijos, no pudimos tenerlos —dijo, mirando a los hermanos Cortés de manera diferente—. No tengo a nadie más en este planeta. Mi mujer lo es todo. ¿Entienden? No sabría qué hacer si ella —dijo y se miró las manos—. No sé qué hacer sin ella.

—Juez Del Pozo, se equivoca —dijo Álex y su afirmación resonó en la sala de briefing como una detonación—. Yo no lo descifré solo: sin mi hermana, sin Karla y el resto de la comisaría no habríamos logrado meter a ese malnacido entre rejas. Así que no puede atribuírmelo solo a mí y si no fuera por Alan, aún no habríamos resuelto esos criptogramas.

—¿Quién es Alan? —dijo el juez girándose hacia el subinspector—. ¿Por qué nunca se me ha mencionado a este individuo? ¡Vete a buscarlo! —ordenó a Reixach.

Este salió de la sala, cabizbajo.

—Ana, Álex, ¿puede ser que se esté refiriendo al lugar donde ocultan a mi mujer?

Los dos hermanos se miraron. No sabían quién de los dos debía hablar, hasta que lo hizo ella.

—Es un acertijo, creo. Aparte de su significado literal en latín, ese mensaje oculta algo más.

—¿Cuándo se lo dijo?

—En mi última visita, a punto de salir de la reunión. Parecía que quisiera decirme algo más, pero la reunión se acabó.

—¿Cómo que se acabó? ¿Qué quiere decir?

Ella se encogió de hombros.

—Pues que el tiempo para la visita se agotó. El alcaide es muy estricto en eso, solo tenemos los minutos concedidos y punto.

—El alcaide hace lo que yo diga. Y yo digo que usted tiene que seguir hablando con este criminal.

—Con respeto, Su Señoría —dijo Álex levantando la mano.

—Diga, sargento.

—Los acertijos de Néstor suelen contener siempre tres partes: un lugar genérico, tiempo y especificación de la ubicación concreta de dónde buscar. Y aquí falla eso.

—Qué quiere decir que falla en eso…

—Pues que solo nos dice el lugar; el Poblenou, y dónde buscar; el beso de la muerte. Pero no nos dice cuándo.

—¿Qué quiere decir cuándo? ¡Pues ahora! ¿Cuándo si no, sargento? —gritó—. Mi mujer está secuestrada ahora, no dentro de un año. ¡Por Dios!

Álex se planteó si discutir con ese hombre valía la pena. Si lo contrariaba, acabaría enviándolo de vuelta a Tarragona, a colocar radares en la AP-7.

—Quiero decir que a lo mejor su mujer no está allí ahora, sino que la llevarán a ese lugar dentro de un tiempo.

—Es verdad, Su Señoría, el factor tiempo es importante, y siempre existía en los mensajes de Néstor —confirmo Karla

El juez se giró hacia Karla y la miró en silencio.

La puerta se abrió y apareció Alan. Por detrás, el subinspector lo empujó para que entrara primero en la sala de briefing.

—Ese es Alan —dijo Álex.

El informático entró y sintió todos los ojos apuntándole. Para alguien tan retraído como él, aquello era terapia de choque contra la timidez.

—Sí, soy yo. ¿Qué he hecho? —dijo en voz baja.

—Alan, tienes que descifrar este mensaje de Néstor —dijo Álex y señaló a Ana.

La criminóloga se lo explicó todo.

—¿Qué opinas? —le preguntó el juez.

Alan había retraído el cuello, encogido como una tortuga.

—Pues no sé, tengo que pensarlo —contestó tímidamente.

—¿Pero cuál es tu primera impresión?

—No sé, un lugar y algo más. Como un detalle de algo más específico. No sé, tengo que pensarlo, tengo que investigar —replicó—. Eso sí, falta un detalle. Lo que no te ha dicho es cuándo, y en los últimos mensajes Néstor era específico, nos decía cuándo encontrar a la víctima. Diría así, sin pensar, que está sesgado o no nos lo ha querido decir aún.

Bartolomeo se quedó mirándolo.

—Alan, puede que tengas razón, tienes que descubrir de qué lugar se trata. Y mientras, usted —dijo el juez señalando a Ana—. Tendrá que venir conmigo a Quatre Camins a visitar a una persona. Ya se imagina quién es.

Ana tragó saliva y miró a su hermano como pidiendo auxilio.

—Por cierto, Alan es un nombre importante, con historia —dijo Bartolomeo—. Como el matemático, Alan Mathison Turing.

El informático río.

—Gracias. Mi madre me lo puso en su honor —dijo sonrojado mirándole a los ojos—. Nadie se había dado cuenta hasta ahora, Su Señoría.

El juez sonrió por primera vez.

—Su Señoría, discrepo —los interrumpió Álex.

—¿En qué, sargento Cortés?

—No creo que sea bueno que usted vaya a la prisión.

—¿Y por qué? —preguntó el juez.

—Porque creo que sería contraproducente. Conozco algo a Néstor y se verá intimidado, y no se abrirá. Tiene que ir ella, sola o con Karla. Pero no puede ir usted.

—¿Usted me va a decir lo que tengo o lo que no tengo que hacer? —preguntó el juez, desafiante.

—Usted puede y, en definitiva, va a hacer lo que decida. Pero considere que, si quiere salvar a su mujer, tendrá que confiar en este equipo. Si tenemos alguna posibilidad de salvar a su mujer, no tenga duda que lucharemos con uñas y dientes, y si hace falta con nuestra propia vida. Pero nos tiene que dejar trabajar. Tiene que tener confianza en nosotros, o no podremos ayudarle.

Los dos hombres se miraron.

El silencio se apoderó de nuevo de la situación.

A Álex le habría encantado saber qué pensaba en ese instante el juez.

—De acuerdo. ¿Usted qué propone?

Álex suspiró.

—Tengo un plan, Su Señoría, pero habrá que seguirlo a rajatabla.

36

Todos salieron con un propósito y una misión de la sala de briefing. Álex Cortés, una vez más, activaba un plan para reinstaurar el orden en Barcelona. No era fácil, nadie lo había dicho, pero había que probarlo. Su idea era arriesgada y rozaba lo temerario, pero tampoco tenían otra.

La mujer del juez llevaba demasiados días secuestrada, y las esperanzas se iban disipando con el paso del tiempo. Las otras fuerzas del orden no la habían encontrado, a pesar del despliegue de hombres, medios y recursos. Nadie sabía dónde buscar. Solo el equipo de investigativa había conseguido dar dos pasos hacia el frente. Iván había conseguido un vídeo donde aparecía la mujer en el momento del secuestro, y Karla tenía una imagen poco nítida del secuestrador, nada menos que el cómplice de Néstor. Y, por último, Ana, con sus entrevistas, había conseguido un mensaje encriptado, que confirmaba que Néstor estaba involucrado en el asunto.

Los equipos se dividieron.

Por un lado, Ana Cortés, Karla y el juez se fueron a la prisión de Quatre Camins. Tenían que averiguar más cosas sobre la mujer del juez y tirarle de la lengua lo más posible para identificar mejor el lugar y el momento correcto.

Por otro lado, en la oficina, Iván seguiría investigando y Alan intentaría descifrar el lugar exacto.

Por último, en un coche patrulla, Álex Cortés y el inspector Javier Bustamante fueron en busca del vampiro de Barcelona.

Justo antes de salir de la sala de briefing habían identificado a una persona que trabajaba en el hospital Vall d'Ebron.

En cuanto salieron de la reunión, Iván fue a ver a Álex.

—Tenemos un enfermero que encaja con parte de la descripción —dijo Iván a Álex, deteniendo al cortejo—, menos en un factor.

Álex preguntó cuál era. El juez no entendía de qué estaban hablando, solo se quedó mirando la labor policial.

—No sufre de haimaphilia.

—Entonces no es nuestro hombre —contestó Álex—. Sigue buscando.

—Espera —dijo Javier—. Este tío es muy hábil, y si no se tiene constancia de esa enfermedad puede que sea porque no la tiene declarada, pero no quiere decir que no la padezca. ¿Me entiendes? —dijo a Álex y se giró hacia Iván—. ¿En qué coincide?

—Es enfermero en el hospital Vall d'Ebron, tiene un Suzuki y vive en Barcelona.

—Álex, tenemos que probar, llevamos demasiado tiempo esperando —dijo Javier a Álex.

—No creo que sea él, Javier.

—Tenemos que probarlo, Álex —reclamó mirando fijamente a Álex—. ¿Me has traído hasta aquí y ahora que tenemos una posibilidad vas a dejarla pasar? ¡No me fastidies!

Álex se quedó mirando al inspector de Cuenca. No estaba convencido, algo le decía que no era él y que perderían el tiempo. Pero por otro lado, no podía perder la confianza del inspector a la primera.

—¿En qué departamento trabaja? —preguntó Álex sin dejar de mirar a Javier.

—Iván, consulta en el historial del hospital.

—Transfusiones —confirmó.

—¡Maldita sea! Álex, transfusiones, está en contacto con la sangre.

Álex se pasó la mano por la cabeza, removiendo sus rizos rebeldes.

—Está bien, vamos.

Javier le dio una palmada en el hombro.

—Gracias.

—Esperemos que sea él —dijo pensativo—. Vámonos.

—¡Vamos! ¿Vamos? ¿Dónde? —preguntó el juez, desconcertado—. ¿Dónde piensas ir tú?

Álex lo miró y por su mente pasó una ráfaga de ideas, excusas o mentiras que decirle. Al final descartó todas y optó por la verdad.

—Juez Del Pozo, tiene usted que ceñirse al plan —dijo con tono seguro.

—¿El plan? El plan era otro hace dos minutos en esa sala —respondió el juez, disconforme.

Álex tragó saliva y sacó pecho.

—Tiene usted razón, pero la vida en una comisaría es también esto, aprovechar las oportunidades y cambiar los planes. A veces entre los resquicios del día a día, los criminales dejan fisuras y oportunidades que, si no aprovechamos, podrían no repetirse —dijo y se giró hacia Iván—. Puede que este agente haya encontrado una fisura que nos permita coger al Vampiro de Barcelona. Y este señor —dijo, señalando al inspector Bustamante—, ha venido

de Cuenca tras varios años estudiando el caso, por si al fin tenemos una oportunidad de coger al malnacido que mató a su hermana. La vida es ahora. Las oportunidades son ahora. Ahora, o puede que nunca —concluyó mirando fijamente al juez.

Todos en la oficina se habían callado. Los agentes habían dejado de hablar por teléfono; habían parado de teclear para escuchar al sargento, temerosos de que el juez pudiera responder con el mismo ímpetu con el que había entrado en la sala.

—Está bien, vaya, pero con la condición de que me mantenga informado —dijo apuntándole.

—Estaremos pegados a las radios y a los móviles si hace falta —respondió Álex.

Acto seguido, cada grupo se marchó a cumplir su misión.

Antes que el equipo se dividiera, Javier se despidió de Ana. Sin palabras, solo una mirada y una sonrisa. Sin decirse nada, se lo dijeron todo.

Álex y Javier entraron en el Seat Altea camuflado y salieron del edificio de los Mossos d’Esquadra, activando la sirena azul en el salpicadero. Aceleraron por Travessera de Gracia y subieron por Diagonal hasta Balmes. Álex prefería ver el mundo desde la ventanilla del copiloto. Sin embargo, cuando era el momento de acelerar, era el primero en hacerlo.

Subió por la calle hasta encontrar General Mitre y giró por la avenida. Corrió desenfrenado, amparado por la sirena, apartando a los coches y adelantando, llevando al límite los neumáticos.

—¿Cómo se llama? —gritó Álex mientras serpenteaba entre el tráfico.

—Alfonso Vallido —gritó Javier, enganchado a la maneta del techo.

—Esperemos que esté de guardia.

—Esperemos llegar.

Álex miró al inspector, cuyo rostro había cambiado de color; había empalidecido.

—¿Estás bien? —dijo.

—¿Siempre vas tan rápido? —respondió el otro, y acabó gritando—. ¡Cuidado!

Álex volvió a mirar al frente. Una moto había salido por detrás de una furgoneta y se les había cruzado. El sargento frenó, la sorteó y retomó la carrera hacia el hospital.

El coche subió por la avenida Vallcarca y cogió la paralela a la Ronda de Dalt.

—Que sepas que no creo que sea nuestro hombre.

—¿Siempre eres tan optimista, Álex?

—El tipo, siento que no es nuestro hombre, no padece de la enfermedad.

—¿Por qué dices esto?

—Maldita sea Javier, ¿tú pondrías como crupier a un ludópata?

—No te sigo.

—Si fueras director de un hospital, ¿ubicarías como responsable de transfusiones a uno que tiene una enfermedad que le hace necesitar sangre?

Javier lo pensó.

—Lo sé, pero es la mejor opción que tenemos.

—No me has contestado.

—De acuerdo, te entiendo. A lo mejor no se la han detectado.

—Hombre, eso es peor aún, si no le han detectado esa enfermedad unos tíos que trabajan en un hospital, entonces mejor que no vayamos a esa clínica —dijo sin quitar vista de la carretera—. ¿No crees?

—¿Y entonces por qué vamos?

—Porque tú crees que lo es y no quiero que pienses que has venido en vano hasta Barcelona.

El coche entró derrapando por la rotonda delante del hospital. Cuando el policía tuvo delante el hospital aflojó la velocidad y apagó la sirena. Reduciendo la velocidad miró los carteles y buscó la dirección a donde quería llegar.

—¿Dónde vas?

—Entraremos por la puerta del personal, sin que nadie nos vea.

El coche dio la vuelta al edificio, un hospital construido en varios pisos, y llegaron a la barrera del parquin. Apretó el timbre y sin tener que decir nada, automáticamente se abrió.

—Empezamos bien —dijo girándose hacia el inspector.

—Vamos —contestó.

Bajaron una rampa y cruzaron el parquin en dirección de la entrada, conduciendo lentamente, observando y sin levantar sospechas.

Cuando estaban llegando a la puerta, algo le llamó la atención a Javier.

—¡Quieto! —gritó Javier.

El coche se detuvo.

—Mira allí —exclamó indicando una zona del parquin—. Ven.

El inspector abrió la puerta y se fue hacia un lado del parquin. Álex apagó el motor y dejo allí mismo el coche. Lo siguió, sin entender qué pasaba. Cuando Álex llegó hasta donde estaba

Javier, se escondieron detrás de un coche.

—Es él —afirmó Javier.

—¿Es él? ¿Dónde? —preguntó Álex.

—El Suzuki —aclaró Javier.

Luego sacó el dibujo del vehículo que había realizado la prostituta de Castelldefels. Iván, astuto, había hecho dibujar el coche, y este coincidía con el dibujo a mano alzada. Parecía hecho por un niño, pero los elementos se asemejaban. Un coche alto, estrecho, con una ventana grande por detrás y una rueda de repuesto sujeta al portón trasero, con un dibujo de fábrica en la funda.

Luego sacó la foto del negativo de las huellas que se había realizado en el camino de Collserola, las suelas dejadas por un neumático estrecho y con muchos tacos de goma. Un neumático muy raro, especial para subir cuestas con barro o rocas.

Javier lo puso al lado del neumático que llevaba el Suzuki. Coincidían a la perfección, como un guante.

Javier miró a Álex alzando las cejas.

—Pues creo que al final tendrás razón tú.

—Vamos a buscarle.

Entraron por la zona de personal. Enseñaron la placa de la policía al recepcionista. Preguntaron dónde podían encontrar un tal Alfonso Vallido. Confirmaron que ese día estaba de turno, pero había sido asignado al almacén de sangre.

Una vez entendido cómo llegar al departamento, se fueron hacia allí. Cogieron el ascensor. Pasaron varias puertas y pasadizos.

Cuando entraron en el último pasillo, un hombre salía por la puerta al otro lado.

—¡Alfonso Vallido! —gritó Álex.

El hombre se detuvo, sin mirar hacia atrás.

Hubo un momento de incertidumbre, de silencio. El hombre vestido de enfermero se había detenido, congelado, como si alguien hubiese apretado el botón de pausa en un mando a distancia.

Al otro lado de la puerta estaba oscuro, y no se veía qué había.

—¡Quieto, policía! —gritó Álex de nuevo.

El hombre, en respuesta, comenzó a correr en medio de la oscuridad, hacia el sótano.

37

La lujosa berlina del juez entró en la fortaleza. La prisión de Quatre Camins abrió sus tres portones, uno después de otro, hasta que aparcó en el área para los funcionarios, dentro del círculo de seguridad.

Una vez aparcado, el guardaespaldas bajó del coche y le abrió la puerta al juez Del Pozo. Luego bajaron Karla, de la puerta del copiloto, y Ana Cortés, que iba sentada detrás.

Desde acceso del personal corrió a recibirlos una joven. Ana la reconoció en seguida, de sus anteriores visitas.

—Su Señoría, no lo esperábamos —dijo la chica, llegando hasta el coche con tacones de doce centímetros.

—Buenas tardes, señorita Matilde. ¿Dónde está Joan Cusín? —dijo el juez con impaciencia.

El cortejo fue acercándose hacia la entrada, dejando atrás el aparcamiento entre muros y vigilancia de máxima seguridad.

—El Alcaide no sabía que iba a venir, hoy es su día de descanso —dijo ella, siguiendo al hombre medio paso por detrás.

El juez se detuvo y la miró.

—¿Descanso? ¿Qué me está contando? —le espetó—. Ahora mismo lo llamo y que venga echando leches, por Dios.

Sacó el móvil y compuso el número del director de la cárcel.

Detrás, a dos metros, Ana y Karla seguían al hombre.

—¿Quién es ella? —preguntó Karla bajando la voz para que no les oyeran.

—Es la secretaria del alcaide.

—Sí, Álex me ha hablado de este hombre, la verdad es que no han tenido muy buena relación entre ellos.

—Para nada Karla, para nada —contestó.

El juez miró el móvil.

—Maldita sea, ¿Cómo puede ser que el director de este chiringuito se tome un día de descanso y no conteste al maldito móvil?

Tras decir eso, siguió caminando lentamente hacia la puerta de entrada, a causa de su sobrepeso.

—Llevo todo el día intentando llamarle, pero no lo he conseguido —dijo la secretaria siguiendo al juez.

Los tres visitantes entraron en las instalaciones penitenciarias. Una vez dentro, el juez se detuvo y miró a la secretaria.

—Matilde, ponga al preso Néstor Luna en la celda especial, quiero verle.

—Sí, señor, ahora mismo hablo con los guardias —contestó y se fue hacia el puesto del jefe de las prisiones que estaba de turno.

El acceso del personal pasaba por la zona del detector de metales. El juez Del Pozo pasó por fuera del arco, imponiendo su autoridad; nadie quiso perder su puesto de trabajo solo por obligarle a seguir las normas.

Ana sacó todo lo que llevaba en la mochila y Karla entregó pistola y placa antes de entrar.

En cuanto Ana recogió sus cosas, se fue tras el juez.

En menos de diez minutos estaba todo preparado. La cárcel se detuvo para hacer la voluntad del juez. Todos corrieron a sus puestos, dejando lo que estaban haciendo.

Interrumpieron el paseo de Néstor en el patio y se lo llevaron corriendo, como si fuera un testigo de máximo riesgo con peligro de atentado.

La sala especial era una habitación de interrogatorios que solo se podía usar para conversaciones que no fueran con letrados o familiares. Era una copia de las que tenían las comisarías. Una pared era un espejo y al otro lado había una habitación oscura.

Al entrar, el juez cogió un vaso de agua y se lo bebió de un trago.

—Entraremos de inmediato, en cuanto llegue —dijo a Ana.

Ella negó con la cabeza.

—Ese no es el plan que hemos acordado con Álex.

—Yo hago y deshago los planes, ¿os tengo que recordar quién soy? —espetó el juez.

—Creo que nos equivocamos al hacerlo de esta manera —dijo Karla metiéndose en la conversación.

—Me da igual lo que piense, cabo, vamos a hacerlo como digo yo y punto.

—La va a cagar, Su Señoría —dijo Karla, y se puso firme—. Con respeto, pero es lo que pienso.

Ana sintió afecto por Karla. Dejó la mochila, cogió un vaso de agua y se sentó.

—La voy a degradar a agente si sigue con sus expresiones vulgares y ultrajantes. ¿Se da cuenta de lo que acaba de decirle a un juez?

—No —dijo Karla y entonces apuntó con un dedo al hombre—. Le estoy hablando a un ciudadano cuya mujer ha sido secuestrada y estamos intentando rescatarla. ¿No entiende que enviará la operación a freír espárragos en cuanto ponga un pie ahí dentro? —dijo señalando hacia la sala.

En ese momento entró Néstor.

—Juez Del Pozo, como entre ahí dentro, lo más seguro es que perdamos la única posibilidad de encontrar a su mujer. Y perderemos también el trabajo que ha hecho el grupo de investigación de mi comisaría, y lo que había conseguido Ana, porque se está trabajando la relación con ese malnacido… si usted entra ahí, se esfumará todo, en un instante… ¡Usted decide!

El juez se quedó en silencio.

Néstor se sentó. Lo acompañaba Víctor, el guardia que el Alcaide le había asignado.

El juez miró al preso, que observaba a través del cristal. Sus miradas se unieron sin saberlo.

—Si confía en su equipo, en la policía, tiene que dejarnos hacer… y creo que hasta ahora hemos demostrado nuestras capacidades. ¿Verdad?

A los pocos minutos, Ana salía del cuarto oscuro, sola. El juez había aceptado. En la puerta de la sala del interrogatorio estaba Víctor.

—¿De nuevo aquí, doctora Cortés? —preguntó Víctor educadamente.

—Sí, una visita no programada.

—Claro.

—Te estaba mirando y veía algo diferente en ti… —comentó Ana—, ahora lo veo, tus gafas no son las habituales.

El hombre se tocó las monturas; parecían más minimalistas, más antiguas.

—Sí, a veces me gusta cambiar, tengo varias —contestó riendo—. ¿Tenemos invitados? —preguntó indicando con la cabeza hacia el cuarto oscuro.

—Más o menos… —contestó e inclinó la cabeza, pidiendo paso.

—Oh, claro —dijo Víctor. Se apartó y le abrió la puerta—. Deje que la ayude, ya cierro yo.

Ana entró. Néstor estaba de espaldas. Dio la vuelta por detrás de él. En cuanto entró en su campo de visión, se sintió profundamente observada. Se sentó y dejó su mochila. Sacó una grabadora, como si fuera una entrevista de rutina. Apretó el botón de grabar y empezó a girar la casete.

—Tenía ganas de verte, ¿sabes? —dijo Ana al preso.

38

Álex y Javier echaron a correr tras el sospechoso. El pasillo acababa en una puerta, por la cual se había escapado. Álex sacó la pistola de la chaqueta de piel. Cuando él llegó al final del pasillo, Javier aún iba por la mitad. El corpulento inspector demostraba no estar en forma.

Álex empujó la puerta y se abrió delante un espacio lleno de estructuras y máquinas cubiertas de celofán, iluminadas por la luz que salía a través de una puerta al final del almacén. La silueta del hombre desapareció cuando esta se cerró de nuevo. Solo les quedó la referencia de una luz verde que había encima.

Álex encendió la luz del móvil y continuó la persecución.

—¿Dónde se ha metido? —gritó Javier jadeando.

—Sígueme.

Álex zigzagueó entre la maquinaria abandonada en el sótano. Esquivaba bultos cubiertos y columnas del edificio, entre el hedor del polvo y la humedad.

Finalmente, Álex llegó a la puerta y la abrió de golpe con el hombro. La luz exterior los cegó. Puso la mano frente a los ojos, como si se tratase de una visera, y fue recuperando la vista. Vio un jardín de árboles y pequeños caminos por los que paseaban los enfermos. Algunos iban en silla de ruedas, o arrastraban un gotero.

Al final estaba el hombre en bata blanca, corriendo. En cuanto lo vio, se apresuró a seguirlo.

—¡Allí, sígueme! —le dijo Álex a Javier.

Echó a correr otra vez, persiguiendo al sospechoso. Estaba a pocas zancadas de pillar al tan temido vampiro de Barcelona. Habría hecho lo que fuera, pero primero tenía que alcanzarlo. Comenzó a correr entre los pacientes, con la pistola en la mano. Tras él se levantó la gravilla de los dulces senderos que atravesaban el parque. Luego el sospechoso cruzó una pista de básquet con niños jugando.

Álex la atravesó corriendo como si su vida le fuera en ello. El sospechoso llegó hasta el final del jardín y comenzó a trepar por un muro de casi dos metros de altura. Cuando estaba a mitad de escalar el muro, sus brazos no pudieron aguantarlo y se desprendió.

Retrocedió unos pasos y volvió a intentarlo, pero el policía ya se encontraba a menos de cien metros de distancia. El vampiro de Barcelona no podía escapar. Daba igual si era él o solo un sospechoso: no podían perder esa oportunidad. Álex disparó al aire. El hombre se quedó quieto, asustado por el disparo, y encogió el cuello. Álex siguió acercándose, corriendo.

El disparo había hecho que el sospechoso de detuviera y se soltara del muro.

Se quedó en el suelo, inmóvil.

—¡Quieto, policía, date la vuelta! —gritó Álex apuntándole.

El hombre se fue girando lentamente, mientras iba alzando las manos.

—¡Esto se ha acabado, hijo de perra! —gritó Álex.

Entretanto llegó Javier, con la pistola en la mano, intentando apuntar al hombre, pero apretándose el costado por el flato como si acabara de correr una maratón.

—¡Quieto! —dijo sumándose a su compañero.

Alfonso Vallido se fue girando con las manos en alto. La respiración se le había acelerado, su rostro estaba rojo por el esfuerzo. Presentaba una herida en la mejilla, que debió hacerse al caer del muro. Su espalda era curvada, con una ligera joroba.

Álex estaba en tensión, refugiado detrás de su Walter P99. Tenía bajo tiro al hombre que había escapado. Tenía por fin al Vampiro de Barcelona.

—¡A tierra, bocabajo! ¡Ya! —gritó Álex.

Javier Bustamante no lo perdía de vista: ni un detalle, ni un movimiento. Dio varios pasos hacia adelante; el corpulento inspector de Cuenca se acercaba cada vez más. Se quedó varios segundos en silencio, hasta que entendió lo que tenía delante.

—¡Maldita sea! —dijo bajando el arma—. ¿Quién narices eres tú?

Álex se quedó sorprendido.

—¿Y tú qué haces? —preguntó Álex, mirando de reojo a su compañero de investigación—. ¿Qué mosca te ha picado? —Cuando Álex dijo eso, Javier bajó la pistola—. ¿Pero se puede saber qué te pasa ahora?

—Maldita sea Álex, ¿es que no lo ves? —dijo Javier, señalando al hombre que tenían enfrente y que seguía jadeando—. Este no es nuestro puto hombre, joder —dijo con un tono desesperado.

Alfonso, el enfermero que habían perseguido, los miraba sin poder creer lo que estaba pasando.

—¿Quién narices eres tú? ¿Se puede saber? —gritó Javier mirando al enfermero.

El hombre no contestó. Se quedó con los brazos alzados y mirando a los dos policías.

—¿Me puedes contestar? —repitió Javier.

El enfermero miraba a los dos policías, perdido.

—¿Me puedes decir por qué corrías? —insistió Javier.

Pero antes de que el enfermero pudiera contestar, Álex los interrumpió.

—Javier, ¿puedes explicarme qué demonios pasa? ¿No es nuestro hombre, o qué? —dijo el sargento.

—¡Maldita sea! No, ¿es que no lo ves, es que no te acuerdas el retrato robot? Este tío no se le parece en nada. No es él, maldita sea, este cabronazo nos ha hecho hacer una carrera para nada. ¡Maldita sea! —gritó enfadado—. ¿Me quieres explicar por qué corrías?

El hombre farfullaba alguna cosa y no podía responder del todo.

—No entiendo —respondió finalmente con timidez—. Pensaba que venían por lo de la maría.

—¿María? ¿De qué maría me hablas, chaval? —preguntó Javier.

—¿Qué pasa, que cultivas marihuana a escondidas? —preguntó Álex.

El enfermero miró al suelo, torciendo la boca.

—Maldita sea, Alfonso, podrías haber hablado en vez de hacernos perder tiempo —dijo Álex bajando la pistola—. ¿Dónde narices cultivas maría?

El hombre se quedó callado.

Álex volvió a levantar la pistola que acababa de bajar.

A su alrededor, el bosque del hospital se encontraba vacío, debido a la persecución y al

disparo en el aire. Las personas que estaban paseando habían escapado.

—Por favor, no se lo digan a mis superiores, no puedo perder el trabajo…. —suplicó Alfonso.

—Mira, chaval, te voy a patear el culo y luego me voy a ir a hablar con el director del centro, eso está claro —contestó Javier.

Álex se giró con una mirada inquisidora.

—Espera un momento, Javier —dijo al inspector y se giró hacia el enfermero—. Escúchame, no vamos a decir nada a nadie si nos ayudas. Diremos que nos equivocamos de persona, una falsa alarma y listo. ¿Está bien?

El enfermero asintió.

—Quiero saber dónde cultivas la maría.

El hombre miró primero al suelo y luego hacia otro lado.

—Sabía que me traería problemas.

—¿A qué te refieres? —insistió Álex.

—Mi chica me dijo que hiciéramos un pequeño invernadero. Que no pasaría nada. Que era solo para nosotros, pero luego fue corriendo la voz de que era muy buena, y que si podíamos vender, y se nos fue de las manos.

—Alfonso, mírame… —dijo Álex y no siguió hasta que el enfermero le miró—. ¿Dónde?

El enfermero levantó un brazo, señalando en una dirección. Comenzaron a aparecerle gotas de sudor, a pesar las frías temperaturas de febrero.

—Un terreno que he heredado de mi abuela. Por la zona de Vallcarca.

Álex dejó de mirarlo un momento y se giró hacia el inspector de Cuenca. Todo fallaba, pensó Álex, menos una cosa: las pistas los habían llevado hasta allí. Javier no perdía un movimiento del enfermero. Su mirada era analítica, casi inquisidora.

—¿Qué hacía tu coche en el lugar de un asesinato? —preguntó Javier—. ¿Por qué estaba allí tu Suzuki?

El enfermero levantó las manos y dio un paso hacia atrás.

—Ey, ey, yo no sé nada. A mí no me metáis en esa mierda. ¿De acuerdo? Yo no he matado a nadie.

—Espera —dijo con otro tono el inspector—. ¿Nadie puede haberte cogido el Suzuki sin pedírtelo? ¿Te desapareció alguna noche?

—Que yo sepa no, pero vamos a ver… —dijo pensativo el enfermero—. Porque yo se lo dejo al nuevo de vez en cuando…

Al decir esas palabras los dos policías se miraron automáticamente.

Javier, enseguida, extrajo el retrato robot de la carpeta del asesino de Cuenca y se lo enseñó.

—¿Lo conoces?

—Claro, es el nuevo, es él. Por todos los rayos, es él, es que es tan feo, pobre —dijo y se puso a reír él solo—. Es un tío muy raro, colegas, muchísimo. Siempre va con gafas, el pavo. ¿Qué narices ha hecho este tío? —preguntó.

Los dos policías se volvieron a mirar.

—Alfonso, por favor, dime dónde trabaja este tío, ¿es enfermero como tú en la zona de transfusiones?

—¡Qué va! Este tío es un mindundi. Es de mantenimiento, solo trabaja en turnos de noche.

—¿Le dejaste el Suzuki? —preguntó Álex.

—Pues varias veces, en sus días de descanso me lo pide. Se pone muy pesado, ¿sabéis? Yo

no sé qué rollos le lleva, pero me devuelve el coche siempre lleno de barro, el muy guarrete.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Javier.

—Josué… algo más. Déjame pensar… —dijo y se calló para pensar—. No sé si era García López o López García. Ahora no me acuerdo.

—Escúchame, Alfonso, esto es muy importante, ¿sabes dónde vive? —dijo Álex.

—Claro que lo sé, vive cerca de mi casa —contestó el enfermero.

39

La primera frase de Ana llamó la atención de Néstor. No consiguió ocultar su expresión de sorpresa.

—¿Cómo has dicho? —respondió él.

—¿Estar aquí dentro te ha vuelto más sordo? He dicho que tenía ganas de verte —dijo Ana al preso.

—Sordo y muchas más cosas, mi querida Ana. Déjame decirte que de ti no me lo hubiera imaginado, ¿sabes? —concluyó con el mismo tono sorprendido que había empleado la mujer.

Hubo un silencio.

—¿Por qué no te lo hubieras imaginado? Te lo digo muy en serio.

—Porque alguien te ha pedido que me lo digas, ¿verdad? —dijo Néstor, y le hizo una señal con la cabeza hacia la pared de cristal.

—Creo que estás infravalorando mi capacidad de decisión.

El enarcó las cejas.

—Puede ser. Hoy estamos aquí —dijo él. Trató de gesticular hacia la sala, pero no pudo porque las esposas estaban unidas a la mesa—. ¿A qué se debe? ¿Tenemos visitas? —preguntó con un ligero movimiento hacia el cristal.

Ella se encogió de hombros, con un movimiento entre el coqueto y desenfadado.

—Puede ser…

—¿El alcaide? —preguntó él.

—Néstor, no he venido para dedicar tiempo a acertijos, sabes… —dijo ella, con un tono más serio.

—Claro, fuera de aquí el tiempo pasa, cuenta. Aquí dentro, en cambio, para nosotros nunca pasa, no tenemos nada más que las visitas de la gente del mundo exterior. ¿Qué tal el bebé? —dijo cambiando de tema, y en seguida rectificó—. Quiero decir, el niño.

Ella se quedó paralizada, demostrando un ápice de miedo, el primero de ese día. Había conseguido dominar la entrevista hasta ese momento, pero eso no se lo esperaba.

—¿Cómo sabes que es un niño?

Néstor se apoyó en el respaldo de la silla.

—Es por la posición del feto. Si la barriga está más arriba o más abajo se puede percibir si es una niña o un niño. Tú llevas un niño.

—¿Qué está haciendo? —dijo el juez en el cuarto oscuro, mirando el reloj—. Están perdiendo tiempo.

—No, Su Señoría. Es una técnica que Ana domina. Primero crea un vínculo y luego juegan a intercambiarse información valiosa.

Ana carraspeó.

—¿Cómo te encuentras? La última vez no te había tratado muy bien el alcaide.

Néstor volvió a afinar la vista e hizo una medio sonrisa apartándose del cristal, para que la persona que estuviera al otro lado no lo viera.

—¿No puedes decirlo, querida? Me pegó. Me apaleó como un perro. Por una teoría complotista de la mujer de no sé quién.

El juez, atento a todo movimiento, se cruzó de brazos.

—Néstor, no es la mujer de no sé quién, es la mujer del juez que ha pedido un traslado de tu madre de un geriátrico a un psiquiátrico penitenciario —exclamó Ana—. A eso, yo no lo llamo una coincidencia.

—¿Sabes qué te digo? —dijo él, bajando la voz.

Néstor se acercó a Ana y ella se quedó inmóvil.

—¿Qué? —respondió ella.

—¿Sigues teniendo relaciones sexuales con Alberto?

Ella apretó las mandíbulas, haciendo fuerza con la boca.

—No tanto, últimamente no es como antes.

—¿Qué es lo que no hace como antes?

—Tienes que saber que alguien me cortó la mano y desde entonces todo cambió en mi vida, pasando por mi marido.

—Hay cosas que uno no consigue aceptar, ni superar —afirmó Néstor.

—Ya. ¿Sabes algo de eso?

Néstor movió la boca e hizo una mueca condescendiente

—¿Sigues masturbándote?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Un par de veces al día, por lo menos.

—¿Quieres hacerlo aquí para que disfrute viéndolo? Solo tienes que meter tu mano en el pantalón y tocarte. Nada más.

—No te pases, Néstor, eso no lo voy a hacer —dijo Ana tajante, y luego añadió con tono totalmente normal—. Además, lo acabo de hacer en el lavabo, aquí fuera.

—¿Sí?

Ella asintió.

—¿Pero no hemos pasado por el lavabo? —dijo escandalizado el juez ante lo que escuchaba—. No me puedo creer que estemos perdiendo el tiempo así.

—Su Señoría, déjela hacer. Tenga paciencia.

—¿Cuándo fue la primera vez que te salieron pelos en el pubis?

—¿Dónde tienes a la mujer del juez?

Néstor se volvió a apoyar en el respaldo. El hechizo, para él, se había roto.

—No sé de qué me hablas.

—Néstor, lo sabemos, tanto tú como yo. Sabes quién es él y dónde está. Por favor, dímelo.

—Ahora entiendo para qué has venido. Eres muy lista, ¿sabes?

—¿Dónde Néstor, dónde?

Él se encogió de hombros.

—Este no es nuestro juego, una pregunta cada uno, y llevas… —dijo ella y miró el reloj — casi un cuarto de hora preguntándome.

Él miró hacia otro lado.

Entonces ella cogió la foto del momento en que habían metido a la mujer del juez en una furgoneta.

—¿Reconoces a este hombre?

Ana estaba empezando a ponerlo bajo presión, tal y como había programado Álex con su plan de contraataque.

—¿Lo reconoces, verdad? Es él, y la furgoneta también es la misma que usaste para arrojar al hombre colgado por los talones en la autovía.

Él la miraba, entre sorprendido y contento.

—Muy bien, mi querida Ana, has hecho los deberes.

—¿Dónde está?

Él negó, desafiándola.

—Como no me digas nada, será la última vez que venga.

—No prometas cosas que no puedes mantener… —espetó él—. ¿Qué haríamos sin nuestras visitas periódicas? ¿Qué harías sin tu libro? ¿Verdad?

—Pero reconoces a este tipo. Es él, contigo, el mismo de la foto antes. Es tu discípulo, ¿verdad?

Néstor se giró hacia el lado contrario del cristal.

Según el plan de Álex, Ana no debía desvelar bajo ningún concepto que tenían un fotograma del discípulo. Era una baza que se tenían que guardar.

—No eres un hombre de palabra, Néstor. Participo en tu juego y me preguntas cosas íntimas, pero luego no me contestas. ¿Qué tipo de hombre eres? Eres un mentiroso. Eres una persona a la que no se le puede confiar nada. Yo te he dado lo mejor de mí, mi sinceridad, mis detalles más íntimos y, sobre todo —dijo y levantó el brazo—, mi mano, y tú no quieres contestarme.

Dejó pasar un momento. Los dos callaron. Ella lo miraba, y él miraba la pared.

—¿Dónde está la mujer del juez…? ¿Dónde? —gritó ella.

No consiguió nada.

Néstor se giró y le sonrió.

—¿Sabes qué pienso? —preguntó ella mientras recogía sus cosas y las iba poniendo en su mochila. —Él se quedó mirándola—. Pienso que no sabes nada. No tienes ni idea de dónde está la mujer, a lo mejor tienes razón. Estoy aquí perdiendo el tiempo y era mejor que me fuera a descansar y que mi hijo naciera en tranquilidad, en lugar de estar con un tío que es un mierda y que no sabe nada. Nada. ¡Nada de nada!

—¡Claro que lo sé! —gritó Néstor, dando un puñetazo sobre la mesa tan fuerte como le permitieron las cadenas—. ¿Por quién me has tomado?

40

El Seat Altea salió del parquin del hospital. Dejaron atrás el Vall d'Ebrón a toda velocidad, en dirección a la casa del presunto Vampiro de Barcelona.

Álex miró el reloj y calculó que tardarían pocos minutos en llegar. Las casas adosadas de Vallvidrera estaban cerca; solo había que seguir el GPS y en menos de quince minutos estarían en la zona.

—Tenemos que pedir refuerzos, Álex —dijo Javier.

—Ni hablar —gritó Álex, con el motor subido de revoluciones—. Si pedimos refuerzos necesitamos un permiso y tardarán en llegar. ¡Ni hablar! ¡Vamos tú y yo!

—Estás un poco loco, ¿sabes? —contestó Javier.

Álex se giró hacia él.

—No me mires a mí. Mira la carretera, ¿es que eres sordo y necesitas leerme los labios? —gritó Javier, enganchado a la maneta.

—Vale, vale, te confieso que no siempre sigo las normas, pero eso no me convierte en un loco, ¿no?

—No estoy del todo seguro, Álex. Necesitaría más tiempo para averiguarlo, pero me da que estás más loco de lo que tú crees.

—¿Te arrepientes de haber venido? —preguntó Álex.

—Jamás. Llevo demasiado tiempo esperando este momento. El arrepentimiento es una pérdida de tiempo… igual que el regodeo.

—Caray, Javier, no te hacía tan filósofo.

—¡Qué va! Es una frase de una película, "*El secreto de Thomas Crown*".

Álex volvió a mirarlo de reojo, sin que el otro se enterase.

El coche salió de la Ronda de Dalt para meterse por la carretera hacia Vallvidrera. Las curvas a toda velocidad comenzaron a poner a prueba el estómago de Javier, que se calló de repente.

Al cabo de numerosas curvas tomadas casi a dos ruedas por el sargento, el inspector le preguntó:

—¿Falta mucho?

Álex notó que el rostro de Javier tenía una coloración entre el blanco nuclear y el verde.

Después, Álex llamó por teléfono a Iván. Solo necesitaba una comprobación y le ordenó al agente que la ejecutara: por eso no había ido con ellos; necesitaba su ayuda desde la oficina.

—¿Estás bien?

—Bueno, he estado mejor —gritó Javier a todo pulmón, para superar el ruido del motor y el del aire que entraba por la ventanilla.

—Ya casi estamos—dijo Álex—. ¿Cómo puede ser que no se nos ocurriera antes?

—¿A qué te refieres?

—Maldita sea, Javier, a la parte técnica.

—No te sigo.

—El tipo que buscamos no es enfermero, es un manitas o alguien que se encarga de mecánica, hidráulica, electrónica…

—Sigo sin entender.

—Los cuerpos aparecieron sin sangre, la habían bombeado o simplemente extraído con el propio pulso del latido cardíaco. ¡Maldita sea! Eso no es un detalle ligero, ¿cómo no se me ocurrió? El tío es un manitas.

—Por eso es de mantenimiento y no enfermero.

—Exacto —gritó mientras entraba en el pueblo y seguía las indicaciones.

En pocos minutos llegarían a la ubicación.

—Nuestro hombre ha evolucionado. Primero las degollaba y les mordía para chupar la sangre. Ahora, mientras las viola, les bombea la sangre y las ve morir, y de paso se queda con toda su sangre. ¡Todo cuadra!

El coche llegó frente al punto que marcaba el GPS. Eran unas casitas adosadas. El enfermero había sido claro: él vivía en la del centro y el sospechoso vivía en la parte exterior, en la del extremo derecho. Insistieron mucho para saber cuál era, no querían confundirse. El hombre les había dicho: *«es la casa de la derecha, con unos columpios en el jardincito»*.

Además, dijo que los columpios y los juguetes no eran suyos, sino del inquilino anterior, que no se los había llevado.

Los policías bajaron del coche. Tenían claro dónde tenían que entrar. Pero *entrar* era una palabra prohibida: el allanamiento de morada era una losa que ellos, como policías rebeldes, se pasaban por alto.

La casita era pequeña y de un tono amarillo descolorido. Tenía dos pisos y una puerta de garaje. Las persianas estaban bajadas. Las pocas plantas estaban secas y los juguetes infantiles en el jardín medio ocultos por las altas hierbas.

En el timbre había una plaquita con el mismo nombre que les había indicado el enfermero.

Álex cogió el teléfono y llamó a Iván.

—¡Necesito que me lo confirmes ya! —dijo Álex al teléfono.

—¿No has visto el móvil? Te he dejado un mensaje. Te confirmo que Josué López García estuvo viviendo en Cuenca muchos años y que tuvo un Suzuki. Ahora tiene un Nissan Micra. Y vive en la misma dirección que me has indicado —dijo Iván—. Álex, es nuestro hombre.

—Gracias, Iván —dijo y colgó.

—Es él —confirmó el sargento al inspector.

—Maldita sea, Álex. La casa es esta, pero, ¿qué hacemos ahora sin permiso?

—Los permisos son para principiantes —dijo. Acto seguido se fue hacia el portón y lo saltó.

Javier lo siguió, titubeando.

Al aterrizar en el jardín del sospechoso, Álex sacó la pistola y se acercó a la puerta. Todas las ventanas estaban cubiertas.

«Bueno, Álex, comienza la función», se susurró a sí mismo.

Llamó a la puerta.

—¡Policía! Josué López, sal con las manos arriba —gritó delante de la puerta mientras hacía sonar el timbre.

Al otro lado de la puerta de entrada escuchó un ruido: un portazo, un vaso caído. Entendió

que el hombre estaba en casa.

—Estás rodeado, no lo hagas más difícil. Sal, sabemos quién eres.

—Se nos puede escapar por detrás.

—Puede ser. El tío está dentro. Creo que ha cerrado una puerta —dijo mirando a Javier.

—¿Una puerta?

—Nadie escapa por el techo, escapa por detrás —dijo Álex.

—La puerta de atrás —afirmó Javier y bajó los cuatro escalones de la entrada. Los dos corrieron a dar la vuelta a la casa y vieron la puerta. Esta tenía una persiana metálica bajada.

—Mira, Javier —dijo Álex indicando unos puntos donde las dos verjas se juntaban—. ¿Quién puede soldar la puerta de salida?

—Maldita sea. Menudo psicópata.

—No para escapar él, sino para que nadie entre o salga —dijo Álex.

En ese momento se miraron a los ojos y Álex tuvo una idea: una visión, como una premonición escalofriante.

Retrocedieron hasta la parte delantera de la casa. El portón que habían saltado solo daba al acceso principal. Justo al lado, entre ese acceso y el del vecino, había una rampa que bajaba un piso, y que accedía al piso inferior, al garaje.

Álex puso en marcha el Altea y lo colocó delante de la verja que delimitaba el acceso a la casa.

Enganchó el coche al portón de la valla con una cuerda que tenía en el maletero.

—Espera, Álex. ¿Estás seguro?

Álex lo miró extrañado.

—¿Crees que es el momento de hacernos preguntas?

—¿Y si no es él? —preguntó el inspector, que le hablaba por fuera de la ventanilla.

—¿Y si es él? —respondió Álex y apretó el pedal del acelerador hasta el fondo.

Las revoluciones del motor subieron y soltó el embrague. El coche arrancó con fuerza. La cuerda se tensó y tiró de la verja. Esta no prestó oposición: saltó arrancándose de la estructura que la aguantaba y siguió al coche.

Los vecinos miraban por detrás de las cortinas, y los transeúntes se esfumaron ante aquella locura.

Álex arrastró lejos el portón y lo desligó rápidamente. Luego regresó con el coche y lo puso marcha atrás sobre la rampa.

—¿Estás listo? —gritó Álex a Javier, que estaba preparado para disparar en cuanto el coche derrumbara la puerta del garaje.

Se hicieron una señal y Álex embistió contra la puerta, derrumbándola como si fuera papel de fumar.

—¡Quietos, policía! —gritó Javier sin saber a quién se lo decía.

Álex saltó del coche y empuñó la pistola, encontrándose delante de un amplio garaje transformado en una cueva de torturas.

Josué estaba delante de ellos. Sorprendido, mirándolos. Su fisonomía era la misma del retrato robot de la testigo, la única que había sobrevivido a su ataque. Su cara era pálida, con los dientes protuberantes. No había equivocación posible. Era él. Era el vampiro, pero eso no había acabado. En la cueva del vampiro aún había una víctima.

41

—¡Claro que lo sé! —repitió Néstor en la sala de interrogatorios de Quatre Camins.

Ana quedó sin palabras, no tanto por lo que había dicho, que era algo que ya sabía, sino porque había conseguido hacer estallar a Néstor Luna para que confesara.

—¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar? ¿Qué me vas a hacer? —le espetó Néstor.

Se quedó mirando a Ana, que se había quedado en blanco.

En ese momento se oyó un grito desde el pasillo. Ana y Néstor se giraron a ver de dónde provenía. Se escuchó un forcejeo y, por último, la puerta se abrió. Por el acceso apareció el juez Del Pozo, con más ímpetu que cuando había entrado en la sala de briefing esa misma mañana. El miura se había desbocado por completo. Entró arrasando y echando humo.

Ana vio sus ojos salidos de las órbitas. Detrás iba Víctor, intentando calmarle, incluso agarrándole para que no entrara.

—¡Déjame! ¿Dónde estás? —gritó entrando.

En cuanto vio a Néstor lo cogió por el pescuezo y lo levantó de la silla hasta donde daban las cadenas.

—¿Dónde está mi mujer, malnacido? —dijo a un centímetro de su cara.

Néstor, a pesar de haber sido embestido por el juez, no cambio mucho su expresión.

—Su Señoría, suelte al preso, por favor —clamó Víctor a distancia.

—¡Vete al cuerno, agente del carajo! —gritó el juez, quitando una mano de Néstor para señalarle —. Cierra esa puerta o acabaré con tu corta y efímera carrera de agente penitenciario. ¿Tienes idea de con quién estás hablando?

Víctor, que había sacado un centímetro la porra, la volvió a meter dentro de la funda y cerró la puerta, quedándose dentro.

—¿Quiere decirme dónde está mi mujer? —gritó nuevamente.

Néstor lo miró a los ojos y fue abriendo la boca hasta que, para sorpresa del juez, le escupió en pleno rostro.

El juez lo soltó. Dio un paso hacia atrás. Cogió un pañuelo de seda del pantalón y se limpió.

Luego lo miró como un jugador de esgrima tocado al volver a la carga.

Se fue hacia el cristal y gritó.

—¡Karla, apaga todo! ¡Apaga las grabaciones! —dijo dando golpecitos al cristal—. Dime cuando estés.

Se hizo el silencio. Los tres se quedaron en silencio, expectantes.

Del otro lado llegó una señal y el juez se volvió a girar. Mientras, Néstor, atado a la mesa, se volvió a sentar. El juez lo volvió a levantar.

—Te vas a enterar. ¿Dónde está mi mujer? —gritó al preso.

Siguió preguntando durante un rato, hasta que la paciencia del juez se acabó y agarró a Néstor con una mano. Con la otra le dio un puñetazo que le partió el labio.

Ana se sobresaltó en su silla, y entendió que la situación había alcanzado un descontrol absoluto y que al juez no iba a pararlo nada, ni nadie. La desesperación era la peor de las motivaciones.

—¡Dime que sabes dónde está!

Néstor no contestó y el juez le volvió a dar otro puñetazo.

—Néstor, dime que lo sabes y me detendré.

Entonces, como un rayo de sol en un día de tormenta, Néstor asintió.

El juez se detuvo. Lo miró: llevaba dos cortes en los labios, la nariz le sangraba y tenía un ojo morado.

—¡Habla!

—Sí, ya lo sabías. Pero te va a costar caro recuperarla…

El juez se enfadó aún más: lo que estaba escuchando no era una confesión, sino un chantaje.

Soltó a Néstor y dejó que se sentara.

—¿Cómo dices? —espetó incrédulo.

—Te va a costar caro recuperar a tu mujer.

—No pienso bajarme a tu nivel, hijo de perra.

—Pues creo que tu mujer va a morir.

El juez lo volvió a coger por el pescuezo y lo levantó.

—¿Está viva? Dime que está viva, por el amor de Dios —dijo, casi suplicando.

—Sí. Está viva, pero por poco.

—¿Dónde está?

—Te propongo un trato, juez Del Pozo. Tu mujer a cambio de… —dijo Néstor magullado y jugando con el marido desesperado.

—¿A cambio de qué? —preguntó el juez, rabioso.

—A cambio de que mi madre de vuelta a su clínica geriátrica y yo quede libre —dijo mirándole directamente a los ojos—. Esto, o nada.

—Tu no vas a quedar libre por nada al mundo —dijo el juez.

—Entonces no tenemos trato —dijo Néstor mirando hacia otro lado.

El Juez Del Pozo lo miró con asco, apretando los dientes y con los labios entreabiertos. Lo sujetaba con toda la rabia que tenía.

—Eres un saco de mierda —ladró el juez—. Mi mujer, a cambio de que tu madre salga del penitenciario y regrese al geriátrico. Como una puta reina, a cargo de los contribuyentes, maldito loco de mierda —espetó salpicando de saliva la cara del preso.

Néstor se lo estuvo, mirándolo en silencio. Analizó su cara, valorando la propuesta.

—Lo tomas o lo dejas, y si has torcido un solo pelo a mi mujer, iré personalmente a matar con mis propias manos a tu maldita madre…

—Ok, pero con una condición —contestó Néstor con los ojos salidos.

—No puedes negociar —replicó el juez.

—El intercambio se hará fuera de aquí. Tengo que saber unas horas antes donde será y haré que se te entregue a tu querida mujer.

El juez, que había tomado las funciones de un negociador de su propio caso, se sintió atrapado. Le quedaba poco que negociar.

Néstor lo miraba sin expresión alguna en su rostro.

—¿No te acuerdas de mí, verdad? —preguntó Néstor.

—¿Debería? —replicó el juez.

Hubo silencio entre los dos.

—¿Entonces tenemos trato… Su Señoría? —concluyó Néstor con retintín.

El juez lo volvió a tirar en la silla. El hombre jadeaba, calibrando en su cabeza lo que acababa de aceptar. Su caro traje se había ensuciado de sangre.

Miró hacia el cristal, como si al otro lado la cabo Ramírez pudiera ayudarle. Luego miró a Ana, que parecía asustada por la envenenada propuesta. Finalmente se giró hacia el Asesino del Criptograma.

—De acuerdo, pero lo vamos a hacer con mis condiciones —espetó el juez, apuntándole con el dedo.

El preso asintió, mientras la sangre goteaba por su nariz.

Acto seguido, el juez dio un paso hacia atrás y miró a la puerta. Se pasó las dos manos por el pelo, comprendiendo que no podría gestionar esa promesa bajo el amparo de la ley. Cegado por la ilusión de volver a ver a su mujer, había olvidado que los tratos con chantajistas siempre acababan mal.

42

El inspector de Cuenca se acercó a Álex. No acababa de creer lo que tenía delante. Acababan de descubrir un antro oscuro donde se practicaban las torturas más despiadadas.

Javier se estremeció. Cuando se enteró de que una comisaría de Barcelona solicitaba casos antiguos de asesinos en serie, no pudo creer su suerte. Desde el funeral de su hermana se había prometido atrapar a ese individuo, pero jamás imaginó que llegaría hasta donde estaba ahora.

El garaje estaba forrado con placas insonorizadas de color negro que absorbían la luz y el sonido. Estaba iluminado por unas luces muy tenues, de color naranja, que no molestaran a los ojos fotosensibles del asesino. En las paredes había fotos obscenas y utensilios de todo tipo. En el centro de la estancia reconoció una silla obstétrica modificada. Al lado de esta unas bombas, cables y tubos. En el otro lado vio herramientas de tortura sobre una mesa y objetos sexuales de toda forma y color. Preservativos y lubricantes. Sobre el sillón de ginecología, una mujer gemía. Sus ojos demostraban terror, suplicando ayuda. Tenía las piernas abiertas y atadas. Su pubis estaba al aire, posicionado justo a la altura de la cintura del hombre. Tenía las manos atadas también. En torno al cuello llevaba una correa con unos tubos transparentes que bombeaban sangre, sacándola del cuerpo. Si hubieran llegado un poco más tarde, habría muerto desangrada. Era difícil saber si le quedaban minutos o segundos de vida; eso dependía de la fuerza de la bomba y de cuánta sangre hubiera perdido ya.

El Vampiro estaba delante de ellos. Sujetaba una katana, apoyado en la yugular de la muchacha. Él vestía un mono azul de trabajo, con alguna mancha roja. Su pelo era corto. Su rostro era parecido a todos los enfermos de haimaphilia que Álex había visto en el motor de búsqueda, blanco y con rostro alargado. Tenía el labio superior retraído, con una malformación que permitía ver unos dientes oscuros. Sus encías, retraídas, hacían parecer sus colmillos más largos de lo que eran.

—¡Suéltala! —gritó Álex apuntando a Josué.

El hombre moró a los dos policías con ojos salidos, disfrutando del momento. Álex hubiera jurado que había gozo en los ojos del criminal.

—Total, estoy muerto de todos modos, mejor veamos como muere esta chica… —contestó el vampiro.

—Apaga la máquina, maldito pirado —dijo Javier dando un paso adelante.

—Eh, eh, no, quieto —dijo Josué, y apretó el cuchillo contra el cuello de la chica, que dio un grito de dolor.

—Estás rodeado, Josué, no hace falta que muera una víctima más —insistió Javier mirando a la mujer atada.

El inspector no solo veía delante de sí a una chica desnuda a punto de morir, sino que en ella veía a su hermana. La visión de Gina Bustamante se sobrepuso a la realidad, sustituyendo a la mujer que había en el garaje. Javier perdió el norte al recordar a su hermana. Sintió que no le bastaba con atrapar a aquel delincuente: tenía que hacerlo pagar.

Dio otro paso adelante.

—Quieto, poli —gritó Josué y levantó una mano, como si pudiera detener su rabia.

Apretó el sable y del cuello salieron gotas de sangre.

—¡Déjala, no la mates! —gritó Álex—. No des ni un paso más, Javier, por favor.

—Eso, Javier. Yo te conozco. Ah sí, claro, el inspector Javier Bustamante. Me acuerdo de ti, pero sobre todo de tu hermana —dijo y sacó la lengua haciendo un gesto repugnante.

Javier apretó la pistola con la misma fuerza que estaba apretando los dientes.

—Te voy a meter un balazo en la cabeza y se acabó todo.

—No, Javier, no vale la pena —gritó Álex.

—Eso, Javier, no vale la pena, mira a nuestra amiga, es como tu hermana, ya verás. Falta poco para que se haga la noche eterna en sus ojos. En breve ya no tendrá ni una gota de sangre —dijo, casi divertido—. Cuando uno está a punto de quedarse sin sangre, el cerebro entra en un estado de plenitud, de placer. Es mejor que cualquier droga. Lástima que no nos lo puedan contar, ¿no? Deberían agradecérmelo.

Álex necesitaba cambiar la situación. Eso no podía acabar así. Al Vampiro ya lo tenían, pero tenían que salvar a la última víctima. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y tuvo el presentimiento de que Javier no había ido allí para ayudarle, sino para llevar a cabo una venganza personal. La rabia y la venganza, como una venda, ofuscaban su visión de la realidad y la justicia.

«Qué puedo hacer, qué puedo hacer», se repetía Álex para sus adentros, mientras observaba al Vampiro. De pronto tuvo una idea descabellada que podía funcionar.

La máquina de las torturas estaba en el centro de la estancia. El Vampiro justo a la derecha y Javier apuntándole a su izquierda. Pero en la pared de enfrente, entre los bloques de insonorización, había una pequeña ventana de aluminio, tintada de negro.

Suspiró. Si no funcionaba, le podía salir el disparo por la culata pero, ¿qué podía ir peor que eso?

Se movió unos pasos más a la derecha para tener un tiro limpio del objetivo. Mientras tanto, Javier y el Vampiro se gritaban.

Decidió hacerlo.

Álex Cortés respiró hondo. Afinó al máximo la puntería y repitió en su mente el disparo varias veces hasta ver la escena en su mente con claridad.

Para los otros dos hombres fueron décimas de segundo. Para él fueron segundos interminables.

Álex lanzó tres disparos rapidísimos. Dos acabaron en la ventana, perforando el cristal tintado. Al romperse, dejó entrar un fajo de luz solar, directo a la zona central del garaje. La luz aturdió al Vampiro que, por instinto, se colocó las manos para taparse, cegado por el sol. El tercero alcanzó la pierna del asesino, partiéndole el peroné y la tibia, y haciéndolo caer como un saco.

En cuanto el Vampiro cayó, Álex se lanzó sobre la máquina que bombeaba la sangre. Apretó el botón rojo y la detuvo. La chica ya tenía los ojos en blanco.

Sacó el móvil para llamar a una ambulancia. Javier estaba apuntando a la cabeza al Vampiro, que yacía en el suelo. Su pierna rota sangraba por el suelo del garaje.

Álex llamó a la ambulancia, que confirmó que llegaría en pocos minutos. No sabía si la chica viviría, pero esperó que tuviera posibilidades. La cubrió con su cazadora, y al girarse hacia los otros dos hombres, vio que aún tenía un problema: Javier estaba decidido a vengar a su hermana.

El inspector apuntaba con su pistola al Vampiro, que se contorsionaba de dolor en el suelo.

—Vas a sufrir como sufrió mi hermana, maldito hijo de perra —gritó el inspector.

Luego apoyó su pie en la pierna que había recibido el balazo y apretó la herida.

El Vampiro comenzó a gritar de dolor a pleno pulmón.

—Ahora vas a entender un poco lo que has hecho sufrir a los demás. Ahora te vas a enterar de lo que significa matar a la hermana de un inspector.

El policía apretó aún más, ensuciándose el zapato y el pantalón de sangre.

—¡Javier, no puedes hacer eso! Somos policías, no vengadores nocturnos.

—¡Apártate! —grito Javier a Álex, apuntándole con la pistola—. ¡Qué vas a saber tú de vengar! Me sorprendes, joder. ¡Tú! Precisamente tú, que has sufrido lo mismo con tu hermana, deberías entender cómo me siento —le espetó—. ¿Es que no lo ves? Este tío saldrá en quince años —dijo a Álex y luego volvió a apuntar la pistola a su sien y la apretó con toda su fuerza, dejando una marca.

En sus ojos había odio, rabia y venganza. No quedaba espacio para nada más.

—Javier, no vas a hacerlo, vas a darme la pistola, esto no va de vengar, sino de hacer justicia —dijo Álex con tono de mediador.

Nunca se hubiera imaginado esa situación.

—Acabarás en el mismo lugar que este psicópata —dijo acercándose a Javier.

El inspector seguía apretando la pistola, pero algo lo frenaba y no acababa de apretar el gatillo. Algo se lo impedía. Entonces Javier comenzó a llorar. Pero siguió apuntando.

—Javier, dame tu pistola —dijo Álex, aún más cerca—. Por el amor de Dios, no hagas algo de lo que te vas a arrepentir toda tu vida. Dame la pistola.

El inspector apretó aún más la pierna del asesino y en consecuencia el vampiro subió aún más el volumen de sus gritos.

—¡Javier, basta! —gritó Álex ya desesperado y dispuesto a quitarle la pistola a la fuerza.

Entonces la fuerza del destino hizo salir el disparo.

El estruendo resonó en todo el garaje, e inundó de miedo todo el barrio de Vallvidrera. El sonido hizo que los pocos curiosos se fueran, por temor a un tiroteo.

Las esperanzas de Javier se cumplieron. No podía creérselo; había hecho justicia. Había esperado tantos años, pero al final el tiempo le había dado la razón. Su espera había sido fructuosa.

Al separarse del Vampiro, aún con la pistola humeante, pensó en el refrán que le había acompañado todo ese tiempo, el proverbio chino, la milenaria tradición y profecía que al fin se había cumplido:

«Siéntate a la orilla del río el tiempo suficiente y verás bajar flotando, el cadáver de tu enemigo».

43

Salieron del edificio penitenciario con la berlina del juez. En el vehículo iban Karla, el chófer, el juez y Ana. Desde que el juez había entrado en el vehículo, no había pronunciado ni una palabra.

La tensión era enorme. Ninguna de las dos mujeres sabía cómo reaccionar, así que las dos habían optado por callar.

El juez había dejado claro a Matilde que en el informe del preso Néstor Luna tenía que constar que las heridas que había sufrido esa tarde habían sido provocadas durante una pelea en las duchas.

La berlina entró por la Ronda de Dalt. Llevaban casi veinte minutos de recorrido y aún nadie había hablado. Ana recibió una llamada. Sin mirar quién era, la rechazó. Pero al poco rato volvieron a llamar.

Entonces miró: era la escuela de su hijo.

La incertidumbre de contestar o no era tremenda. Le costó decidir. Pidió permiso al juez y este le hizo un gesto con la mano, asintiendo.

—¿Sí, dígame?

—Buenas tardes. ¿Ana Cortés? —dijo una voz femenina.

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Soy Blanca Hernández, la tutora de su hijo.

—Sí, me pilla en medio de una reunión. ¿Podría decirme rápido qué pasa?

—Claro, disculpe, pero tenemos aquí a su hijo, ¿recuerda?

Ana se quedó helada. Esa llamada acababa de devolverla a su vida, a sus responsabilidades como madre.

Necesitó un momento para ordenar su mente.

—Señora Cortés, ¿sigue ahí?

—Eh, sí, pero tenía que ir a por él mi marido, Alberto. ¿No ha ido? —preguntó y se dio cuenta al momento de que era una pregunta inútil. Si no, no la habrían llamado.

—Tenemos aquí a su hijo desde hace varias horas y no sabemos qué hacer, porque tenemos que cerrar la escuela y no ha venido nadie a recogerlo. Hemos estado llamándola a este número sin éxito, desde hace horas. ¿Qué hacemos?

Ella se quedó en silencio, pensando. Alberto siempre iba a buscar al niño. ¿Se habría olvidado? ¿Se habría ido con otra? ¿Se habría pasado con el alcohol?

—Déjeme que hable con la mamá de un amigo de mi hijo y la vuelvo a llamar… —dijo y colgó.

Se quedó en silencio, mirando su móvil y buscando algún contacto.

En ese momento, Karla recibió una llamada de la comisaría.

—Es Alan. Perdone —dijo al juez, y contestó—. Sí, sí, perfecto. Ahora se lo digo. Gracias. Mantenme informada.

—Buenas noticias, señor juez. Alan ha descifrado el criptograma, creemos saber dónde está su mujer. Ahora irá Álex a verlo —dijo y el rostro del juez se iluminó—. Pero hay más. Han detenido al Vampiro de Barcelona, lo están llevando al hospital.

¡ADELANTO GRATIS!

La serie del sargento Álex Cortés continúa con:

EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la sexta investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO GRATIS

A Álex no le dio tiempo de saborear la captura del Vampiro, porque otro caso lo esperaba. Pero no era un caso cualquiera: era la mujer del juez. Llevaba demasiados días secuestrada y se dijo que ojalá la encontraran pronto para que pudiese volver a casa.

El Seat Altea bajó a toda velocidad por la Ronda Litoral. Álex conducía, haciendo ráfagas de luz para que los otros coches le dejaran pasar. A su lado, el inspector Bustamante seguía aferrado a la maneta del techo. De vez en cuando, Álex se giraba y sonreía al verlo allí con él. Pensó que no pudo ser fácil tirar la pistola y no disparar al psicópata que había matado a su hermana. Pensó que, si le hubiese pasado a él, no habría tenido dudas: habría matado de un balazo a Néstor Luna. Además, con retrospectiva, al hacerlo habría evitado una estela de muertes de inocentes.

Javier estuvo a punto de disparar al vampiro, pero desvió la pistola en el último momento. Con ella su venganza se había cumplido, pero sana y justamente, entregándolo a las autoridades.

—Tu hermana, allá donde esté, estará orgullosa de ti —dijo Álex mirándolo de reojo.

—No me mires, tú estate atento al tráfico. No quiero morir justo ahora.

Álex rio.

Salieron de la Ronda Litoral por la salida veintitrés y giraron hacia la izquierda, por el pasaje de la Llacuna, y luego por Carmen Amaya. Luego Álex aparcó el coche en la puerta del cementerio de Poblenou.

Alan había descifrado que "*Osculum mortis*" era la estatua mortuoria más famosa de Barcelona, que se encontraba en el cementerio de Poblenou.

Corrieron dentro y siguieron las indicaciones de GPS que les había enviado Alan. Tuvieron que cruzar todo el cementerio, casi hasta el final, y luego girar a la derecha. Allí la encontraron: una estatua de estilo gótico. Representaba a un hombre arrodillado, sujeto por un esqueleto con alas. Era una de las representaciones esculpidas de la muerte más inquietantes.

Álex miró a su alrededor, y luego se volvió hacia Javier.

—¿Dónde esconderías a una mujer aquí?

—¿Crees que la tienen aquí secuestrada? —dijo Javier, escéptico—. Lo tendrían bastante difícil, aquí no hay espacio.

Entonces Álex dio la vuelta alrededor de la escultura. Justo detrás de la estatua encontró una compuerta que daba paso al interior del mausoleo. La puerta era un bloque de mármol blanco con ganchos.

—Mira, los han movido hace poco —dijo Álex.

—No me digas, ¿piensas que la tienen dentro de un mausoleo? ¿Qué narices es esto? ¿Un juego macabro?

—¿Señora Del Pozo? ¿Me oye? —gritó Álex—. No conoces a Néstor, esto no sería nada.

Álex volvió a gritar más alto, tratando de hacer que su voz llegase al interior de la estructura. Después puso la oreja sobre la piedra para escuchar.

—¿Oyes algo? —preguntó Javier.

—Nada —dijo Álex y se separó de la placa—. Venga, échame una mano, a lo mejor entre los dos lo podemos mover.

Entre los dos apartaron la compuerta. Fue más fácil de lo que pensaban.

La desplazaron un poco, pero la luz del atardecer era demasiado tenue para iluminar el interior del mausoleo hasta el fondo.

Encendieron la luz del móvil y encontraron un cuerpo. No se le veía la cara, pero llevaba un traje de hombre.

—Señora Del Pozo… —dijo Álex y se fue acercando, con miedo a lo que se pudiera encontrar.

Javier miró el resto del mausoleo. Había espacio para colocar las tumbas de los dueños del monumento.

Álex se acercó y tocó el cuerpo. Estaba frío.

Lo giró y, de repente, reconoció quién era. Se había peleado con él hacía pocos días. Le puso los dedos en la yugular: el cuerpo carecía de pulso. Estaba muerto.

El alcaide de Quatre Camins estaba delante de él. Sin vida y con un objeto que le sobresalía de la boca.

No era la mujer del juez. Álex no supo si alegrarse o entristecerse. Al menos, aún tenían posibilidades de encontrar a la señora Del Pozo con vida.

Álex cogió un pañuelo y, con cuidado, recogió el objeto de la boca del cadáver.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué narices es eso? —preguntó Javier.

Cuando lo sacaron, entendieron qué era: una vela puesta del revés.

—Es un maldito símbolo, un mensaje de Néstor o de quien narices trabaje ahora para él.

—¿Y qué es eso? —dijo Javier indicando en el bolsillo de la americana.

Álex lo sacó.

En el papel había una fase:

“Con la vara que tengo en la mano voy a golpear el agua del río, y esta se convertirá en sangre. Los peces que hay en el río morirán, y el río apestará, y los egipcios tendrán asco de beber el agua del río. (Éxodo 7:17-18)”.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Javier.

Álex chasqueó la lengua.

—Un criptograma, Javier, un maldito criptograma de Néstor Luna —dijo con rabia apretando los dientes—. Ha vuelto con su maldito juego.

¿Te ha gustado?

Descubre “El Último Criptograma”, la siguiente entrega del inspector Alex Cortés.

IR AL LIBRO

El desenlace final. El Asesino del Criptograma lanza su último desafío. Más cadáveres por la ciudad, una profecía y unos últimos criptogramas.

El asesino ya no mata de forma aleatoria, sino que apunta a personas con un trasfondo oscuro.

Álex y Karla se enfrentan al tablero de ajedrez más complicado de sus vidas y una carrera contra el tiempo para salvar a la mujer del Juez Del Pozo.

¿Se desvelará finalmente el pasado del asesino en serie más cruel de Barcelona, para entender su maquiavélico afán por matar?

El Último Criptograma es un thriller policíaco que te dejará pegado al sillón, pasando páginas para saber finalmente quién es el culpable y cuál fue el macabro motor de una historia que, a lo mejor, se acabará en el último libro.

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



¿Quieres ser copropietario de esta saga?

Hay una nueva forma de hacer libros y puedes participar

Descubre Escritor Tokenizado, una editorial revolucionaria.

ESCRITOR TOKENIZADO produce series de novelas, en un entorno digital y de forma democrática.
Crea un sistema autogestivo en el que **cualquiera** puede convertirse en **socio editor** de **proyectos literarios globales**.
Inversores, **lectores** y **fans** al mismo modo, participan no solo de las **letras**, sino también de los **números**.

Puedes entra en la web ESCRITOR TOKENIZADO, convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

La ha creado gracias la **tecnología Blockchain**, es decir un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor.**

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de novela negra.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Esta editorial ha sido creada gracias la tecnología Blockchain, que funciona como un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor.**

Tienes más información en la web ESCRITOR TOKENIZADO. Puedes convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

